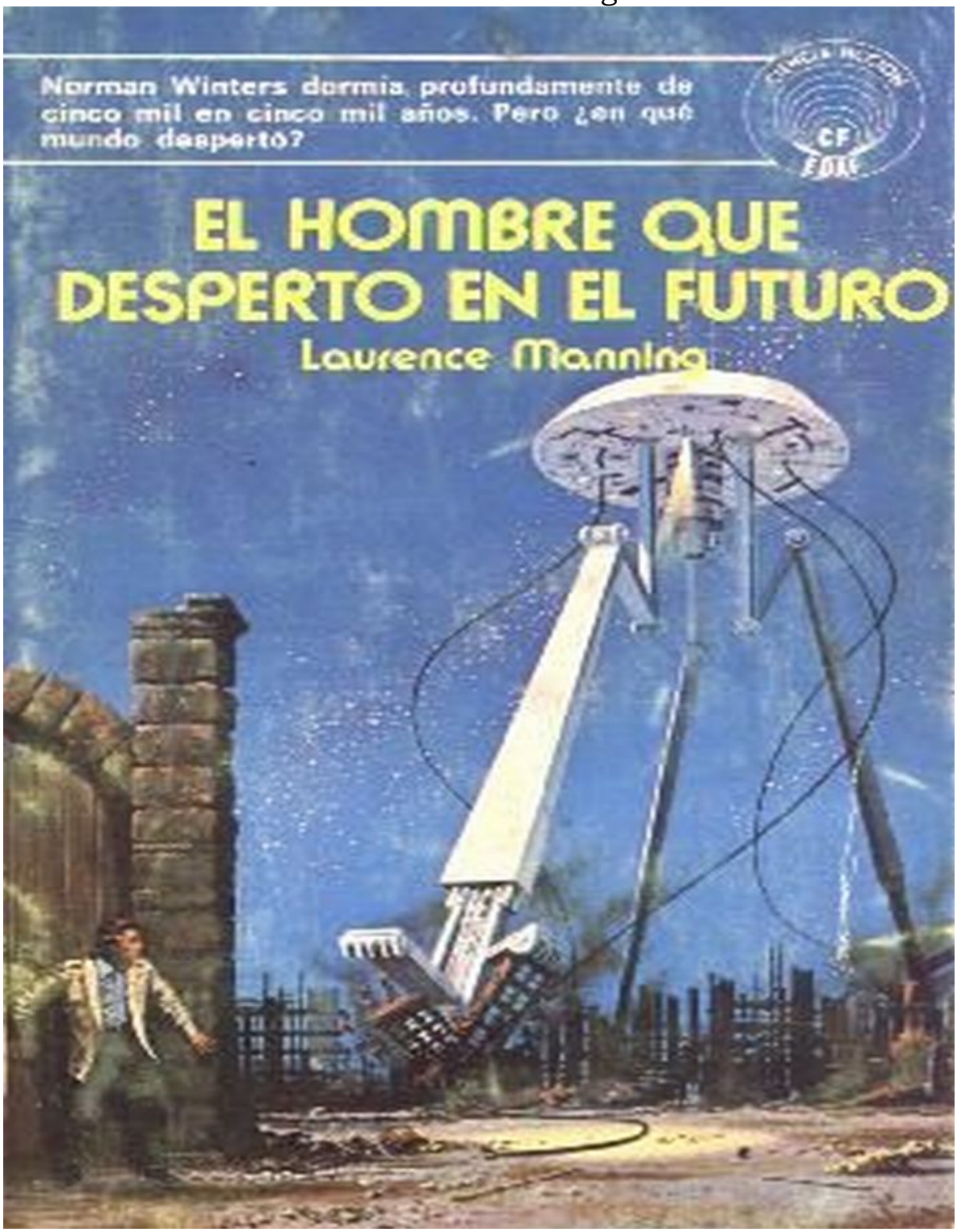
# EL HOMBRE QUE DESPERTÓ EN EL FUTURO

Laurence Manning




LIBROdot.com
*http://www.librodot.com*

# LIBRO PRIMERO - EL PUEBLO DE LOS BOSQUES

## 1 - Banquero desaparecido

Los periódicos se ocuparon del caso durante todo el mes de septiembre. Las noticias llegaban de puntos tan dispares como Venezuela o Montecarlo: «Localizado el banquero desaparecido». Pero siempre resultaban erróneas. Por último, la desaparición de Norman Winters quedó como uno de aquellos misterios que sólo pueden resolver esos grandes detectives que son el Tiempo y la Casualidad. Sus datos personales fueron difundidos del uno al otro confín del mundo civilizado: estatura, un metro setenta y ocho; descripción, cabello castaño, ojos color gris oscuro, nariz aguileña, piel blanca; cuarenta y seis años; aficiones, historia y biología; señas particulares, un pequeño lunar al borde de la ventana derecha de la nariz.

Su hijo no pudo dedicar mucho tiempo a la búsqueda, pues un mes antes de su desaparición Winters se había retirado prácticamente de los negocios, dejándolos en las capaces manos de aquél. No había ningún indicio en cuanto a sus motivos, porque carecía absolutamente de enemigos y disponía de todo el dinero necesario para satisfacer sus inclinaciones científicas. En octubre, sólo la generosamente pagada agencia de detectives que había contratado su hijo se acordaba del hombre desaparecido. Aquel año la nieve llegó temprana al suburbio de Westchester donde estaba sita la residencia de Winters, cubriendo la tierra con su manto blanco. En las colinas de la otra orilla del Hudson, los osos dormían el sueño invernal en sus madrigueras, debajo de la tierra y el hielo.

En el estanque de la propiedad, los sapos habían desaparecido para ocultarse bajo el barro del fondo: un milagro de hibernación, un desafío a la agudeza de los biólogos. El mundo siguió ocupándose de sus asuntos invernales y se desentendió del banquero desaparecido. Y, sin embargo, les habría bastado fijarse en los sapos... o en los osos, para tener una pista.

Pero el verdadero escondite de Norman Winters era aún más extraño. Yacía quince metros bajo la helada tierra, en una cámara cuya anchura era de tres metros y medio, hecho un ovillo entre suaves edredones apilados hasta un metro y medio de espesor, con los ojos cerrados. Vivía en la oscuridad de la noche eterna y en el silencio absoluto. Durante todo el mes de octubre su corazón latió lenta y levemente y, si alguien hubiera entrado con una luz, habría observado que su pecho subía y bajaba de vez en cuando. En noviembre, incluso esos indicios de vida cesaron y la figura quedó inmóvil.

Transcurrieron semanas y la nieve se derritió. Los osos salieron hambrientos de sus cuarteles de invierno y se dispusieron a restaurar sus carnes enflaquecidas. Los sapos regresaron con las primeras noches cálidas de la primavera, tan melodiosos para los amantes de la naturaleza como odiosos para las personas de sueño ligero.

Pero Norman Winters no despertó de su sueño a estos anuncios primaverales. Su cuerpo yacía inmóvil; con la inmovilidad de la muerte y sus rasgos tenían una palidez de cera. No se había iniciado la descomposición, y los tejidos estaban turgentes y frescos. Las heladas no llegaban a tan gran profundidad. Pero la temperatura que reinaba en la cámara no se explicaba por este solo hecho. En efecto, una caja cerrada situada en un rincón había irradiado durante todo el invierno una determinada cantidad de calorías. Por



Librodot

la pared de la cámara descendía una gruesa cañería de plomo procedente de un conducto tallado en la roca, hasta llegar a dicha caja cerrada. Otra tubería similar salía de ésta y desaparecía en el suelo. Sobre la caja había un cuadrante, a primera vista parecido a la esfera de un reloj. Su escala, expresada en millares, tenía cien divisiones, y el índice apuntaba un poco por debajo de la correspondiente al dos mil.

Dos hilos de platino iban desde la caja hasta la figura inmóvil entre el rimero de edredones, conectados a dos bandas de oro: una que ceñía una muñeca, y la otra el tobillo del lado opuesto. Más allá, una especie de armario empotrado en la roca, cerrado y misterioso como todo lo que contenía aquella cámara. Pero allí no había luz que permitiera ver todo esto, sólo oscuridad, la negrura de la noche eterna, la ciega y sofocante oscuridad de los sepulcros. La luz, fuente de vida y alegría estaba desterrada de aquel lugar. Un forro de plomo inalterable aprisionaba el aire; el polvo en suspensión se había precipitado a los pocos días, cosa que nunca ocurre en la atmósfera de nuestro mundo, dejando la de la cámara tan pura e inmóvil y tan estéril como un cristal. Porque sin cambio y movimiento, no puede haber vida. En el aire flotaba un débil olor a desinfectante, como si las bacterias tampoco estuviesen toleradas en aquel lugar de muerte.

Al cabo del primer mes. Vincent Winters (el hijo del hombre desaparecido) efectuó un detenido análisis de todos los hechos y posibles pistas que los detectives habían logrado reunir en cuanto a la desaparición de su padre. No aclaraban nada. El viernes, ocho de septiembre, su padre había pasado la jornada en su residencia, había cenado solo, leyó un rato en la biblioteca, escribió una o dos cartas y se retiró temprano a su dormitorio. La mañana siguiente, no bajó para desayunar. Dibbs, el mayordomo, después de echar un vistazo a la alcoba, dijo que el señor no había dormido en su cama. Naturalmente, los criados fueron sometidos a un minucioso interrogatorio, aunque su honradez excluía prácticamente toda sospecha. Tan sólo uno, el más antiguo y leal de todos, se comportó y respondió a las preguntas de un modo que despertó la curiosidad de Vincent Winters. Se trataba de Carstairs, el jardinero, un inglés alto y desgarbado, de rostro alargado y melancólico. Llevaba veinte años al servicio del señor Winters.

La noche de aquel viernes, cerca de las doce, había sido visto entrando en su cabaña con dos palas al hombro; este detalle en sí mismo tal vez no fuese una circunstancia acusatoria, pero la explicación carecía de verosimilitud. Dijo que había estado cavando en el jardín.

—Pero, Carstairs, ¿por qué con dos palas? —preguntó Vincent por centésima vez.

Recibió la misma respuesta invariable:

—Se me olvidó dónde había dejado la primera, regresé y cogí otra, y al volver con ella encontré la primera.

Vincent se puso en pie, intranquilo.

—Vamos, enséñeme el sitio donde estaba cavando —dijo. Carstairs palideció un poco y meneó la cabeza—. ¡Pero hombre! ¿Se niega a obedecerme?

—Lo siento, señor Vincent. Sí, debo negarme a mostrarle eso. —Hubo un breve silencio. Vincent suspiró.

—Bien, Carstairs, no me deja otra alternativa. Usted es casi una institución en esta casa; mis recuerdos infantiles están poblados de

imágenes de su persona. Pero es mi deber entregarle a la policía —miró con dureza al viejo servidor.

El hombre pareció muy sorprendido y abrió la boca como para hablar, pero volvió a cerrarla con obstinación verdaderamente británica. No habló hasta que Vincent se volvió y descolgó el teléfono.

—No lo haga, señor Vincent.

Vincent se volvió en su asiento para mirarlo, con el receptor en la mano.

—No puedo enseñarle el sitio donde estaba cavando, porque el señor Winters me ordenó que no se lo dijera a nadie.

—¡No pensará que me voy a creer eso!

—Entonces, ¿insiste?

—¡Absolutamente!

—No tengo otra alternativa. Me ordenó que le dijera a usted estas palabras, en caso de absoluta necesidad: «El metabolismo, de Steubenaur».

—¡Diantre! ¿Qué significa eso?

—No fui informado, señor.

—¿Es decir, que mi padre le dio esas instrucciones, por si recaían sobre usted sospechas en cuanto a... ¡ejem...! una intervención de usted en su desaparición?

El jardinero asintió en silencio.

—¡Hum! Lo que ha dicho parece el título de un libro...

Vincent fue a la biblioteca y consultó el bien ordenado catálogo. Allí estaba el libro, un viejo volumen encuadernado en piel de color castaño; correspondía a la sección de biología. Mientras Vincent lo abría con curiosidad, cayó al suelo un sobre. Lo recogió precipitadamente y descubrió que venía dirigido a él mismo. La letra era de su padre. Lo abrió con dedos temblorosos, impaciente, ya continuación leyó:

> Querido hijo mío: Tal vez sería mejor que no leyeras esto. Pero se trata de una precaución necesaria. Si quedase algo al azar, Carstairs podría ser relacionado con mi desaparición. Preveo esta posibilidad, porque es real. En efecto, me ha ayudado a desaparecer, pero cumpliendo mis órdenes. Obedeció con lágrimas en los ojos y después de negarse cien veces. Hasta el último instante ha sido, como siempre, un servidor fiel y abnegado. Por favor, ocúpate de que no pase necesidad hasta el fin de sus días.
>
> Hijo mío, el descubrimiento y el estudio de los llamados rayos «cósmicos» ha sido del mayor interés para nosotros, los biólogos. La vida es una reacción química que consiste fundamentalmente en el continuo fraccionamiento de las moléculas orgánicas, y su constante sustitución por estructuras nuevas, sintetizadas a partir de los alimentos que ingerimos. La materia inorgánica es, en comparación, muy estable. Un cristal de diamante, por ejemplo, está compuesto de moléculas que no se dividen fácilmente. En el no hay cambio, no hay vida. Las moléculas orgánicas y las células pueden considerarse «inestables». El porqué de tal diferencia no fue correctamente comprendido ni explicado, hasta el descubrimiento de los rayos cósmicos. Entonces sospechamos la verdad: el bombardeo de los tejidos vivientes por esas minúsculas partículas de alta velocidad provoca el incesante cambio infinitesimal que nosotros llamamos «vida».

¿Adivinas ahora la naturaleza de mi experimento? He trabajado tres años en mi idea. Herkimer, del John Hopkins, me facilitó el medicamento que voy a emplear. Mortimer, de Harvard, construyó una pantalla aislante conforme a mis instrucciones. Pero ninguno de los dos conocía la finalidad de mi investigación. La radiación no puede atravesar un espesor de dos metros de plomo enterrados a gran profundidad en el suelo. El año pasado instalé en mi finca, con ayuda de Carstairs, la cámara protectora que acabo de describir. Esta noche descenderé a ella. Carstairs enterrará la entrada del túnel y plantará césped sobre la tierra, para que no sea descubierta jamás.

En mi cuarto de paredes de plomo tomaré el medicamento especial y caeré en un estado de coma que en la superficie de la tierra duraría, como máximo, algunas horas. Pero allí abajo, protegido de todo cambio, no despertaré sino cuando reciba una nueva dosis de radiación. He instalado en la pared un poderoso tubo emisor de rayos X. Cuando se cumpla el plazo asignado, se encenderá, recibiendo la energía producida por un caudal subterráneo que he desviado haciéndolo pasar por mi cámara.

Espero que la dosis de rayos X baste para despertarme de mi largo sueño. Entonces me levantaré y saldré al mundo después de recorrer el túnel. Y mis ojos verán la gloria del mundo futuro, en que la Humanidad habrá ascendido por los peldaños de la ciencia hacia su magno destino.

¡No intentes buscarme! Debes casarte, consagrarte a tus obligaciones y olvidarme. Como sabes, toda mi riqueza está a tu nombre. Te habrás preguntado en su momento por qué lo hacía. Ahora ya la sabes. Por favor, cásate. Ten hijos sanos. Espero conocer a tus futuros descendientes, porque me propongo viajar muy lejos: cuando despierte, habrán pasado por la faz de la Tierra ciento veinte generaciones, y la sangre de los Winters habrá tenido tiempo de multiplicarse por todo el mundo.

¡Oh, hijo mío! ¡Estoy impaciente! ¡Son las nueve de la noche, y debo prepararme para mi aventura! Esta llamada es más poderosa que la de la sangre. Cuando yo despierte, Vincent, habrán pasado tres mil años desde tu muerte. No volveremos a vernos. ¡Adiós, hijo mío! ¡Adiós!

Y así, la desaparición de Norman Winters pasó a formar parte de la crónica local. La agencia de detectives presentó su informe definitivo y recibió con pesar el último pago. Vincent Winters se casó un año después y se estableció en la residencia de su padre. Carstairs envejeció pronto, y le fueron asignados jóvenes y vigorosos ayudantes para ejecutar los trabajos. Años más tarde, pidió una entrevista con Vincent para solicitarle el favor de ser enterrado en la finca, a su muerte, al pie de un montículo donde crecía un abeto y una mata de rododendros. Vincent se echó a reír ante esta idea y le respondió que aún viviría muchos años; pero el viejo jardinero murió menos de un año después y Vincent hizo cavar una fosa más profunda de lo que se solía. Mientras los obreros trabajaban, lanzó frecuentes ojeadas, procurando disimular. Pero no vio sino tierra y piedras. Ordenó que erigieran allí mismo una pesada lápida de hormigón armado.

—Si quieres saber mi opinión, todo esto es muy extraño —comentaba el viejo mayordomo Dibbs con el ama de llaves—. Como si el señor Vincent quisiera que la lápida de Carstairs durase mil años. ¡Las letras tienen quince centímetros de profundidad!

Cuando le llegó su hora, Vincent Winters murió también y se le enterró al lado del jardinero, tal como había pedido insistentemente. En toda la Tierra, nadie se acordaba ya de Norman Winters.

## 2 - Despertar en... ¿qué año?

Era de noche, y grandes cortinas de llamas azules iluminaban el cielo con un resplandor espectral. De súbito le envolvió un fogonazo cegador... sintió mil dolores terribles en todos los miembros... yacía desvalido en el suelo y sufría, y se desmayó unos instantes.

Hasta doce veces despertó, siempre atormentado por dolores en todo el cuerpo, abriendo los ojos a un cuchitril alumbrado por una poderosa lámpara eléctrica de color azul. Repetidas veces intentó mover la mano derecha para cubrirse los ojos, pero no consiguió que sus músculos obedecieran a su voluntad. Así debió pasar varios días, yaciente, con el rostro bañado en sudor a causa de los esfuerzos. Al fin, cierto día, su mano se alzó poco a poco. Esperó un minuto, descansando. No sabía dónde se hallaba. Luego, desde una profundidad infinita, un vago recuerdo acudió a su cerebro embotado. Un recuerdo que implicaba un júbilo rebosante. Las cosas que lo rodeaban fueron adquiriendo significado y recorrió su cuerpo un gran estremecimiento. ¡Estaba despierto! ¿Lo habría logrado? ¿Se hallaría realmente vivo en el lejano futuro?

Permaneció inmóvil un instante, meditando la gran realidad de su despertar. Volvió los ojos hacia el armario empotrado en la roca, al lado de su yacija. Alargó poco a poco la mano, abrió suavemente la puerta. En un compartimiento situado a nivel de su cabeza vio dos botellas que contenían un licor amarillento. Jadeando de angustia, cogió una y la atrajo hacia sí. Derramó parte de su contenido, pero consiguió verter un trago en su boca e ingerirlo. Luego descanso media hora, inmóvil, con los ojos enérgicamente cerrados y los labios apretados, sufriendo la tortura del lento despertar, mientras la medicina que había ingerido recorría sus venas como fuego y hacía hormiguear los nervios de los brazos y las piernas, hasta las puntas de los dedos de manos y pies.

Cuando abrió de nuevo los ojos, se sentía débil pero en posesión de sus recursos. El armario contenía una caja metálica con pastillas de extracto de carne. Bebió con sumo cuidado de la otra botella.

Luego sacó las piernas de los edredones, cuyo espesor inicial de metro y medio había quedado comprimido a menos de sesenta centímetros por su peso secular, y cruzó la cámara para acercarse al reloj.

«¡Cinco mil!», leyó con una exclamación de asombro, frotándose las delgadas manos. Pero, ¿podía ser cierto? ¡Era preciso salir! Abrió un grifo de la tubería de plomo, llenó de agua fría un vaso de vidrio, bebió ávidamente, volvió a llenarlo y bebió de nuevo. Miró con curiosidad a su alrededor, para observar los cambios que había producido en su cámara el paso del tiempo. Pero sus proyectos habían sido muy previsores, y casi no se apreciaban deterioros.

La superficie de la tubería estaba algo resquebrajada. Había partículas de polvo blanco en los lugares donde el frío había condensado la humedad del aire. Para eso no había podido hallar solución, pues el caudal de agua que recorría aquel conducto era la única fuente de electricidad para el minúsculo motor que accionaba la calefacción de la cámara, y para la lámpara especial de rayos X que ahora infundía en todo su ser las radiaciones restauradoras de vida. Winters destapó la caja de mecanismos, y revisó con cuidado el motor y el generador. Las piezas cromadas y montadas sobre rubíes no mostraban el menor signo de desgaste. ¿Significaba esto, quizá, que no habían transcurrido sino muy pocos años? Desconfió de la precisión de su reloj. Volvió a colocar la tapa y se frotó las manos, por la capa de polvo que la cubría todo. Luego Winters revisó los elementos de caldeo y puso a calentar sobre ellos un recipiente de vidrio lleno de agua. Con una pastilla de extracto de carne hizo un caldo caliente, que bebió con satisfacción.

Impaciente, se acercó a la compuerta de la coraza de plomo y tiró de la palanca de cierre, esta resistió, por lo que tiró con más fuerza, y finalmente hasta agotar todas sus energías. Fue inútil. ¡La puerta no cedía! Descansó un rato apoyado contra ella, jadeando, y luego se agachó para observar el batiente. Con un estremecimiento de temor, observó que la rendija entre compuerta y blindaje se hallaba taponada por una fina masilla blanca. ¡La compuerta se había oxidado, quedando herméticamente sellada! ¿Acaso no había despertado sino para morir allí, atrapado como una rata?

Por el estado de debilidad en que se hallaba, la desesperación hizo presa en su cuerpo y su mente. Se dejó caer en la yacija, contemplando la puerta con desaliento. Hasta después de bastantes horas no se le ocurrió la sencilla solución a sus dificultades. ¡La palanca de cierre! Era de acero inoxidable, y se fijaba con un solo tornillo. Bastaron doce vueltas para aflojar la tuerca, y cayó en sus manos la palanca.

Utilizando aquella barra rígida de metal le fue fácil practicar una muesca en la pared de plomo, al lado de la cerradura. Tomando apoyo, dejó caer su peso al extremo de la palanca. ¡La compuerta cedió un centímetro! Poco después sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito. La puerta se abrió con un gemido de protesta, y Winters vio los antiguos escalones de piedra, débilmente alumbrados por la luz del cuarto. Colándose por la abertura, la ráfaga de viento agitó sus ropas, reducidas a andrajos por el tiempo. Regresó a la cámara y se puso a desenroscar una tapadera circular empotrada en la pared.

Se abrió poco a poco, tras el prolongado silbido al paso del aire. La habían cerrado casi al vacío. Winters sacó la muda de ropa cuidadosamente doblada. Se alegró al encontrar la chaqueta de cuero en perfecto estado. La habían engrasado bien, y estaba tan flexible como si fuese nueva. Algunas prendas de lana aparecieron bastante estropeadas, pero los sólidos pantalones de hilo grueso se hallaban bien conservados y se los puso. Una campana de vidrio herméticamente sellada y llena de aceite contenía una pistola de aire comprimido, que disparaba balines de plomo, y un juego completo de herramientas elementales: la pequeña sierra, una lima, un puñal y el hacha. Lo guardó todo en el cinturón, que llevaba presillas para colgar las herramientas.

Dio la última ojeada en redondo y enfiló la escalera, guiándose sólo por la luz de la cámara que dejaba atrás. Pisó piedras y tierra removida a medida que subía, y por último halló una capa de raíces entretejidas que le



Librodot

impedían el paso. Sus brazos debilitados manejaban el hacha con escaso vigor, y le costó varios minutos el cortar un trozo pequeño. La bóveda del túnel estaba agrietada y se había derrumbado en parte, bajo el empuje de un árbol que crecía sobre ella. Al cortar la tercera raíz, la pequeña lluvia de tierra y guijarros cedió paso al primer rayo de sol.

Se detuvo y, haciendo un esfuerzo de voluntad, regresó a la cámara; llenó de agua la botella de vidrio y se la colgó del cinturón; luego se metió en el bolsillo un puñado de alimentos concentrados y salió de la cámara para siempre, tras apagar la lámpara y cerrar la compuerta.

Al cabo de pocos minutos, pasó la cabeza y los hombros por la abertura practicada entre las raíces y miró a su alrededor, mientras le latía con fuerza el corazón.

Pero, ¿qué era aquello? ¡Estaba en medio de un bosque!

Los árboles se alzaban por todas partes; enormes troncos parecían querer tocar el cielo. Entre ellos había macizos de arbustos cuya disposición simétrica, a intervalos regulares, revelaba la intervención de la inteligencia humana. El suelo estaba suavemente alfombrado de hojas muertas, y sobre ellas serpenteaban varias especies de plantas con zarcillos. Entre muchas variedades desconocidas, Winters distinguió el arándano agrio y las decorativas pirolas. Llegó a la conclusión de que era un bosque agradable y echó a andar con cierta inseguridad por entre los árboles, a ver qué lograba descubrir. Su cerebro no dejaba de hacer cábalas en cuanto al tiempo que habrían necesitado aquellos árboles para alcanzar tal desarrollo. A juzgar por el calor debía estar a mediodía y en pleno estío, pero ¿de qué año? ¡Desde luego, muchos de aquellos árboles tenían más de cien años!

No habría avanzado más de cien metros cuando vio un claro y, al otro lado de unos matorrales, apareció ante su vista una gran carretera. Iba de norte a sur, o viceversa; Winters puso los pies en el firme, de un desconocido material verde y duro, semejante al vidrio, parecía casi pulido, y la pista era rectilínea, de una perfección extraordinaria. Podía ver a muchos kilómetros de distancia en ambas direcciones, pero no halló ni rastro de edificios hasta donde sus ojos lograban abarcar.

Esto planteaba un problema difícil: ¿dónde estaban los suburbios de Nueva York? ¿Se habría perdido en el limbo la gran metrópoli? Winters se volvió, indeciso, y por último decidió seguir carretera adelante, hacia el norte. Como a un kilómetro y medio en aquella dirección, en sus tiempos, se había alzado la ciudad de White Plains. Estaba cerca y, aunque ya no existiese la ciudad, sería para él un punto de partida tan bueno como cualquier otro. Andaba despacio, pero el aire fresco y la brillante luz del sol revigorizaron su sangre, y empezó á apretar el paso a medida que iba recobrando fuerzas. Al cabo de media hora sin ver la menor señal de vida humana, apareció en la carretera de cristal un hombre, a unos cien metros de distancia. Vestía de grana y encarnado, y hacía pantalla con la mano sobre los ojos para contemplar a Winters, este vaciló y luego siguió acercándose, estremecido por una fuerte emoción.

Aquel hombre le pareció, no sabía por qué, «diferente». Era de piel oscura, bronceada; los rasgos eran regulares, redondeados, y los ojos, notó Winters al acercarse más, de color castaño claro. Su cuerpo ágil parecía respirar salud y, al mismo tiempo, tenía movimientos gráciles que le comunicaban una indefinible sensualidad e indolencia. No logró dilucidar a qué raza

pertenecía aquel hombre del futuro; tal vez fuese una combinación de muchas. Entonces el desconocido hizo un gesto raro con la mano izquierda: trazó una especie de círculo en el aire. Winters quedó desconcertado pero luego, suponiendo que sería un saludo, lo imitó torpemente.

—¡Wassum! ¡Yo diría que ha elegido un sistema bien lento para viajar!

—No tengo prisa —replicó Winters, decidido a aprender cuanto, pudiera antes de descubrirse. Tuvo que reprimir sus naturales impulsos de excitación y alegría. Le habría gustado gritar y abrazar al desconocido.

—¿Viene de lejos?

—He viajado durante años.

—Acompáñeme. Lo llevaré a nuestra orig. Apuesto a que necesita comida, bebida y cobijo.

Hablaba despacio y su paso era lento, a tal punto que Winters se sintió un poco impaciente. Aquella sensación iba a reproducirse luego muchas veces, durante sus tratos con las gentes del futuro.

Pensándolo bien, era extraño que el hombre hablara en inglés, aunque ello no dejaba de ser ventajoso. Naturalmente, usaba palabras nuevas y su acento le resultaba un poco raro; la A abierta sugería un origen europeo, como las R que eran decididamente continentales. Estaba cavilando si la radio y las grabaciones podían explicar la persistencia del antiguo idioma, cuando llegaron a un agradable claro flanqueado de casas de dos pisos pintadas en pardo brillante.

Las paredes eran perfectamente lisas, como sacadas de un molde para productos plásticos. Pero cuando entró en la casa, precedido por el guía, notó que toda la pared era transparente a la luz exterior; las minúsculas ventanas sólo servían para asomarse ya fines de ventilación. Tuvo poco tiempo de mirar a su alrededor, pues un tipo moreno y corpulento le clavaba los ojos, debajo de unas pobladas cejas grises.

—Un extranjero que venía a pie —dijo el guía y luego se volvió hacia Winters—: Nuestro jefe, Guardamonte.

Girando sobre sus talones, salió sin demostrar la menor curiosidad.

—¡Wassum, extranjero! ¿Dónde está tu orig? —preguntó el Guardamonte.

—¿Mi orig? No entiendo.

—Tu aldea.

—No tengo.

—¡Caray! ¿Un trogling?

—No entiendo.

—Un salvaje... un ermitaño... ¿No entiendes el habla humana?

—Yo soy de un lugar donde había distintas formas de habla humana, señor.

—¿Cómo es eso? ¡Desde el nacimiento de la civilización, hace dos mil años, sólo existe una lengua común a todo el mundo!

Winters, excitado, tomó nota mentalmente de la fecha. ¡Habían transcurrido al menos dos mil años desde su reclusión en la cámara!

—He venido para aprender, señor. Me gustaría pasar algunos días en tu aldea estudiando vuestras costumbres de... ¡hum...! de manera elemental. Por ejemplo, ¿cómo obtenéis alimentos en medio del bosque? No he visto granjas ni campos.

—Sé wassum a nuestro refugio, pero... ¿qué son granjas? ¡y campos! ¡Gracias a nuestros antepasados, tendrías que viajar muchísimos kilómetros

antes de encontrar un campo! Estamos bien situados en medio de excelentes bosques.

—¿Y los alimentos?

El Guardamonte alzó las cejas.

—¿Alimentos...? ¡Acabo de decir que poseemos buenos bosques, un centenar de kilos cuadrados! ¡Comida de sobra! ¿Acaso andas con los ojos cerrados?

—Vengo de un lugar donde no estábamos acostumbrados a obtener alimentos de los bosques. ¿Qué clase de alimentos halláis en ellos? Señor, recuerda que vengo en busca de la información más elemental.

—¡Elemental, por cierto! Naturalmente, harina de castaño para hornear, nueces de postre y verduras como la algarroba, la keawela catalpa y cien más... Todos los alimentos que el hombre pueda desear. Los troncos caídos nos ofrecen su cosecha de setas... en esta orig tenemos una famosa receta de setas a la brasa. Y, por supuesto, los cerdos engordados con bellotas para obtener tocino y grasas invernales. Y los pinos de tea que nos dan aceites de máquina... Son los productos normales del bosque. ¿Cómo es posible que ignores cosas cotidianas que saben hasta los escolares?

—Mi historia es extraña, señor. Si respondes a mis preguntas, luego te explicaré cuanto desees saber acerca de mí. Respóndeme como si yo fuera... ¡bah!, un ser de otro planeta, o del pasado lejano —concluyó Winters con una risa forzada.

—¡Son muy raras tus palabras!

—Pues cuando te haya contado mi historia, te parecerá aún más rara te lo aseguro.

—¡Ja, ja! ¡Este juego... puede llegar a ser divertido! De acuerdo; voy a dedicar la tarde a enseñarte cosas y responder a tus preguntas. Por la noche, después de la cena, me contarás tu historia... ¡Pero te advierto que... procura que sea buena como para merecer el tiempo que te dedico!

Salieron a la luz del sol. La aldea era un grupo de unas cincuenta casas grandes que ocupaban una extensión de ochocientos metros en un claro largo y estrecho. Más allá se veían los enormes troncos, las ramas nudosas y el oscuro verdor del bosque. El Guardamonte era un viejo bastante activo; los demás aldeanos, en cambio, se caracterizaban por aquel vago aire de indolencia que había observado en su primer interlocutor. Había grupos descansando graciosamente a la sombra de los árboles y, para la mentalidad de un hombre de negocios como Winters, las pocas personas que se movían parecían caminar arrastrando los pies. Le pareció que aquella gente era perezosa, ni más ni menos y luego comprobó que esto era casi siempre cierto. Cumplían con los trabajos de la aldea en una o dos horas diarias... y aún ese tiempo regateaban, haciendo toda clase de tentativas para escabullirse. De hecho, consagraban a esta finalidad toda su ciencia.

La gente vestía ropas de colores llamativos; el césped verde y el hermoso color pardo de los edificios servían de fondo al pintoresco cuadro. En todos vio las mismas características raciales: rostros oscuros y cetrinos, y ojos castaños de mirada líquida y apacible. Eran algo raros aquellos ojos, como si no estuvieran colocados en la cara por lo derecho, sino un poco oblicuos. Prestaron muy poca atención a la presencia de Winters, aunque de vez en cuando lanzaban una mirada de ociosa curiosidad a sus exóticos ropajes. Le pareció que las mujeres eran excepcionalmente atractivas, y los hombres

algo afeminados y demasiado blandengues. No es que no gozaran de buen aspecto físico, sino que sus rostros eran demasiado suaves y sus cuerpos demasiado gráciles, en contraste con las opiniones de un individuo del siglo veinte acerca de cómo debe ser un hombre bien constituido. Sus cuerpos sugerían algo felino: la gracia y la pereza del gato, combinados con una fuerza ágil.

Winters supo que una «orig» generalmente estaba formada por unas mil personas. En ese momento había un exceso de varios centenares de habitantes, y a setenta y cinco kilómetros hacia el norte estaban preparando una «colorig», donde los árboles contaban ya con medio siglo de edad, en espera de acoger la nueva colonia.

—¿Por qué no se limitan a ampliar la aldea para dar cabida al exceso de población?

—El bosque sólo alimenta cómodamente a un determinado número de personas... Ahora mismo empezamos ya a tener ciertas dificultades.

—Pero, ¿no hay aldeas mayores para la producción manufacturera?

—Claro que sí. En el norte hay origs fabriles, cerca de las Grandes Cataratas. Nuestra rueda aérea va allí dos veces por semana... un vuelo de dos horas. Pero hay muy poca gente allí, sólo la imprescindible para ocuparse de las máquinas.

Los habitantes de la aldea parecían felices y muy contentos de su vida, pero a Winters la mayoría de los hombres y mujeres más jóvenes le parecieron demasiado serios. Sus rostros bronceados rara vez mostraban una sonrisa. Entró en varias casas y, entre ellas, visitó el gremio de fabricantes de tejidos. Le interesó grandemente, como si hubiera reconocido a un viejo amigo, al ver cómo hacían pasar la pulpa de madera desde una tubería ya través de unas hileras, para ser finalmente endurecida en un baño ácido. Naturalmente, reconoció el proceso de fabricación del rayón, nuevo en su juventud, pero considerado allí de una antigüedad prehistórica.

—¿Cuántas horas al día trabajas aquí? —le preguntó al anciano encargado.

—La semana pasada he trabajado tres horas diarias preparando ropas para los nuevos colonos —respondió, quejumbroso—. ¡A ver si tenemos un poco de paz en esta orig cuando se hayan ido los jóvenes! ¡Al menos habrá terminado la penuria de todo!

Mientras hablaba, un joven que sin duda era su hijo entró en la sala de hilados y contempló a su padre y al Guardamonte con ojos fríos y altaneros.

—¡Wassum! —saludó el encargado, pero el joven se limitó a fruncir el ceño sin contestar. Observó a Winters en silencio y con desconfianza y salió sin decir palabra.

—¡Es un joven muy arisco su hijo!

—Sí. Como todos los de su generación... Se toman la vida demasiado en serio.

—Pero, ¿no se divierten nunca?

—¡Ah, sí! En otoño tienen la temporada de caza. Los jóvenes acosan al ciervo y lo persiguen a pie, a veces durante varios días, para atraparlo luego. No deben emplear sino las manos. Mi hijo es un famoso perseguidor de ciervos. Hace ejercicio todo el año para la temporada otoñal.

—¿Pero no hay... pasatiempos más alegres?

—Las fiestas. Pronto llegará la fiesta de las hojas de otoño. Cuando llega el equinoccio, los jóvenes se visten de rojo, púrpura y dorado, y bailan en un

claro del bosque, elegido por su excepcional belleza de colores otoñales. Las jóvenes compiten con sus atuendos.

—¿Y los más jóvenes... los niños?

—Asisten a la escuela hasta que cumplen veinte años. La edad escolar es la del trabajo arduo y el estudio. No se les permiten juegos ni pasatiempos, salvo los ejercicios necesarios para su salud. Cuándo salen de la escuela, han merecido el acceso a los derechos y placeres de la madurez... por eso trabajan con más ahínco aún, para terminar la escuela cuanto antes.

Cuando salieron, Winters vio una pequeña aeronave que aterrizaba en la plaza de la aldea. El Guardamonte dijo que era la rueda aérea y que no despegaría hasta el anochecer.

—Nunca he estado en una de ellas —comentó Winters.

—Tú eres un trogling —exclamó el Guardamonte—. ¿Qué te parecería un vuelo corto?

Winters se apresuró a aceptar. Se acercaron a la máquina y Winters la observó con curiosidad. Al menos en esto se notaban los tres mil años de progreso: la cabina cerrada daría cabida a unas veinte personas. No tenía alas, sino tres ruedas horizontales (dos delante y una detrás), que coronaban la cabina. En el morro tenía una hélice, que aún giraba cuando se acercaron. El Guardamonte explicó sus deseos al piloto y éste le preguntó qué dirección preferían tomar.

—¡Al sur, hacia el mar, y luego regresemos! —respondió Winters, con la memoria poblada de visiones de la próspera metrópoli neoyorquina, en su época.

Se acomodaron y la rueda despegó suavemente, sin apenas ruido; el vuelo era prácticamente silencioso, y avanzaban a una velocidad tremenda.

Al cabo de diez minutos avistaron el mar, y Winters contuvo una interjección al ver por las ventanillas de cristal varias islas de distinto tamaño, cubiertas por el verde manto del bosque frondoso.

Poco a poco resolvió el enigma: evidentemente, aquélla era Long Island, y más allá aparecía Staten Island; lo que tenía abajo, pues, era el istmo de Manhattan. El bosque lo cubría todo de manera uniforme.

—Hay ruinas bajo los árboles —comentó el Guardamonte al notar su interés—. He estado varias veces allí. Nuestros historiadores suponen que los pueblos antiguos que vivían aquí debían temer el aire libre, pues se ocultaban bajo tierra o levantaban edificios de piedra donde se podía entrar sin exponerse al exterior. El suelo está horadado por túneles en todas direcciones, que les servían de carreteras.

## 3 - ¡Tiene apéndice!

En ese momento la aeronave hizo una maniobra, y Winters divisó un pilar gris de mampostería, resto de una torre, que sobresalía por encima del bosque. ¡Seguramente se habrían necesitado miles de años para olvidar a tal punto Nueva York! Pero entonces recordó que basta un siglo para dar antigüedad a cualquier obra humana.

No quiso mirar por la ventanilla durante el viaje de regreso, envuelto en tristes pensamientos y recuerdos lúgubres. Aterrizaron en el claro y continuó la visita bajo la guía del Guardamonte, que no narraremos aquí para no alargar en exceso el relato. Al caer la tarde disponía de una noción

aproximada sobre la vida en la nueva era. Los metales eran cuidadosamente recuperados, y cuando se fundaba una nueva colonia, el equipo de utensilios y herramientas de metal se estimaba como el regalo más espléndido de las aldeas principales. La agricultura era totalmente desconocida y los granos, que el Guardamonte sólo conocía como «semilla de planta», no se empleaban como alimento, aunque no ignoraba que las razas antiguas les habían dado este uso. Ahora todo provenía de los árboles: alimentos, casas, vestiduras... incluso el combustible de las aeronaves, que era alcohol metílico.

La vida de los aldeanos era ociosa y placentera, pensó Winters. Tenían muy pocas horas de trabajo, y dedicaban la mayor parte del día a las diversiones sociales y los pasatiempos científicos y artísticos. En la aldea había artistas, la mayoría de los cuales cultivaban un estilo caprichoso, cuyas obras Winters no entendía en absoluto (pintaban árboles, y de este modo intentaban expresar emociones). Pero algunas casas poseían muchas piezas maravillosas de escultura. Recibían la energía eléctrica a través del aire desde las Grandes Cataratas, donde se generaba, y cada enchufe daba corriente sin necesidad de cables. La aldea producía sus propios alimentos y manufacturaba sus ropas, materiales de construcción, papel, alcohol metílico, trementina y aceites. Al parecer, el resto del mundo estaba formado por aldeas idénticas.

Winters supuso que aquella civilización consistía en un gran número de aldeas aisladas prácticamente autosuficientes, a excepción de los metales. Si uno viajaba en rueda aérea de una aldea a otra y allí cambiaba a otra nave, pronto habría recorrido todos los continentes y océanos del globo. Pero la investigación científica y artística era cosa de individuos aislados, pues el intercambio de ideas resultaba fácil gracias a una televisión maravillosamente realista y a las comunicaciones por radio.

Al anochecer cenaron en casa del jefe Guardamonte.

—Debo pedirte disculpas en cuanto a la comida —dijo—. Hemos tenido que racionar un poco nuestras provisiones, porque nuestra población ha crecido más pronto que nuestros nuevos plantíos. Será una buena comida; no pienso matarte de hambre, pero no podrás repetir de ningún plato, y tendrás que perdonar la falta de lujos en mi mesa.

Dejó caer su corpulenta humanidad sobre un sillón.

—¿No hay otra solución sino racionar las cosas mientras aguardáis a que los nuevos bosques den sus frutos?

El Guardamonte rió con cierta amargura.

—Sin duda... pero a determinado precio. Podríamos cortar algunos árboles para que crezcan más setas en los troncos muertos, y también podríamos recoger la médula comestible un poco antes de que maduren... y así sucesivamente. Esto retrasaría en algunos años, como mucho, nuestra planificación, pero no vale la pena discutirlo. El Consejo de la Juventud ha reivindicado los Derechos de su Generación. El futuro les pertenece, naturalmente, y se oponen a que gastemos ahora un poco de sus recursos. Nosotros los mayores tenemos opiniones un poco más liberales... no egoístas, sino basadas en principios de sentido común. Por desgracia, ha habido algunas palabras fuertes y la cuestión aún no está solucionada, pues la actitud de ellos es casi fanática e irracional. Pero no quiero aburrirte más con nuestros asuntos locales —intentó cambiar de conversación.

Empleaba a menudo la expresión «gracias a nuestros antepasados», cosa que le llamó la atención a Winters. Hasta ese momento, Winters había eludido una cuestión: la historia de las épocas pasadas, durante las cuales se habían emprendido todos aquellos cambios drásticos. Al concluir la cena, cuando llegó el momento de narrar su historia según lo convenido, reflexionó sobre cómo obtener tal información.

—He viajado mucho, pero a través del tiempo... no en distancia —empezó.

El Guardamonte se quedó con el tenedor en el aire y arqueó las cejas.

—¿Qué tonterías dices? —inquirió.

—No son tonterías... Estas setas están realmente deliciosas... He logrado el control de un estado de muerte aparente. Entré en letargo hace muchísimos años, y he despertado esta mañana.

El Guardamonte se mostró incrédulo.

—¿Cuánto tiempo crees que ha transcurrido?

—No lo sé con certeza —respondió Winters—. Mis instrumentos señalaban cierta fecha pero, para estar absolutamente seguro, preferiría que me contaras la historia de tu gente según vuestros conocimientos. Sólo necesito los hechos más destacados.

—¡Ja, ja! ¡Me prometiste tu historia y te muestras de lo más chistoso al cumplir tu promesa, extranjero!

—¡Al contrario! Hablo en serio.

—No te creo... pero podría ser un juego divertido. Veamos... El año pasado los cinamomos dieron fruto por primera vez en las zonas de temperatura más baja de la Tierra. Puedes probar los que tienes en tu plato. Esto ha modificado enormemente nuestro modo de vida, y quizá pronto resulte innecesario moler harina de castaño.

—Interesante —comentó Winters—. Pero retrocedamos mil años más.

El Guardamonte abrió los ojos de par en par. Luego rió encantado.

—¡Bien! ¡Más te vale que no sea una vil fanfarronada, ¡eh! Mil años... Eso sería hacia la época del gran proceso del aluminio. Como ya sabes, antes de esa época el mundo necesitaba desesperadamente metales. Cuando Koenig perfeccionó su procedimiento para la obtención del aluminio a partir de la arcilla, la economía del mundo quedó trastornada y... ¡bien! ¿Qué más quieres?

—Creo que podrías retroceder dos mil.

El Guardamonte rompió a reír pero, a una súbita ocurrencia, se puso serio. Miró un instante a su invitado, con expresión astuta, y sus ojos reflejaron una ligera frialdad.

—¡No pretenderás que lo tome en serio! —exclamó.

—Así es.

—¡Es absurdo! En aquellos días el organismo humano aún conservaba el apéndice. Fue después de la Gran Revolución, cuando los derrochadores fueron derrotados al fin, y la Verdadera Economía alzó su antorcha para guiar al mundo en su sendero ascendente. ¡Hace dos mil años! ¡De esa época arranca la historia civilizada! Costumbres tan arcaicas como las supersticiones organizadas, el dinero, la propiedad privada del suelo y la división de la humanidad en grupos que hablaban idiomas distintos dejaron de existir en esa época. ¡Fue un período agitado!

—De acuerdo. Retrocedamos otros quinientos años.

—¡El apogeo de la falsa civilización del Derroche! Los fósiles vegetales eran implacablemente quemados en hornos para suministrar calor. Se consumía

el petróleo por millones de barriles. Se construían coches baratos de metal, que eran abandonados para que se oxidaran al cabo de pocos años de uso. Los hombres se apiñaban en mal ventiladas aldeas de un millón de habitantes... algunos historiadores aseguran que de varios millones. Fue la época de las luchas raciales, cuando países enteros convocaban al populacho, poniendo explosivos y venenos en sus manos para enviarlos a destruir otros países. ¿Tú dices provenir de ese período vergonzoso?

—Es exactamente lo que solíamos hacer —respondió Winters—, aunque no lo llamábamos así.

Apenas podía contener su júbilo. No le cabía la menor duda: ¡Vivía en el año 5000! ¡Su reloj había funcionado con precisión!

El rostro del Guardamonte estaba congestionado.

—¡Maldito sea el zoquete! Ya te has divertido bastante... Ahora dime la verdad: ¿dónde queda tu orig?

—No entiendo. Te he dicho la verdad.

—¡Te aseguro que es una soberana idiotez! ¿Qué vas a ganar con semejante historia? ¡Aunque la gente fuese tan estúpida como para creerte, supongo que no te harías muy popular!

—¿Cómo? —dijo Winters, sorprendido—. ¿Acaso tú no agradeces a tus antepasados todo lo que han hecho? ¡Yo soy uno de vuestros antepasados!

El Guardamonte lo miró, algo confuso.

—Eres buen actor —comentó secamente—. Pero estoy convencido de que no ignoras que sólo estamos agradecidos a los antepasados planificadores de nuestros bosques y enemigos del Derroche. ¿Qué habríamos de agradecer a los humanos de hace tres mil años? ¿El haber agotado las reservas de carbón del mundo? ¿El dejarnos sin petróleo para nuestras fábricas químicas? ¿El destruir los bosques de las montañas y entregar el suelo de los valles a la erosión? ¿Acaso hemos de darles las gracias por el desierto de Sahara o el de Gobi.

—Pero el Sahara y el Gobi ya eran desiertos cinco mil años antes de mi época.

—No sé qué significa eso de «tu» época. Pero si fue así, con más razón debisteis aprender la lección que os daban esos desiertos. ¡Vamos! Me has fastidiado con tus necedades. ¡Exijo el desquite! ¿Sigues afirmando que eres un ser humano de la época del Derroche?

Winters guardó silencio, no sabiendo a qué atenerse. El Guardamonte rió diabólicamente.

—¡No importa! ¡Tú ya has afirmado que lo eres! De acuerdo. Puede comprobarse fácilmente. De ser cierto, debe tener un apéndice y... sí... ¡pelo en el pecho! Estas dos características no han aparecido en los últimos dos mil años. ¡Te someteremos a una revisión y, si resulta que me has mentido, se pensará en un castigo adecuado! Trataré de pensar en una recompensa tan divertida como tus mentiras delirantes.

Tenía los ojos encendidos cuando apretó un pulsador oculto en el brazo del sillón, y al poco entraron dos jóvenes. Físicamente Winters no estaba en condiciones de resistirse, y le quitaron rápidamente la ropa. Su pecho no era demasiado velludo, pero indiscutiblemente allí había pelo, y el Guardamonte se acercó lanzando una exclamación de incredulidad. Luego cogió las ropas y palpó con cuidado la tela, examinando con atención el lino a la luz de una lámpara eléctrica empotrada en la pared.

—¡Llevadlo a la sala de sanidad! —gritó.

El pobre Winters fue arrastrado sin miramiento por el pasillo e introducido en un recinto de suave cristal blanco, equipado de aparatos quirúrgicos. El lugar olía a desinfectante. Apoyaron sus espaldas en una pantalla negra, y el Guardamonte conectó una lámpara de rayos X para mirar su cuerpo desnudo a través de una mascarilla de cristal azulado. Al cabo de un rato salió de la habitación, y regresó casi enseguida con un libro. Lo abrió por una página llena de ilustraciones que estudió con sumo cuidado, mirando luego nuevamente a través de la mascarilla. Por último lanzó un gruñido de asombro y volvió los ojos azorados a sus dos asistentes.

—¡Tiene apéndice...! ¡No cabe duda! ¡Esto es lo más sorprendente que haya visto! ¡El extranjero que aquí veis afirma haber sobrevivido desde los antiguos tiempos, desde la Época del Derroche! ¡Y tiene apéndice, jóvenes camaradas! ¡Debo hablar con los biólogos y los historiadores de todo el país! Esto interesará a todo el mundo. Acompañadlo y ocupaos de asignarle un lugar para que descanse esta noche.

Salió y Winters le oyó en la habitación contigua, hablando excitadamente por el videoteléfono. Los dos jóvenes asistentes lo condujeron por el pasillo. Al pasar vio que el Guardamonte hablaba con un hombre gordo, pelirrojo y colorado que aparecía en el videoteléfono y que, por lo visto, no se dejaba convencer. Winters lo contempló con curiosidad, pues entre los que había visto era el único que no tenía rostro cetrino y delgado.

Acompañaron a Winters por el pasillo y le autorizaron a vestirse. Estaba excitado. ¡Al fin producía revuelo su llegada al nuevo mundo! Por la mañana, tal vez la rueda aérea traería docenas de científicos interesados en su caso. Empezaba a sentirse débil y agotado después de la jornada de emociones, pero aquel júbilo del último momento dio empuje a sus nervios y la energía precisa para labrar su propia ruina.

Cuando salieron de la casa, uno de los asistentes se alejó a toda prisa.

El otro lo guió hacia el límite de la aldea.

—Nosotros los jóvenes de la aldea celebramos una reunión esta noche, señor. Se llama Consejo de la Juventud, y en él discutimos los problemas importantes para nuestra generación. ¿Sería demasiado pedirle que hablara en nuestra reunión y nos narrase sus experiencias?

Aquello estimuló su vanidad, y asintió débilmente, pese a que estaba cansado y soñoliento. El guía le explicó que el lugar de reunión estaba muy cerca.

Mientras tanto, el joven que se había adelantado entró en un cuartito anexo al salón de reuniones. Allí sólo había tres personas que alzaron la vista cuando apareció el recién llegado.

—Camaradas, es lo que sospechábamos: los Viejos lo han traído con algún propósito. ¡Dice haber dormido tres mil años y ser una reliquia humana de la época del Derroche!

Los demás se echaron a reír.

—¿Qué intentarán hacemos tragar después? —preguntó uno de ellos con indolencia.

—Fuerte lo traerá aquí, y, si puede, lo convencerá de que hable ante nosotros durante la reunión —prosiguió el recién llegado—. ¿Comprendéis el plan?

Asintieron tranquilamente con la cabeza.

—¿Conoce la ley del Consejo?

—Tal vez sí. Pero en todo caso vale la pena el intento... ¿Sabéis? En realidad, no juraría que no sea de los viejos tiempos. Al menos, es una imitación sorprendentemente buena. ¡Ese hombre tiene pelo en el cuerpo!

Se alzó un clamor de asombrada incredulidad, que fue decayendo ante la actitud de seguridad serena y enfática del que había hablado. Luego hubo un momento de silencio.

—¡Camaradas, podéis estar seguros que es una triquiñuela de los Viejos! Que ese hombre hable ante el Consejo. Si comete un error, por insignificante que sea, podremos manipular la reunión y convencer a los demás de que la situación es crítica. ¡Todo medio es justo, cuando se trata de evitar que nuestra herencia sea despilfarrada! He oído decir que la orden para cortar los árboles antes de que hayan madurado saldrá mañana, si no logramos impedirlo. Veremos que se puede hacer esta noche... hay que estar dispuestos a todo.

Cuando Winters llegó al salón, los tres jóvenes lo esperaban en el estrado para darle la bienvenida. La sala era de techo bajo, y tendría unos cincuenta metros cuadrados de superficie. Estaba llena de jóvenes morenos. Lo que más impresionó a Winters fue el lujo de los asientos. ¡Cada persona ocupaba un gran sillón tapizado! Qué diferente de las salas donde se celebraban los «meetings» de su época, pensó, con sus bancos de madera y su atmósfera cargada y sofocante.

La iluminación eléctrica estaba empotrada en las paredes, y en aquel momento envolvía la sala en un resplandor sonrosado, aunque el color cambiaba a intervalos, a rojo, púrpura o azul y resultaba extrañamente reconfortante. Cesó el murmullo de las conversaciones. Uno de los jefes jóvenes se adelantó.

—¡Camaradas! Este extranjero es de otra generación. ¡Ha venido especialmente para hablarnos de las condiciones que imperaban en los antiguos días... Nos hablará de su experiencia personal en la época del Derroche, camaradas, a la que ha sobrevivido mediante un letargo artificial! ¡El Guardamonte de nuestra orig, que es lo bastante viejo como para saber la verdad, así lo ha afirmado!

Winters no captó el sarcasmo. Estaba cansado y lamentó haber aceptado asistir.

Los asistentes prorrumpieron en exclamaciones de fingido asombro y risotadas burlonas, que habrían constituido una advertencia para cualquiera. Pero Winters, agotado, sólo pensaba en lo que debía decir ante los jóvenes. Carraspeó.

—No estoy seguro de tener algo interesante que deciros. Unos historiadores o médicos serían un auditorio más adecuado para mí. Pero quizás os interese saber qué me han parecido los cambios acontecidos en esos tres mil años. Vuestra vida es mucho más sencilla que la de mi época. Los hombres morían por falta de alimentos, y los jóvenes no tenían siquiera la seguridad de poder ganarse la vida, sino que debían luchar por ella —con gran asombro de Winters, esta frase arrancó algunos aplausos—. En mi opinión, esta gran seguridad de que nunca os faltará comida ni ropa es el cambio más sorprendente que han producido los años.

Se interrumpió, inseguro, y uno de los jefes preguntó algo sobre «si quizá nosotros nos precipitamos al dar por sentada tal seguridad».

—Me parece que no entiendo lo que quieres decir. Vuestro jefe Guardamonte me dijo algo de unas diferencias de opinión económicas. No conozco bien los hechos. Sin embargo, creo que tenéis una opinión excesivamente mala de mi época, sin duda por nuestro imprudente consumo de recursos naturales. Incluso entonces había hombres que lo censuraban, pero nosotros creíamos que, cuando se agotaran el petróleo y el carbón, la humanidad hallaría un nuevo combustible para reemplazarlos. He visto que no nos equivocábamos en este sentido, pues vosotros utilizáis el alcohol metílico: un excelente sustituto.

Un joven se puso en pie de un salto, excitado.

—¡Y por eso, camaradas, el extranjero cree que su época queda justificada, después de agotar el petróleo y los combustibles del mundo! —dijo a voces.

Se oyó un rumor que concluyó con algunos gritos roncos y una agitación nerviosa entre el público. Winters estaba cada vez más embotado por el cansancio, y no lograba entender lo que ocurría.

—Lo que usted dice nos interesa sobremanera —explicó otro de los jóvenes que estaban a su lado—. ¿Era corriente quemar carbón para obtener simplemente calor?

—Sí. Se quemaba en todas las casas... también en la mía.

Hubo un movimiento amenazador entre el auditorio, como si se dispusieran a asaltar el estrado. La multitud era como un paquidermo excitado, pese a su lentitud, por el continuo aguijoneo de las afiladas lenguas de sus dirigentes.

—¿Y también quemabais petróleo como combustible?

—Por supuesto. Todos lo quemábamos en nuestros automóviles.

—¿Era algo normal cortar árboles con la mera finalidad de despejar terreno?

—Pues... sí. Yo plantaba árboles en mi propiedad, pero debo decir que también tenía un gran espacio cubierto sólo de césped.

En este momento, Winters se sintió débil y mareado. Se dirigió humildemente al joven que lo había traído:

—Creo que necesito descanso. Me encuentro mal.

—Sólo una pregunta más —respondió el otro en voz baja; luego agregó en voz alta—: ¿Le parece que el Consejo de la Juventud debe tolerar que nuestra herencia sea sacrificada, siquiera parcialmente, en nombre de la comodidad actual?

—Si no se cometen excesos, en principio no veo nada malo en ello... Siempre podéis plantar más árboles... Pero voy a retirarme, pues me siento...

## 4 - La rebelión de los jóvenes

No pudo concluir la frase. En el salón del Consejo se elevó un clamor enfurecido. Uno de los jefes gritó reclamando silencio.

—¡Ya lo habéis oído, camaradas! ¡Observad qué clase de hombre han enviado para que nos hable! ¡Se diría que nosotros, los jóvenes, hemos de recibir lecciones de la época del Derroche! ¡Al menos, así lo creen los viejos! La crisis actual es de escasa importancia pero, si cediéramos la primera vez, ¿dónde se detendrían? ¿Qué concepto tienen de nuestra inteligencia, cuando esperan que nos creamos esa historia de los tres mil años de letargo? ¡Su presencia es un insulto! ¡Y el mensaje que han puesto en su boca excede

todos los límites de la paciencia! ¡Sólo puede haber una respuesta! —Se volvió hacia el pobre y atontado, Winters, embotado por los efectos de su prolongada fatiga—. ¡Haremos con esta persona un escarmiento que grabará para siempre nuestros principios en las mentes de todos!

Se oyeron voces, y varios jóvenes subieron corriendo al estrado para apoderarse de Winters.

—¡Ha confesado que transgredió las leyes básicas de la economía! —gritó el jefe—. ¿Qué castigo merece?

Se oyeron gritos de «¡Matadlo! ¡Exiliadlo! ¡Desterradlo a las planicies!» Y un grupo coreaba salvajemente: «¡A muerte! ¡A muerte!»

—He oído que muchos de vosotros exigís una condena a muerte —chilló el jefe—. Verdad es que matar equivale a derrochar una vida... pero, ¿qué otro trato merece quien ha vivido toda una existencia de despilfarro! —Hubo aullidos de vehemente aprobación—. ¡Todos a vuestras casas! Encerraremos en el sótano del local a este individuo que afirma tener tres mil años de edad. ¡Mañana volveremos a reunirnos aquí y lanzaremos a los Viejos nuestro público desafío! ¡Sólo una palabra más, camaradas! ¡El camarada Fuerte ha oído decir que a primera hora de la mañana los Viejos presentarán la orden de tala de nuevos árboles!

La sala estaba tan agitada que sus paredes temblaron. Winters fue sacado de allí, medio dormido y arrastrando los pies, y lo echaron en una litera del sótano situado debajo del salón. Cayó vencido por el agotamiento total, y ni siquiera oyó el roce de los pies que se alejaban. El horror y el miedo unidos a su fatiga le tenían paralizado, y quedó inconsciente, más que dormido.

Arriba, en el cuartito anexo al salón ahora desierto, tres jóvenes celebraban su éxito, con un brillo de regocijo en sus ojos castaños, y cambiaron impresiones durante unos minutos. Les parecía que habían protegido los derechos de su generación, no importando los medios empleados para perseguir tal finalidad. Se despidieron hasta la mañana siguiente con aquel extraño gesto circular que reemplazaba el antiguo apretón de manos.

Pero mientras conversaban (tan rápida es la traición), otro joven se arrastraba hacia las sombras de la casa del Guardamonte y manoseaba el pasador de una puerta trasera, que daba al bosque. Mientras los jóvenes se despedían, una voz hablaba rápidamente al oído del jefe Guardamonte, cuyo rostro arrugado y espeso entrecejo fruncido expresaron, alternativamente, asombro, indignación, ira y una enérgica decisión.

Winters despertó y vio sobre el piso de tierra un círculo de luz matutina. Tenía el cuerpo molido por el rudo trato, y sus músculos faltos de ejercicio transidos de agujetas y calambres. Pero su cerebro volvía a funcionar con claridad, y recordó los acontecimientos de la reunión. ¡Qué tonto había sido! ¡Cómo había dejado que le condujeran a su propia ruina! Siguió con la vista el rayo de luz hasta la ventana enrejada que se abría sobre la litera, donde se recortaba un pedacito de cielo azul recorrido por una pequeña nube algodonosa, que parecía un pato en un estanque. Le embargó una oleada de nostalgia. ¡Ah!, ver un rostro amistoso... Algo conocido, aunque no fuese más que un trozo de periódico en el suelo de la celda. Pero tales deseos carecían de sentido. Mediaban treinta siglos entre aquellas cosas y él, como un océano entre un marino náufrago y su tierra natal.

Pero luego mudó de pensamientos, y su natural curiosidad volvió a despertar en él. Al fin y al cabo, aquella época era una reacción contra la suya. Se había oscilado de un extremo a otro: así lo vería la Historia. La verdad no estaba en ninguno de los dos, sino en algún camino medio y más moderado. La humanidad sabría hallarlo al correr del tiempo. Tal vez pasados otros mil años o más. Pero ¿qué podía importarle a él ahora? Iba a morir pronto. Dentro de un rato, los jóvenes vendrían a buscarlo y lo sacrificarían para vengar alguna ofensa imaginaria. En su estado de debilidad, todo le pareció indeciblemente patético y las lágrimas anegaron sus ojos, hasta que se tranquilizó considerando la amarga ironía de la situación. Le sacó de su meditación el ver una sombra que cruzaba por delante de la reja, y se sobresaltó creyendo oír gente que hablaba en voz baja.

Al instante fue presa de intenso temor. ¡No sería conducido tan dócilmente a la muerte! Se volvió en la litera para ponerse en pie, y notó que tenía debajo un objeto duro. Tanteó y encontró el revólver, que revisó enseguida, con todos los sentidos dirigidos a captar señales de peligro. Pero no volvió a oír nada. La pistola era de aire comprimido y disparaba balas de plomo calibre 22. Sólo era mortal a distancias muy cortas, menos de diez metros, y la palanca de carga comprimía aire para diez disparos. De todos modos, era algo. Accionó apresuradamente la palanca, cargó y apretó el gatillo para escuchar el satisfactorio «smac» del plomo contra la pared de piedra.

Ahora su mente funcionaba a todo rendimiento. Sacó la lima del cinturón y se acercó a la ventana enrejada, poniéndose en pie sobre la litera. ¡Si lograba aserrar los barrotes escaparía por allí! Descubrió con sorpresa que los barrotes eran de madera, y su corazón se llenó de esperanza. Extrajo el serrucho del cinturón y se puso a trabajar febrilmente. A costa de fuertes calambres en el brazo, aserró cuatro barrotes en otros tantos minutos. Amanecía ya, y empezó a sentir pánico; sacó el hacha y con tres golpes derribó el resto de la reja. Mientras lo hacía, una sombra se acercó y un rostro se arrimó a la ventana. Winters retrocedió, agachado, apuntando la pistola con el dedo sobre el gatillo.

—¡Aquí está! —dijo el desconocido, y entonces Winters reconoció la voz del jefe Guardamonte, absteniéndose por ello de disparar—. Toma mi mano, extranjero, que vamos a sacarte de aquí. Hace media hora que te buscamos. ¡No temas! No permitiremos que te hagan daño.

Winters no estaba muy seguro de ello.

—¿Quién me protegerá?

—¡Apresúrate, extranjero! Has caído tontamente en manos de los jóvenes exaltados de la orig... la culpa es mía por no haberlo pensado... pero me acompañan cien adultos. No correrás peligro con nosotros.

Winters permitió que lo izaran a través de la ventana y se detuvo bajo la luz matinal. Estaba rodeado de hombres que lo miraban con interés y respeto. Tal actitud disipó sus últimas sospechas.

—Hemos de darnos prisa —dijo el Guardamonte—. Sospecho que los más jóvenes buscarán camorra. Tratemos de llegar a mi casa lo más pronto que podamos.

El grupo echó a andar por el claro; casi enseguida aparecieron dos jóvenes a la puerta de un edificio cercano. Cuando vieron a Winters en medio de los adultos, se volvieron y salieron corriendo en distintas direcciones, gritando algo que aquellos no lograron entender.

—¡Démonos prisa!

Un hombre bajo y gordo, pelirrojo y de rostro colorado, tomó a Winters bajo los brazos y lo ayudó a avanzar. El rostro le era conocido, y Winters recordó al hombre que había visto en la pantalla del videoteléfono el día anterior. Tenía una fuerza colosal y parecía infatigable. Winters simpatizó con él, por cuanto contrastaba en aquella época de indolencia.

—Soy Stalvyn de Historia en la orig vecina —le explicó a Winters mientras corrían—. ¡Eres muy valioso para mí, y espero que no te moleste que me encargue personalmente de tu protección!

La distancia era de cuatrocientos metros, y habían cubierto la mitad de ella cuando, por detrás de una casa situada enfrente, salió un grupo de jóvenes lanzando gritos. Hubo un momento de indecisión, como si la natural aversión al ejercicio físico aún pudiera impedir la pelea. Pero, evidentemente, sus jefes los azuzaban. De pronto arremetieron, arrojando una lluvia de piedras y esgrimiendo cachiporras. Al cabo de un instante se produjo el choque, y los contendientes formaron un confuso barullo; era una pelea bárbara y primitiva, sin tácticas ni técnicas.

Aquí dos jóvenes dejaban inconsciente a un anciano con sus cachiporras, y se abalanzaban juntos sobre la próxima víctima. Allí un adulto musculoso como un toro corría ebrio de violencia entre los mozuelos, aplastándolos entre sus poderosos brazos o estrellando sus puños grandes como jamones en los rostros que se le ponían por delante. Mientras luchaban, los atacados seguían avanzando hacia su objetivo. Cuando habían recorrido casi otros cien metros, los jóvenes se retiraron. La superioridad numérica de los adultos había inclinado la balanza.

Sin embargo, sólo quedaban cincuenta hombres ilesos alrededor del jefe Guardamonte. Los demás habían abandonado la lucha o quedaban heridos... o quizá muertos, pensó Winters al mirar la veintena de figuras inmóviles que yacían en el suelo. Los jóvenes sólo se habían alejado unos treinta metros y seguían de lejos a los fugitivos. Nuevos grupos de jóvenes llegaban corriendo de todas direcciones, y era cuestión de minutos que se reanudase el ataque, aunque esta vez la desventaja recaería sobre el otro bando.

Winters y el Stalvyn, su sedicente guardaespaldas, no habían tomado parte en la lucha, pues iban en medio del grupo de rescate. Pero ahora se adelantaron poniéndose al frente del grupo, para avanzar con decisión al lado del Guardamonte. Winters mostró a éste la pistola.

—Con esto puedo matarlos cuando estén cerca. ¿Puedo usarlo?

El Guardamonte lanzó un gruñido.

—Mátalos. ¡Es lo que pretenden hacer contigo!

Mientras hablaba, la cuadrilla de jóvenes se abalanzó sobre ellos con furia asesina. Los adultos cerraron filas y Winters disparó contra los atacantes más cercanos; tres de ellos cayeron y eso frenó la fuerza de la acometida, pues los que venían detrás tropezaron y cayeron. El Stalvyn y el Guardamonte avanzaron y se entabló la lucha alrededor de los caídos. Winters se agachó detrás de ellos, accionó rápidamente la palanca, cargó los proyectiles y apretó el gatillo, actuando mecánicamente, como en una pesadilla. Los gritos de rabia y dolor se mezclaron con el ruido de los golpes y los jadeos de los luchadores. Fue una escena feroz, cuyo horror agravaba la evidente torpeza de aquella gente pacífica en tal género de actividad.

De repente, los atacantes se retiraron llevándose a los heridos. Las dos docenas de adultos que quedaban en pie miraron con asombro a su alrededor, viendo expedito el camino hasta el refugio. En el suelo había cincuenta o más caídos, y el Guardamonte llamó a los que curioseaban desde las ventanas para que bajasen a curar a los heridos, tanto los amigos como los enemigos. Obedecieron enseguida, aunque con su lentitud característica. El Guardamonte condujo al pequeño grupo hasta su casa y los hizo entrar.

—Dale comida y bebida al extranjero, Stalvyn —dijo con flema un hombre alto y delgado, de aspecto desgarbado, que era el biólogo de una orig distante casi mil quinientos kilómetros—. ¡Me figuro que nuestra Juventud no desperdiciaría alimentos para un hombre destinado a morir tan pronto! — Dedicó a Winters una sonrisa perezosa y burlona, mientras ponía en sus manos un vaso lleno de un líquido pardo—: Beba sin temor. Lo estimulará y alimentará al mismo tiempo.

Winters padecía una extrema fatiga; el Stalvyn tuvo que ayudarle a beber y luego lo condujo a un sillón, donde le hizo un breve examen médico.

—Debe descansar —declaró—. Que no se le moleste con preguntas. Voy a preparar algún medicamento.

Dicho esto, salieron todos del cuarto. Winters bebió un poco más y cayó en un profundo sueño. Apostaron una guardia junto a la puerta de su cuarto, y el biólogo lo atendió día y noche. Así permaneció durante una semana. Mientras dormía tuvo vagas impresiones de que le daban masajes, lo bañaban, lo alimentaban y lo auscultaban; impresiones que eran como pesadillas de un sueño anormal. Gracias a los expertos cuidados, sus delgadas mejillas se llenaron y su atrofiada musculatura se recuperó.

Al fin, una tarde, Winters despertó. Su sangre circulaba con vigor por todo su cuerpo, y tan pronto como abrió los ojos se sintió despejado. Vio sus ropas sobre un taburete, de modo que se levantó y se vistió. En su cinturón aún estaban la pistola, el hacha y las demás herramientas. Sintiéndose un hombre nuevo, anduvo hasta la puerta y la abrió. En la habitación contigua se vio rodeado por un grupo de hombres morenos, integrado por los doce científicos más importantes del mundo. Para entonces, la noticia de su venida ya había llegado a todas partes, y aquellos habían tenido tiempo de acudir desde los puntos más alejados. Le sometieron a una prolongada sesión de preguntas y exámenes científicos. El Stalvyn y los demás historiadores lo acosaron a preguntas, no siempre fáciles en relación con la vida y las costumbres de su época; los biólogos le exigieron que revelara el secreto de su droga para dormir y el procedimiento para controlar la duración del letargo; fue colocado bajo el fluoroscopio y fotografiaron su apéndice; tomaron sus medidas e hicieron moldes en escayola de su mano, su pie y su cabeza, con destino a los museos científicos.

Durante estas pruebas, Winters experimentaba un sentimiento de satisfacción: ésta era una de las cosas en que había pensado cuando preparó su viaje al futuro. Aquí había grandes inteligencias que sabían valorar su trabajo y le respetaban por su hazaña. Mas, por otra parte, echaba en falta una cosa: no tenía la sensación de pertenecer a aquel pueblo. Había abrigado la esperanza de hallar dioses en forma humana viviendo en Utopía. Pero los que veía eran hombres con pasiones y debilidades humanas y corrientes. Desde luego, habían progresado... pero la

curiosidad insaciable de Winters ya le urgía a averiguar qué más podía deparar el futuro.

Después de compartir una cena con todos, Winters se retiró a su habitación con el jefe Guardamonte, el biólogo y el Stalvyn. Los cuatro hombres iniciaron una plácida conversación.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó el biólogo, calmoso. Winters suspiró.

—No lo sé con exactitud.

—Te invitaría a quedarte en mi orig —observó el Guardamonte— pero la mayoría de nuestros jóvenes, y algunos de los adultos, que deberán ser más sensatos, te acusarían de las recientes dificultades, y no podría enfrentarme a todos ellos.

—¡Me acusarían a mí! —exclamó Winters con amargura—. ¿Qué tuve que ver con ello?

—Tal vez nada. El caso es que los derechos de la Nueva Generación aún no están bien definidos. El Consejo de la Juventud se ha encerrado en su obstinación, y hay que darles tiempo para que recapaciten. Ahora sus jefes creen que tú fuiste traído, de alguna manera, por nosotros, a fin de persuadirles para que consientan en talar árboles aquí y allá, a capricho del primer adulto que se presente. No sé a dónde nos llevará este asunto.

El Stalvyn le tocó el hombro con gesto amistoso.

—La naturaleza humana casi nunca es razonable. Naturalmente, la actitud de ellos es absurda. ¡Olvídalo! Te sacaremos tranquilamente de aquí en una aeronave, y vendrás a vivir conmigo. ¡Juntos revisaremos y volveremos a escribir la historia de tu época como nunca pudo hacerse hasta ahora!

—¡Alto! ¿Significa eso que tendré que huir clandestinamente de esta aldea?

Los otros callaron, avergonzados, y el Guardamonte asintió con la cabeza.

—No puedo evitarlo. Tal vez estarían a nuestro favor veinte o treinta hombres, pero lamento decir que a la mayoría de los aldeanos no les preocupa la suerte que tú corras. No quieren quebraderos de cabeza.

—¿Temen a los jóvenes?

—¡No, claro que no! Los superamos en número. Es, sencillamente, que nadie está dispuesto a trabajar más de lo que impone el horario de la aldea: una hora y cincuenta minutos. Sospecho que no iban a ponerse de tu lado, a excepción de nosotros cuatro y algunos de los más ancianos de aquí. Ya sabes, ¡así está hecho el mundo! —se encogió de hombros expresivamente.

—Escapar de aquí es muy sencillo —aseguró el biólogo—. ¿Por qué no te dedicas a viajar por el mundo y verlo todo antes de decidir tus futuros planes?

Winters meneó la cabeza con hastío.

—Amigos, agradezco vuestra amabilidad. En esta época no hay lugar para mí. Renuncié a mi propia edad por amor a un ideal. He buscado el secreto de la felicidad. Creí encontrarlo aquí, pero vosotros no sabéis de ella más de lo que sabíamos nosotros hace tres mil años. Por tanto, me despediré y... continuaré hacia algún período futuro. Quizá dentro de cinco mil años despierte a una época que me resulte más agradable.



Librodot

—¿Podrá soportar tu cuerpo otro largo período de enflaquecimiento? —inquirió lentamente el biólogo. A juzgar por tu aspecto, apenas has envejecido durante tu primer letargo, pero... ¡cinco mil años!

—Me siento un poco más viejo que cuando dejé mi propia época. Tal vez en uno o dos años. Gracias a vuestros cuidados, de nuevo gozo de una salud perfecta. Sí, podré hacer la travesía una vez más.

—¡Ah, amigo mío! —suspiró el pelirrojo Stalvyn—. ¡Daría mi mano derecha por acompañarte! Pero me debo a mi propia época.

—¿Está cerca tu escondite? —preguntó el Guardamonte.

—Sí, pero prefiero no decir a nadie dónde se encuentra... ni siquiera a vosotros tres. Está muy oculto, y no podéis ayudarme.

—¡Yo sí! —intervino el biólogo—. Durante la semana que permaneciste inconsciente he estudiado tu metabolismo y preparé una fórmula. Haré con ella un elixir que llevarás contigo. Cuando despiertes de tu largo sueño, si es que despiertas, beberás de él, y restaurará maravillosamente tu vitalidad en pocas horas.

—Gracias —respondió Winters—. Tal vez constituya la diferencia entre el éxito y el fracaso.

—¿Cómo alcanzarás tu escondite? ¿Si algún joven te ve y te sigue... guardando viejos rencores, como es propio de la juventud?

—Me iré en secreto, antes del amanecer —respondió Winters pensativamente—. Sé cómo llegar allí. Cuando sea de día, me habré ocultado para siempre mucho antes de que despierten los aldeanos.

—¡Bien! Esperemos que sea así. ¿Cuándo te vas?

—¡Mañana mismo!

Se despidieron con muchas palabras de advertencia y consejos. Winters se echó a dormir, y le pareció que no habían transcurrido sino segundos cuando entró el Guardamonte y lo sacudió para que despertara. Winters empezó a preparar las cosas que se llevaría. El Stalvyn y el biólogo le ayudaron, a oscuras (no se atrevían a encender la luz), y luego Winters ingirió un desayuno ligero antes de despedirse definitivamente. Los tres amigos vieron cómo su silueta se desvanecía entre los árboles y desaparecía en la noche oscura.

Durante casi una hora Winters siguió con muchas precauciones la carretera por donde había venido. Estaba seguro de no haber hecho ruido al salir. Pareciéndole que debía hallarse cerca del lugar, abandonó el camino y se adentró en el bosque, donde esperó con impaciencia el amanecer. Pasó media hora oculto entre los matorrales, junto al camino, hasta que la claridad fue suficiente para proseguir. Antes de ponerse en marcha miró hacia la carretera desde su escondite frondoso. ¡Horrorizado, vio a lo lejos dos figuras que avanzaban a toda prisa hacia donde él estaba!

Con un jadeo de temor, volvió a adentrarse en el bosque. Era como buscar una aguja en un pajar. Los segundos le parecían horas y sus oídos estaban atentos a cualquier señal de sus perseguidores. Sudoroso, jadeante, con el corazón en un puño, corrió de un lado a otro, desorientado por el pánico.

Perdida la serenidad, corrió cada vez más deprisa, hasta que tropezó en una piedra y cayó. Se puso de rodillas y permaneció inmóvil, yerto, pues había oído voces. Aún estaban lejos, pero no se atrevió a moverse. Su mirada cayó sobre la piedra en que había tropezado. Era una losa ancha, casi cuadrada. En ella había algunos signos, medio borrados por el tiempo.

Apartó con indiferencia algunas hojas muertas, y ante sus ojos sorprendidos apareció la siguiente inscripción:

«Aquí descansa el jardinero Carstairs, sirviente fiel hasta el fin; fue enterrado en este lugar cumpliendo su última voluntad.»

Enterrado en este lugar cumpliendo su voluntad... ¡Pobre viejo Carstairs! ¿Era posible? ¡Si la tumba se hallaba sobre la cámara subterránea, entonces la entrada se hallaría a sólo quince metros al sur! ¡Se arrastró con repentina esperanza por el suelo del bosque y allí, en efecto, se alzaba un árbol conocido! Y, en su base, ¡un hoyo cubierto con hojas! Las voces se alejaban y él se metió con impaciencia en el hoyo, apartando las hojas con los pies. Luego sacó un gran brazado de hojas y desapareció después de cubrir nuevamente la entrada con aquél; ya dentro, buscó raíces cortadas e hizo un bastidor para completar el camuflaje de su escondite. En plena tarea hizo un alto, espantado, al oír voces cerca. No pudo entender lo que decían y aguardó un buen rato, con el ánimo en suspenso. Luego volvió a oír las voces. ¡Alejándose!

Llegó el invierno y los sapos volvieron a sus escondrijos bajo el barro del pequeño lago, donde antaño estuviera el estanque. La primavera siguiente, el gran árbol había comenzado a extender una nueva red de raíces, que cerrarían para siempre la entrada de aquella cámara blindada de plomo donde, en oscuridad total, una figura inmóvil yacía entre edredones. Los últimos pensamientos del durmiente lo habían trasladado en imaginación a su juventud, y el rostro blanco como la cera mostraba una débil sonrisa, como si Winters hubiera descubierto por fin el secreto de la felicidad humana.

## LIBRO SEGUNDO - DUEÑO DEL CEREBRO

### I - ¡Ocho mil años!

Era realmente una escena encantadora. Al norte se veían algunos nogales gigantescos; al oeste sobresalía una enorme secoya, que resguardaba el claro natural de los cálidos vientos del sudeste. Por el suelo corrían enredaderas, cuyas brillantes hojas verdes y matas de bayas rojas relucían con el sol del verano. Alrededor se extendía la selva. A los pies de una mata de laurel de la montaña se veía una ligera depresión sobre la alfombra de hojas castañas, como si el agua se estancase allí durante las fuertes lluvias. En ninguna dirección se observaban entre la maleza casas o vestigios de actividades humanas. Esto era extraño, porque el lugar había aparecido una vez en el mapa como un suburbio de moda de la ciudad de Nueva York.

Había otra cosa que hubiese resultado extraña para un observador del siglo XX: los árboles crecían de manera natural, pero la secoya es originaria de la costa de California. Para las ardillas que frecuentaban los árboles la secoya no era extraña. Había estado allí durante miles de generaciones de ardillas, y era ahora tan nativa como los nogales. Una ardilla roja que olisqueaba en busca de las nueces del año pasado cerca de la mata de laurel, se quedó repentinamente inmóvil y contempló fijamente la depresión del terreno.

Algo extraño sucedía. Rápida como una lengua de fuego, saltó hasta la mitad de un arbolillo y se colgó cabeza abajo, observando como el que más.

Nada ocurrió. Entonces bajó corriendo y se acercó a la depresión, apostando durante todo un minuto un oído vigilante. Súbitamente dio un brinco y corrió hacia el árbol. Mientras lo hacía, bajo la cubierta de hojas muertas apareció la tierra sólida, viéndose un agujero, en cuyo interior se derramó la luz del sol.

Un mechón de cabello gris emergió de la tierra. Subía lentamente, a manera de una planta que en primavera empuja su tallo hacia arriba, apareciendo con tierra y hojas pegadas y oliendo a una larga hibernación bajo el suelo. Pero esto no era una planta. El cabello pertenecía a una cabeza y la cabeza al cuerpo de un anciano. Esto era tan contrario a toda razón y conducta lógica, que la ardilla detuvo su parlamento de protesta y salió corriendo en busca de otras zonas del bosque más sanas y seguras. Con mortal tranquilidad el hombre apartó las hojas y el polvo de su persona en un movimiento penosamente lento y débil, y permaneció de pie mirando a su alrededor con asombro.

Una enmarañada mata de pelo cubría la parte inferior de su rostro, pero la boca se veía firme y sensitiva, en tanto que la delgada y aristocrática nariz descollaba como un centinela sobre la maraña. Sus manos eran delgadas y terriblemente consumidas. Largas uñas, sucias de tierra reciente, crecían desigualmente de los delicados y afilados dedos. Vestía una chaqueta de cuero y pesados pantalones verde-oscuros, como de seda, que terminaban en polainas de cuero. A pesar de las manchas de tierra, el hombre iba inmaculadamente vestido..., bastante incongruentemente, puesto que su cara estaba ajada y arrugada y su cuerpo flaco y macilento. Con pasos vacilantes se dirigió a una roca gris cubierta de musgo y se sentó, mirando aún a su alrededor, como si le asombrase todo lo que veía. Los delgados labios blancos se movieron ligeramente y dejaron escapar un susurro apenas audible.

—¡Desaparecido! ¡Todo ha desaparecido! ¡Ocho mil años! ¡Y nada más que selva!

Sus pensamientos volvieron al dolor y agonía de su despertar hacía tres días, bajo el suelo. No podía recordarlo todo, pero fragmentos de visiones iban y venían: el primer movimiento hacia la medicina vivificadora cuando los rayos ultravioleta le habían despertado; el deslizarse sus manos diez pulgadas. ¡Qué viaje tan increíble había sido! Pulgada a pulgada, hora tras hora, sus dedos habían reptado, arrastrando el brazo muerto detrás. ¿Y cómo había conseguido llevarse la botella a la boca? No podía recordarlo. Sus ojos habían visto una neblina roja y su cuerpo temblaba por todas partes con una agónica determinación de fuerza de voluntad más allá de todo razonamiento. Cuando recuperó parcialmente el sentido, supo que el milagro se había completado. Una ligera vuelta en el tapón había permitido que un chorro de líquido entrase en su boca abierta y se quedase allí. ¡No podía tragar! Pero por su garganta se había escurrido el suficiente, aunque la mayoría hubiese mojado su lecho.

Aquella medicina... se la había preparado su amigo el biólogo hacía cinco mil años en el pueblo de los árboles precisamente para esto. (Ahora todos estarían muertos, desaparecidos, y el mismo pueblo olvidado, porque a su alrededor ya no se veía la arboleda regularmente espaciada de aquellos hombres de los árboles, cuyo genio botánico había encontrado una manera más fácil de cosechar comida que cultivando el suelo.) Aquella medicina le

había lanzado a un sueño drogado, del que se despertó en unas pocas horas lo suficientemente fuerte como para alcanzar otra bebida.

Había descansado tres días recobrando sus fuerzas y refrenando su impaciencia por ver los cambios que los años habían traído allá arriba. Después había cogido trajes nuevos de la cámara al vacío, donde se habían preservado del destino de los desgarrados harapos que llevaba puestos cuando se despertó, y había abandonado la cámara de plomo a cincuenta pies de profundidad para recrear sus ojos del siglo XX con un mundo seguramente transformado por cinco milenios.

¡Con cuánta ansiedad había subido por el túnel de piedra arañando y empujando la tierra removida! Y ahora..., ¡aquí estaba! El tiempo de su viaje había terminado, porque, a menos que pudiese reconstruir su cámara, debería vivir todos los días que le quedaban allí donde estaba. Los ocho mil años transcurridos desde que la cámara había sido construida aquí causaron demasiados daños. Se echó a temblar de nuevo cuando pensó en aquella tubería de plomo con profundas grietas cubiertas de polvo blanco. Era un milagro que no hubiese cedido antes de haber cumplido su finalidad. ¡Simple cuestión de cien años más o menos! De repente su encorvado cuerpo pareció enderezarse y su cabeza se alzó.

—¡Vamos! —dijo en voz alta, dirigiéndose a los silenciosos bosques—. Este montón de arbustos no es todo el mundo. ¡En marcha, Norman Winters, y ve lo que haya que ver!

La voz era de tono alto, pero débil, y sonaba como si el hombre estuviese probando sus cuerdas vocales, más que dirigiéndose a alguien. Pero las palabras despertaron de nuevo a todas las pequeñas voces del bosque. Las ardillas comenzaron a vociferar, en protesta de que esta aparición de la tierra resultase ser solamente otro animal.

Winters dirigió un oído hacia los amistosos sonidos y sonrió, mientras comenzaba a caminar hacia el este a través de la maleza. Buscaba algo, y pronto lo encontró: una gran autopista de vidrio verde, que se dirigía de norte a sur hasta donde alcanzaba la vista. Así era exactamente como la había encontrado en su primera salida de la cámara hacía cinco mil años. Pero no..., no exactamente igual, después de todo. Sobre ella había una melancólica apariencia de desuso. En sus bordes yacían los desechos removidos durante siglos: ramas caídas, regueros de arena, hojas... Cerca del borde vítreo crecían arbustos, y ocasionalmente, árboles grandes.

Golpeó sus pies sobre la superficie de cinco mil años de antigüedad y se maravilló de su resistencia. Sintiéndose perdido en el vacío del mundo, se dirigió al norte. Después de una hora de lento caminar, llegó hasta una enorme grieta en la autopista, detrás de la cual una sección a lo largo de cientos de yardas estaba rota y resquebrajada como por un terremoto... ¿Habría sido una bomba? Estaba cerca del pueblo que había visitado hacía tantos años; así que miró en los alrededores esperanzado, en busca de señales de seres humanos; pero en vano. No quedaba ni el más ligero rastro del pueblo. Ni la madera ni la piedra proporcionaban indicaciones de antiguas ocupaciones humanas; únicamente espesura a los dos lados del duro pavimento.

El aire fresco y el ejercicio habían activado la perezosa circulación de su sangre. Un poco de color había aparecido en sus pálidas mejillas. Se sentó para descansar sus dolientes músculos y para masticar una bola de



Librodot

alimento concentrado de su bolsillo. ¿Qué haría ahora? Tenía comida suficiente para unos cuantos días y algunas herramientas sencillas en su cinturón. ¿Debería establecerse en este lugar, construirse una cabaña, recoger nueces y frutas del bosque y cazar ciervos para procurarse carne? Sacudió la cabeza con determinación. En algún lugar de este nuevo mundo había gente. ¡Tenía que encontrarla! Continuó andando muy triste y gravemente, decidiendo continuar hacia el norte... No vio la nave voladora que pasó sobre su cabeza en silencio y desapareció a la derecha sobre las cimas de los árboles.

Pero la nave lo había visto a él. Era pequeña, y parecía un brillante puro metálico. Volaba baja sobre el bosque. Al divisar al hombre había virado rápidamente, lanzándose a la derecha y detrás de él en forma que su sombra no le avisara de su aproximación. Silenciosa como un búho, flotaba a cincuenta pies, y se cernió sobre él cual un ave de presa.

Winters quedó sin aliento del susto. Una enorme red de resistente hilo de seda descendió del cielo y lo apresó. Después, en el intervalo de un simple segundo, fue elevado del suelo. Sus pies perdieron el punto de apoyo. Por un momento contempló el mundo al revés, mientras colgaba columpiándose y bamboleándose; después sintió que era subido rápidamente a través de una entrada en el suelo de la nave, que se cerró ruidosamente detrás de él. Permaneció sobre el suelo de la cabina, cerca de la cola, y a veinte pies de distancia vio una aparición vestida en los tonos oro y escarlata más relucientes. Sus suaves pantalones de satén eran escarlatas y sus bien formadas piernas estaban recubiertas de oro. También era dorada la amplia camisa bajo el chaleco escarlata, y sobre la cabeza llevaba un casco de metal dorado. La cara era joven y de gran belleza, aunque Winters no pudo decidir si era hombre o mujer. De la misma forma el cuerpo era blando, y sin embargo lleno de una forma indefinible, asexuada, a los ojos de Winters.

Estaba demasiado aturdido para hacer ningún intento de escapar de la red que lo había capturado. Después de observarle un momento con ojos duros y atentos, su captor tiró de una cuerda y Winters sintió que la red se aflojaba. Tras unos cuantos segundos se puso temblorosamente en pie, e intentó dar un paso hacia adelante. Su mano extendida tocaba el aire —por lo menos eso le aseguraban sus ojos—, pero era duro y resistente como el cristal. Con una exclamación de asombro lo intentó de nuevo, y una divertida sonrisa asomó a los labios de la figura en el extremo delantero de la cabina.

—¿No has visto nunca antes la barrera de rayos, salvaje?

Las palabras inglesas eran casi irreconocibles en aquel blando acento borroso, aunque la voz era baja y dulce. Antes que nada Winters pensó: «¡Entonces es una mujer!» Durante uno o dos segundos las familiares sílabas no se conectaron en su mente con su propio lenguaje. Después, con un resoplido de sorpresa, dijo:

—¿Qué quieres de mí? ¿Adónde me llevas?

Ella sonrió de nuevo.

—¿Qué es lo que siempre queremos de vosotros, salvajes?

—¡No sé lo que quieres decir!

—¡Tonterías! ¡Debes haber oído que durante quinientos años os hemos cazado, y debes saber lo que pretendemos! ¡Contigo fue muy fácil, salvaje! ¿Qué fue lo que te hizo caminar por el centro de la gran autopista? ¿No sabías que serías capturado?

Winters pensó rápidamente durante un segundo. Salvaje...: eso debía querer decir que le habían tomado por un hombre que vivía aquí en los bosques. ¡Muy bien! Pero ¿por qué los cazaban? Sonrió encantadoramente.

—¿Por qué tendría que temer que me capturasen? No estoy haciendo nada malo.

—¡Nada malo! No vives en la ciudad cumpliendo tu tarea y obedeciendo a las leyes de la civilización, ¿verdad? No eres... —por un momento se detuvo y pensó—: a propósito, ¿adonde ibas?

—Quería encontrar la ciudad más próxima, por supuesto.

—¡Oh!

Observó dubitativamente su descuidada barba; después se volvió vacilante hacia el tablero de control de la nave y pulsó un botón. Sonrió insolentemente a Winters.

—Parecías bastante tranquilo. Ha habido salvajes que casi rompieron mi cabina. Pero, por supuesto, si estabas buscando una ciudad..., no hay ninguna mejor que aquella a la que vamos. Generalmente no nos es tan fácil convertiros a la civilización. He apartado la barrera de rayos. Si quieres, puedes venir aquí delante conmigo. ¡Pero no toques nada!

Con el cerebro aturdido por los ocultos secretos de política, revelados a medias, Winters se encontró pronto cómodamente sentado contemplando las millas de bosque, mientras la nave se dirigía velozmente hacia el norte.

Su nueva amiga se presentó como Valya. Parecía ser una persona muy agradable. Pasaba tan poco tiempo conduciendo la nave y parecía prestar tan poca atención a los controles, que le preguntó sobre el curso que llevaban.

—Vamos hacia el Cerebro —replicó ella sencillamente—. El nos guiará.

—¿El Cerebro?

Valya le miró por un momento; después sonrió.

—Seguramente sabrás... ¡Oh, qué fantástico! ¿Nunca has oído hablar del Cerebro?

—No.

Durante los últimos diez siglos ha gobernado el mundo. ¿Viajan tan lentamente las noticias en la espesura?

—No me llegan muchas noticias. Vivo solo, ¿sabes? Cuéntame cosas de él.

—¡Qué extraño! Nadie se lo creerá cuando lo cuente. El Cerebro es... Es una máquina que incluye todas las funciones de los seres humanos y les sobrepasa en la mayoría de ellas. Es totalmente imparcial y absolutamente infalible. Se le ha encargado del gobierno de nuestra civilización. Sólo bajo su guía hemos sido capaces de reducir las horas de trabajo de la humanidad a una hora por semana. ¡Piensa en eso, salvaje! Eres libre para vivir en nuestra ciudad, para disfrutar de todas sus comodidades, lujos y placeres como nunca te has imaginado, todo por el precio de una hora de fácil trabajo a la semana. Sé que dirás que hay otras ciudades, pero la nuestra es la residencia real del Cerebro. Las otras ciudades del mundo son meras estaciones controladas por él. ¿Seguramente preferirías vivir en el centro del mundo civilizado?

Un toque familiar recordó a Winters el viejo estilo de los vendedores de su propia época. No sabía cuál sería su propósito. No podía ni imaginarlo, pero una cosa era segura: había sido capturado, y ahora estaba siendo



Librodot

persuadido a vivir en una ciudad. Decidió que no diría nada absolutamente sobre sus propios asuntos hasta que pudiese enterarse de más cosas.

—¿Dónde está tu ciudad? —preguntó.

—Media hora hacia el norte, al lado de las Grandes Cataratas.

—Pero ¿obedeces este cerebro te guste o no?

Advirtió una repentina mirada furtiva hacia el techo donde sobresalía una pequeña caja negra. La voz de su compañera tembló ligeramente al contestar:

—Ciertamente. El Gran Cerebro es infalible. ¿Quién querría actuar en forma contraría a la razón?

Winters persistió en sus preguntas y la encontró extrañamente adversa a discutir esta fase de sus vidas. Volvió su atención hacia el paisaje que se extendía allá abajo. Al rato distinguió una marca blanca resaltando en la distancia contra el fondo verde. Cuando se acercaban más, resultó ser una gran muralla de cientos de pies de altura. Evidentemente rodeaba su ciudad de destino, porque a su lado se distinguía la familiar silueta del Niágara. Sobre la ciudad se extendía, como si fuera una burbuja, una cúpula de cristal transparente. En el interior, Winters pudo distinguir edificios y calles. La nave planeó cada vez más baja y pronto aterrizó suavemente cerca de la muralla de la ciudad, en un punto donde un gigantesco arco rompía su suave contorno. Valya le dejó un momento y volvió con un hombre alto, vestido de seda verde y escarlata.

—Este es el supervisor Contrig —dijo—. Te enseñará nuestra ciudad y te invitará a unirte a nosotros si así lo deseas.

Con una radiante sonrisa se volvió a cuidar de su nave. Winters comenzó a caminar detrás de su nuevo guía, un individuo alto y cetrino, que no le gustó demasiado a primera vista. Caminaron hasta la enorme puerta bajo el ardiente sol. Allí, dos hombres vestidos de escarlata y oro le miraron con curiosidad, mientras tiraban de la palanca de la puerta. Esta se abrió y penetraron en la ciudad.

—¡Oh, hace frío! —exclamó Winters.

—¡Por supuesto, salvaje! ¿Pensabas que íbamos a contentarnos con lo que la naturaleza quisiera darnos en cuestión de clima?

Bajaron hasta el centro de la ciudad por una calle flanqueada a ambos lados por edificios de fábricas y talleres. La calle estaba hecha de cristal verde y los edificios de una composición blanca, la misma que formaba la muralla. Pero en el interior de los edificios, claramente visible a través de grandes ventanas de cristal, se ofrecía a su vista una escena semejante a los sueños de un arquitecto loco, como el interior de un museo de maquinaria, operado automáticamente. Extraños inventos y refinamientos de antiguos mecanismos aparecían en una ventana tras otra. Aquí había material para deleitar su alma de historiador. La misma clase de civilización futura que soñadores y profetas se habían imaginado allá en el siglo XX. Una estremecedora visión de maravillas y una consumación de la evolución mecánica.

La calle terminaba en una avenida perpendicular, que se curvaba hasta desaparecer de la vista. Evidentemente rodeaba la ciudad. Incluso aquí no se veía a muchos hombres, y los que Winters vio parecían muy atareados con sus propios asuntos. Plataformas móviles a tres velocidades diferentes corrían en las dos direcciones, flanqueadas por una acera de estacionamiento. A cada lado se elevaban los edificios, grandes bloques de

ladrillos que remataban en graciosas torres de metal y cristal relucientes, muy cerca del techo. La luz solar se filtraba a su través y se reflejaba en las torres. Por encima del cristal Winters vio una nave sobre sus cabezas.

Preguntó dónde estaban los trabajadores.

—En sus puestos de trabajo, naturalmente —dijo Contrig—. Te los enseñaré.

Le condujo hacia uno de los edificios y guió a Winters por un pasillo. Las paredes eran de cristal. Por ellas observó los «trabajos» de aquella gente. Se sentaban en blandos cojines o yacían sobre lechos en cubículos privados. Algunos dormían; otros, apoyados sobre un tabique, charlaban o jugaban a algún tipo de juego sobre un tablero con sus vecinos. Los trajes eran lujosos y de tonos suaves, realzando la admirable belleza de sus dueños. Pero como imagen de unos hombres trabajando, no se ajustaba a ninguna de las ideas preconcebidas de Winters sobre el tema.

—Esta gente está trabajando —dijo Contrig, y al ver las enarcadas cejas de Winters, continuó—: Mientras estén de guardia, cada uno debe dedicar quizá una hora al día a su tarea. Durante ese tiempo no puede abandonar las habitaciones de trabajo. (El utilizó una palabra: *labray,* que tuvo que explicar a Winters.) Después de una semana de trabajo vienen cinco semanas de descanso y recreo..., generalmente en los palacios del placer, que te enseñaré más adelante.

—Pero ¿qué trabajo hacen?

—Observa a esa muchacha. Ha interrumpido su relajación, y se está levantando para atender al panel de distribución. Está distribuyendo precios medios a los almacenes de reserva. Aquel anciano está compulsando pedidos para los tanques de Karma y dirigiéndolos a través de las máquinas automáticas. La mayor parte del trabajo, por supuesto, es de una naturaleza muy fácil y agradable. Existe algún tipo de trabajo pesado: diseño de máquinas y cosas así bajo la dirección del Cerebro. Es ejecutado por nuestros más altos cargos. Yo, al ser un supervisor, tengo el privilegio de hacer ese tipo de trabajo.

Sonrió de una forma que Winters calificó de ridículamente pedante.

Los palacios del placer resultaron ser una combinación de hoteles de vacaciones y paraíso musulmán, dedicado en proporciones iguales a beber y hacer el amor. «Todo eso está muy bien de vez en cuando, pensó Winters, ¡pero día tras día durante cinco semanas...!» Apenas se fijó en las cosas que vieron hasta que llegaron a una gran habitación, repleta de gente. Aquí estuvieron un minuto mirando a su alrededor. Winters tuvo una idea.

—Pero los hombres más serios..., los científicos, los que planean, ¿dónde están?

El supervisor le contempló altivamente.

—¡Esta es la ciudad del Cerebro! —dijo—. ¿Cómo unos simples hombres iban a mejorar su trabajo? El es infalible. Nosotros estamos llenos de las debilidades y faltas humanas.

—¡No me gustaría vivir aquí! —dijo Winters.

—Eso como tú quieras. Nos encantaría que te quedases, pero aquel es el camino hacia el exterior, allá al fondo. No tienes pérdida.

Y dio media vuelta.

## II - Los palacios del placer



Librodot

La dirección le pareció a Winters justamente la contraria; sin embargo, echó a andar por el pasaje indicado. Todavía no había recorrido cincuenta pies, cuando una pequeña puerta en forma de arco se abrió formando una pequeña ranura; un dedo blanco le hizo señas de que se acercara. Se detuvo vacilante y miró la negra hendidura, pero no pudo ver nada, excepto aquella mano que le hacía señas. Se acercó a la puerta, que se abrió ante él para revelar a un hombre vestido en flamante seda carmesí. El hombre colocó los dedos sobre sus oídos e hizo un silencioso sonido con los labios, un curioso gesto que Winters interpretó como significando secreto.

—¿Eres tú el salvaje que llegó hoy? ¡Bien! He visto que no te ha gustado nuestra vida aquí. Eso me hace confiar en ti. Hay otros a los que tampoco nos gusta. Si yo salvo tu vida, ¿nos ayudarás a cambiar la nuestra?

Escudriñó ansiosamente a Winters; su delgada nariz, semejante al pico de un halcón, y sus altos pómulos le daban un aspecto particularmente astuto. Winters se quedó estupefacto.

—¡No sé lo que quieres decir! Si tú salvases mi vida, me imagino que yo me sentiría agradecido y te devolvería el favor si pudiera.

—¡Bien! Entonces te salvaré. Da media vuelta y apresúrate a buscar al supervisor para decirle que has cambiado de idea, que por lo menos quieres unas vacaciones en el palacio del placer. ¡Date prisa!

—¡Pero no he cambiado!

—¡Loco! Diciendo esto salvo tu vida y arriesgo la piel. ¿Crees que al final de ese pasillo te espera de nuevo la selva? ¿Te imaginas que el Cerebro deja escapar alguna vez a un hombre después que lo tiene en sus garras? ¡La muerte te espera al final de este pasillo, salvaje! ¡Apresúrate, hombre, apresúrate!

Súbitamente Winters se sintió empujado, y la puerta se cerró suavemente detrás de él. En el rostro del hombre de carmesí había visto verdad y fuerza. Winters se apresuró a volver sobre sus pasos. Presa del pánico, encontró el camino hasta el gran vestíbulo; pero Contrig había desaparecido. Se apresuró por el corredor por el que habían llegado juntos, y se sintió aliviado al verlo en el otro extremo. En unos cuantos minutos lo alcanzó. Jadeando, le tiró de la manga.

El supervisor se sintió un poco receloso ante aquella repentina conversión; Winters sudó tanto simulando sus apetitos carnales, que consiguió disgustarse hasta a sí mismo. Pero también consiguió allanar los escrúpulos de Contrig y traer una sonrisa de sucia diversión al rostro del hombre.

Así, en menos de una hora, Winters se encontraba sentado en un cubículo propio con una eficiente, aunque coqueta, muchacha inclinada sobre su hombro, enseñándole cómo dirigir alimentos desde las fábricas automatizadas hasta los centros de distribución. Como tarea era pueril, y en diez minutos se hacía fatigosamente obvia. Pero su instructora se quedó un poco más de tiempo... Winters revisó su estimación en lo que se refería a la capacidad sexual de aquella gente del futuro. Decidió que la apariencia exterior no era una guía segura en tales asuntos.

Durante dos horas se sentó vigilando el tablero de control; de ese tiempo empleó tres minutos en corregir un error en la dirección. El resto del tiempo no hizo nada.

Al rato sonó un gong, y a través de las separaciones de cristal observó que sus vecinos pulsaban varios botones dispuestos en un panel plateado en la

pared. Golpeó el cristal con los nudillos. El hombre del cubículo de al lado se acercó y bajó el tabique.

—¿Qué es lo que hace todo el mundo?

—Comer, salvaje. Tú pides lo que quieras comer. ¿Quieres que pida por ti esta primera vez?

Con aspecto divertido se inclinó sobre la división y apretó tres botones.

En cinco minutos el panel se deslizó a un lado y apareció un conjunto de bandejas con comida y bebida. Winters tenía tres platos para escoger. Uno era muy fuerte y los otros dos insípidos. Sin embargo tenía hambre, y comió casi todo, encontrando la bebida deliciosa, aunque fuerte. Sentía sueño. Observó que su vecino se colocaba un brazalete y una tobillera dorados, tumbándose lujuriosamente en el lecho.

Preguntó si era el período de sueño, y se le informó que un trabajador podía dormir en cualquier momento que quisiera, pero que debía ponerse los controles del Cerebro si lo hacía. Entonces observó que un fino cable conducía desde el brazalete dorado hasta un enchufe en el panel de control principal del cubículo.

—Cuando el panel necesite atención, un shock eléctrico te despierta. Probablemente no tendrás nada que hacer hasta mañana por la mañana, pero mientras estés de guardia debes estar siempre disponible.

Winters le dio las gracias y se colocó las bandas doradas, cayendo al instante en un profundo sueño. Duró veinte horas completas, porque ya era por la mañana cuando le despertó un agudo dolor. Aturdido, miró a su alrededor un momento y advirtió una luz roja sobre su panel. Entonces todo su ser fue sacudido por la indignidad del shock eléctrico que le hizo ponerse en pie apresuradamente. Se quitó el brazalete y la tobillera y reasumió sus deberes.

Hubo quince minutos de trabajo de rutina. Cuando lo terminaba, sonó el gong. Se acercó al panel de alimentos y apretó todos los botones, porque estaba hambriento. Ningún hombre podía haber consumido toda aquella comida, pero dejó que lo sobrante fuera retirado, junto con los otros platos, en la bandeja deslizante. Estaba enormemente aburrido de aquella vida. No había nada que pudiese ver fuera de su cubículo, excepto sus vecinos a derecha e izquierda. Descubrió, sin embargo, un panel en la pared bajo el cristal que no había visto nunca antes y preguntó a su vecino de la derecha cuál era su propósito.

—Ese es tu control de noticias y diversiones.

—¿Qué es lo que hace?

—¡Aprieta el botón de abajo y lo verás!

Así lo hizo. Instantáneamente un espacio de seis pies en uno de los lados se cubrió de luz y se oyeron unas voces. Después de un sobresaltado segundo, percibió que en algún lugar se estaba representando una obra y que estaba siendo retransmitida por la pantalla y los altavoces. Se sentó para verla, y oyó que su vecino golpeaba sobre la partición de cristal. La bajó moviendo una palanca.

—Es mejor que te pongas los controles —avisó el hombre, y señaló al tablero.

Winters se puso una vez más los brazaletes. No se los quitó mientras permaneció de guardia. La obra, después de los primeros diez minutos, resultó ser aburrida —todo giraba sobre los problemas de una mujer con siete amantes—, así que apretó otro botón y vio en la pantalla una gran

franja de campo, como si estuviese tomado desde una nave voladora. Esto le gustó más. Lo contempló absorbiendo las anchas extensiones de bosques y conteniendo el aliento cuando aparecían en la pantalla las blancas murallas de alguna gran ciudad. Después siguió una extensión de mar abierto y encantadoras islas rodeadas de mares color zafiro. ¡Era como viajar, pero más fácil! A partir de entonces pasó la mayor parte del tiempo mirando la pantalla, mientras una voz explicaba las imágenes y nombraba las ciudades que iban apareciendo. Durante una semana comió y durmió, cumplió con su pequeña tarea en los controles y disfrutó de aquellas conferencias audiovisuales. Era una forma de vida tranquila y relajante. Día a día fue ganando fuerzas.

Durante la semana que pasó en su cubículo de trabajo, Winters aprendió mucho sobre aquella civilización. El Cerebro estaba enclavado en una imponente estructura en el centro de la ciudad. Había crecido a partir de un pequeño comienzo, y todavía seguía creciendo, ocupando ahora casi media milla cúbica con sus millones de hileras de células de selenio, archivos de pensamiento, conmutadores de contacto, transmisores de asociación de ideas y una docena de otras partes, cuyos principios estaban más allá de su comprensión.

Desde este cerebro era controlado todo el planeta, literalmente controlado. Todas las ciudades del mundo tenían una estación retransmisora a través de la cual este cerebro central dictaba sus políticas y determinaba su destino.

En las ciudades, millones de instalaciones observadoras y detectoras de sonido estaban ocultas en las paredes y techos. Ningún detalle de una acción escapaba al Cerebro; en cuanto surgía un problema o una crisis, su solución era presentada por el omnipresente señor de la vida. Winters se enteró de que hasta los aviones llevaban una caja observadora, y si el piloto intentaba abandonar la nave o desobedecer sus órdenes en alguna otra forma, una enorme carga explosiva era detonada, destruyendo juntos a la nave y al transgresor. Por otra parte, ninguna acción de mérito escapaba a su atención ni quedaba sin recompensa. Tales hombres eran promocionados en las categorías superiores y disfrutaban de grandes privilegios y poderes.

La primera categoría era la de los supervisores. Tenían completo control sobre las horas de los trabajadores y el reparto de turnos. Sobre ellos estaban los pilotos de las naves y demás hombres de acción: exploradores, misioneros (puesto que la poca gente que permanecía en los bosques era constantemente empujada hacia las ciudades) y artistas, incluyendo músicos, pintores, dramaturgos y actores. Todavía más altos estaban los mecánicos y científicos, y a la cabeza de todos, los educadores, que supuestamente controlaban la educación y entrenamiento de la juventud y la preparación de los datos con los que era alimentado el mismo Cerebro. Pero esta función hacía largo tiempo que había quedado reducida a una mera aceptación formal de las sugerencias presentadas por el Cerebro, órdenes apenas disimuladas.

Cada clase vestía con colores característicos. Los supervisores iban de verde y rojo; los hombres de acción, de oro y escarlata; los artistas, de azul cielo; los científicos, de blanco, y los educadores, de reluciente negro. En cuanto a los trabajadores, el material de sus trajes no tenía un brillo tan fuerte y los colores eran más variados, pero por debajo de un cierto e indefinible estándar de brillantez, generalmente en tonos pastel.

Winters preguntó una vez a su vecino de la derecha, con quien sus relaciones eran bastante amistosas:

—¿Cuál es la categoría que viste de carmesí brillante?

Con un sorprendido sobresalto el hombre le miró, y después furtivamente miró hacia una esquina de su cubículo. Con los ojos bajos le contestó:

—Ese es el color del Cerebro. Sólo sus mecánicos personales visten de ese color. Nosotros no tenemos nada que ver con ellos. Hasta me sorprende que hayas visto uno, porque pocas veces se presentan en público.

Y se negó a hablar más sobre el asunto, aunque Winters se sentía lleno de curiosidad y de preguntas. Winters observó especulativamente la esquina de su cubículo, suponiendo que un artilugio detector debía estar oculto allí. Pero si era así estaba hábilmente escondido, porque el techo y las paredes se unían en una juntura perfectamente lisa. Pensó largamente en el estado de esta civilización. Era muy parecida a las ideas sobre el cielo en el siglo XX.

Aquí estaba un tipo de deidad infalible, omnisciente, omnipresente. Un dios personal de hecho. Castigaba y recompensaba sin equivocarse. El trabajo era tan ligero, que equivalía al ocio perpetuo. Los trabajadores apenas podían desear más lujos ni comodidades; sin embargo Winters sentía una incómoda especie de resentimiento sobre todo aquello, y podía entender fácilmente que se intentase una revolución, como el hombre de carmesí había insinuado el día de su llegada a la ciudad.

«La raza humana no necesita realmente un dios que le enseñe cómo vivir», pensó Winters. Lo que resultaba necesario era un problema que resolver en el que la humanidad pudiese ejercitar su genio y su inventiva. Únicamente trabajando podía llegar a un plano más alto de existencia. El observador de los siglos pasados veía esta verdad tan claramente, que se preguntaba por la estupidez de la raza humana al permitir que le alimentasen y le cuidasen como si fuera ganado. Había comenzado a sentir interés con relación a este tema, y deseaba encontrar otra vez al hombre de carmesí cuando su período de trabajo terminase.

El supervisor Contrig le dio sus certificados de vacaciones.

—Primero irás al estudio de vestimenta y te vestirás apropiadamente. Después busca el Palacio del Placer del Sur y pregunta por tus alojamientos. Están reservados a tu nombre: Winters. Has realizado bien tu trabajo; así que ahora mereces los frutos de tu labor. ¡Que te diviertas!

Sus alojamientos resultaron ser una habitación con baño. Las paredes eran malva claro, que se oscurecía hacia el suelo y se empalidecía al aproximarse al techo de color violeta. En las paredes no había ningún cuadro, pero sí dos paneles de control, que reconoció como los de alimento y diversiones. Sus nuevos trajes eran cómodos y suaves, y puesto que la temperatura de toda la ciudad estaba controlada, era la ideal. Aprendió a encender el baño por sí solo y se empapó durante una humeante hora antes de retirarse a una cama encajada en la pared con muelles sorprendentemente profundos. Aquí durmió durante doce horas, desayunó con una especie desconocida de papilla (la había pedido apretando a ciegas un botón) y salió a explorar la ciudad. Se percibía como hombre nuevo por dentro y por fuera.

La disposición de los edificios era la siguiente: en el centro se levantaba el gran Templo del Cerebro; a su alrededor, los cuatro Palacios del Placer, denominados según los cuatro puntos cardinales. Una ancha avenida rodeaba este grupo central. Al exterior de esta línea se encontraban los



Librodot

edificios de trabajo; fábricas y demás ocupaban todo el espacio hasta la muralla exterior de la ciudad. La primera idea de Winters al salir del Palacio del Sur fue la de explorar los distritos industriales, pero cuando cruzaba la avenida fue detenido por un supervisor de verde y rojo.

—Esta no es la hora de cambio de turnos.

—Sólo estaba viendo la ciudad. Es mi primer período de descanso.

—Eso no está permitido. ¡No estaría bien que los que están trabajando te viesen sin hacer nada!

—¿No puedo ir a las secciones exteriores de la ciudad?

—¡Por supuesto que no! Estás de vacaciones. ¿Qué clase de hombre eres que prefieres las calles a los Palacios del Placer?

Winters volvió atrás. Entonces sólo había cinco edificios en los que pudiese entrar. Al instante echó a andar hacia la entrada del Templo del Cerebro; pero ante el imponente arco de rejilla de acero, un hombre de carmesí le detuvo, asombrado de este inusitado intento de entrar en terreno sagrado. Resulta que nadie, bajo ninguna circunstancia, podía entrar en el templo, excepto los propios mecánicos del Cerebro, los hombres vestidos de carmesí.

Por un proceso de eliminación, Winters volvió a los Palacios del Placer. Puesto que los cuatro eran aparentemente idénticos, escogió para empezar su propio edificio. El vestíbulo de entrada contenía filas de ascensores automáticos, pasillos que llevaban hacia el vasto interior y un mostrador de control detrás del cual dos empleados dormían profundamente sobre sus lechos. Apretando un botón los hubiese despertado a los dos de su siesta con los nervios vibrando por el shock, pero Winters se abstuvo de hacerlo. En su lugar, escogió al azar uno de los pasillos y comenzó a vagabundear.

Pasó por delante de muchas puertas cerradas antes de llegar junto a una amplia entrada en forma de arco y penetrar en un vestíbulo de oscuro y brillante rojo, casi negro. En un extremo, sobre una plataforma elevada que corría de pared a pared, una línea de llama temblaba. Era la única iluminación en la habitación. Unas cien personas bailaban dos a dos sobre el suelo desnudo, balanceándose sin hacer ruido, con los pies siguiendo los sonidos más extraños que Winters había oído nunca. Formaban una especie de música con un ritmo de pulsaciones constantemente cambiantes y tonos inestables, mezclando unas armonías con otras de un modo indescriptible. La habitación estaba mucho más caliente que ningún otro sitio en el que hubiese estado antes, y esto —o una combinación de factores psíquicos desconocidos— parecía hacer correr la sangre hacia sus sienes, donde latía siguiendo la demoníaca canción de la llama. Aturullado retrocedió por el pasillo, y al hacerlo se le acercó una muchacha vestida de seda transparente. Lo observó con repentino interés, y lentamente pasó a su lado; después se detuvo y se volvió a sonreírle. Winters huyó.

Pronto se detuvo jadeante, porque estaba en el extremo de un pasillo detrás del cual se encontraba una enorme sala brillantemente iluminada; hombres y mujeres permanecían de pie o se recostaban en lechos entre profusión de grandes plantas brillantes con magníficas flores. Se acercó a una de ellas y descubrió que tallo, hojas y pétalos estaban hábilmente realizados en vidrio de colores. Mientras permanecía allí, alguien le golpeó suavemente en el hombro. Miró rápidamente, y reconoció a su vecino de los cubículos de trabajo.



Librodot

—¡Bien, salvaje, pareces perdido! ¿No te gusta nuestra linda ciudad?

—No he visto mucho de ella, y me temo que no entiendo mucho lo que he visto.

—Realmente todo es muy sencillo, pero no tienes Karma. ¿Te pido uno?

—¿Qué es Karma?

—Un inocente completo, ¿eh? Es nuestro jugo de la alegría, nuestro solaz en las dificultades y el que comparte nuestras alegrías, nuestra agua de la felicidad. ¡Espera aquí!

Se fue durante un minuto, volviendo con un vaso de líquido ambarino que insistió en que Winters vaciara. Siguieron todas las sensaciones del antiguo cóctel. Un caliente resplandor subió desde el fondo de su estómago hasta su cabeza, y se sintió diez años más joven.

—Cuando quieras otro, no tienes más que acercarte a uno de los pilares en cualquier habitación del palacio y apretar el botón rosa. Es bueno, ¿verdad? Lo mejor que tiene es que, si has tomado demasiado, contrarreacciona solo y estás instantáneamente sobrio. Si no quieres estar sobrio, a veces es molesto porque tienes que volver a empezar hasta que llegues al punto correcto. Ocho vasos es mi límite, aunque algunos pueden llegar a diez, o incluso doce. El palacio está dividido en ocho zonas, cada una de las cuales tiene acceso por un pasillo diferente desde el vestíbulo de control. Cada zona está destinada al uso de aquellos que han tomado el correspondiente número de Karmas. Esta es la zona que corresponde a un solo Karma, y es más bien suave. ¡Si quieres una verdadera sensación, deberías ver la ocho! ¡O incluso la siete!

En este punto un grupo de jóvenes les interrumpió y se llevó a su amigo, arrastrándole a una ruidosa fiesta en una de las habitaciones privadas a lo largo del corredor. Winters se quedó allí reflexionando sobre esta asombrosa civilización en la que había ido a parar. No era un puritano. Le gustaba divertirse tanto como a cualquier otro. Pero era un pensador drástico y un científico. Esta perpetua ansia de más y más placer que podía ser malgastada en la consecución de meros disfrutes físicos le. parecía una fragilidad trágica para la raza que la poseyera.

¿Cuál sería el resultado de cinco mil años así? ¿Qué pasaría cuando el ligero esfuerzo físico todavía requerido de los trabajadores fuese realizado por maquinaria automática y se evitase la necesidad de pensar por la existencia de una máquina cerebral enormemente ampliada? ¿Para esto habían sudado los hombres allá en el siglo XX? ¿Para esto habían soñado y se habían sacrificado? De alguna forma parecía una meta demasiado inadecuada para una raza de humanos que se había elevado trabajosamente desde el barro primordial hasta la razón a través de largas edades. El Cerebro era una maldición, ¡una nefasta amenaza para la humanidad!

Por supuesto, musitó, había introducido muchos cambios nuevos y sensatos en la vida humana: la educación, por ejemplo, no era ya un proceso azaroso bajo el control de padres impacientes. Los niños ahora iban a ciudades especiales para ellos, siendo educados bajo el más cuidadoso de los regímenes. Sin embargo, aquí también el Cerebro había impreso su filosofía destructora de la voluntad sobre las nuevas generaciones. Winters pensó para sí amargamente que la reverencia con que la gente joven consideraba a aquel fragmento de maquinaria equivalía a la adoración.

Bajo una religión tal, ¿qué esperanza podría haber para la iniciativa e inventiva de la raza? ¿Qué quedaba en este mundo que un hombre pudiese

hacer? El mundo era gobernado por la energía eléctrica producida por las cataratas —como en esta particular ciudad—, o por el calor volcánico o por la energía solar. Allí donde se necesitaban plantas de energía portátiles, los motores automáticos eran alimentados por energía atómica. Casi toda la maquinaria era automática: los laboratorios de comida sintética, los telares que utilizaban fibras sintéticas, los misteriosos talleres donde se trabajaba el metal... En realidad, el Cerebro no necesitaba para nada seres humanos. Sería posible que la gente solamente existiera mientras él la sufriera. Cuando hubiese desarrollado los suficientes ingenios automáticos como para cuidarse a sí mismo, ¿destruiría a aquellos servidores de carne y sangre y viviría su propia fría vida metálica de solitaria grandeza en un mundo sin vida?

Winters se estremeció ante la perspectiva. Sin embargo, por mucho que lo intentase, no podía encontrar ningún fallo en su razonamiento. Su propio trabajo en el panel de control, ¡qué pueril! Fuese cual fuese su finalidad, podía ser hecho mucho mejor por una máquina. Pero servía para algo: para mantener ocupada a la humanidad y apaciguar cualquier sospecha de su final e inevitable desaparición.

Mientras permanecía allí enojándose, una suave mano cubrió sus ojos y una baja risita femenina sonó a sus espaldas. Se volvió para contemplar desmayadamente a la dama que había visto en el corredor; de nuevo olvidó su dignidad y emprendió una sobresaltada fuga. La luz de cazadora que vio en sus ojos hizo que sus pies se moviesen antes de que su inteligencia lo hiciese. Tomó uno de los ascensores automáticos hasta su piso, el doce, y se sintió bastante tonto, pero completamente a salvo una vez más. Pidió una comida y conectó la pantalla para hacer un viaje por poderes en la nave voladora del locutor.

## III - La revuelta

Pasaron dos días antes de que se aventurase de nuevo en las zonas públicas. Esta vez escogió otro corredor, que resultó ser el de la zona correspondiente a cinco bebidas. Pronto llegó a una habitación de suelo rehundido, cubierto de seda guateada, donde siete mujeres desnudas bailaban silenciosamente entre un resplandor rosado de niebla perfumada, mientras varias docenas de personas tumbadas a lo largo de las paredes las contemplaban. Se quedó arrebatado durante un momento por la belleza de la escena, y cuando daba la vuelta para marcharse..., ¡allí estaba su pequeña némesis! Intentó empujarla a un lado, pero ella pasó un brazo por el suyo y acercó la cara a su oído. Dudó de que las palabras que oyó fueran éstas:

—El hombre de carmesí dijo que estarías agradecido por haberte salvado la vida.

Winters se detuvo rígido, completamente aturdido.

—Por lo menos simula que no sientes disgusto ante mi simple vista. Da la casualidad de que he visto machos más deseables que tú. Ven hacia aquí. Túmbate a mi lado y pretende estar interesado.

El comenzaba a hablar, pero ella le hizo un gesto de aviso. Se tumbó silenciosamente sobre los blandos cojines. Pronto fueron envueltos por los remolinos de niebla.



Librodot

—He estado intentando encontrarte durante tres días. No podía ir a tu habitación, porque el Cerebro tiene ojos en todas partes. Aquí, si susurramos y fingimos estar..., tener otros intereses..., nos encontraremos bastante seguros.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ha llegado el momento de cumplir tu promesa al hombre que te salvó la vida.

—Bien. Si tiene algo que ver con liberar al mundo del Cerebro, no me negaré.

—¡Estupendo! Me alegra que pienses así. Tú eres el único hombre en el mundo que puede ayudarnos.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo que, no podáis hacer vosotros?

—Tú has vivido menos de dos semanas bajo el Cerebro. Por tanto, puedes entrar en el propio templo. Nosotros no podemos hacer esto.

—Pero, ¿por qué no?

—No lo sé exactamente. Después de haber vivido en la ciudad del Cerebro durante un mes o así, algo sucede a tu fuerza de voluntad. Si estás a menos de cien pies del templo, pierdes cualquier deseo o intención y debes ser alejado hasta que te recuperes. Cuanto más tiempo vivas aquí, más debes alejarte del Cerebro. Pero ahora mismo tú podrías colocar tu mano sobre el propio metal que lo forma.

Winters ponderó por un momento esta asombrosa información.

—¿Qué me dices de los mecánicos que trabajan en el templo?

—Deben llevar cascos de metal con una pantalla de fuerza magnética.

—Incluso así, el líder de esta revuelta viste su color, ¿no es así?

—No entiendes. Los cascos se distribuyen sólo para determinados trabajos y siempre de tres en tres. En la entrada del templo tres hombres con casco se encuentran y entran. No se conocen los unos a los otros, porque el casco los enmascara. Sólo uno lleva herramientas. Los otros dos llevan armas dirigidas al trabajador durante todo el tiempo que está en el interior del Templo del Cerebro. Al menor movimiento sospechoso... ¿Entiendes?

—Sí, por supuesto. Parece que el Cerebro es cauteloso. ¿Por qué?

—Por supuesto, ha habido otras revoluciones. La última ocurrió hace quinientos años. Medio mundo fue exterminado, y el Cerebro ganó. ¡Pero esta vez perderá!

—¿Qué hay que hacer?

—En realidad es muy sencillo, al menos en lo que a ti se refiere. Existe un pequeño corredor hasta el templo aquí, al lado del corredor de la primera zona. No tiene guardias, porque la segunda puerta que da acceso a la verdadera maquinaria del Cerebro está cerrada y porque nadie puede llegar muy cerca de todas formas. ¡Pero tú sí puedes, salvaje! Entre las dos puertas hay un pequeño patio. En la parte baja de una esquina corre un cable forrado de plomo. Llevarás contigo un cuchillo para cortar el plomo y un pequeño transformador plano. Tu trabajo consistirá en fijar las conexiones del transformador y después cortar el cable. Es muy sencillo, gracias a cinco años de planes y duro trabajo del hombre de carmesí.

—¿Pero qué es lo que se logrará con eso?

—El Cerebro funciona con electricidad. Ahora lo hace con corriente directa. Tú la cambiarás a corriente alterna. Toda la asociación de ideas, que es la verdadera base de la razón, será sacudida y alterada. El Cerebro inmediatamente se volverá loco.



Librodot

—¡Dios mío! ¿Pero no me verá mientras lo hago?

—No. El patio no lleva a ningún sitio, y hay poca luz. No hay ningún detector instalado allí... ¡Rápido! Acaricia mi mejilla como si estuviéramos haciendo el amor.

La ligera niebla se levantó un poco, y algunas de las parejas pasaron a su lado, mientras las bailarinas se esfumaban. Pronto la muchacha se puso en pie, y Winters bajó con ella por el corredor, sumida su mente en un torbellino de excitación. Le guió fuera de la zona por el primer corredor hasta la habitación de la oscura llama roja, donde le tendió los brazos y se balancearon en una apretada danza, la boca de ella cerca de su oído.

—No debemos estar juntos mucho tiempo más —susurró ella—. Te conduciré a la sala del extremo de este corredor, donde un hombre te hablará. Acuérdate de ese hombre. En su traje lleva oculto el transformador. Volverás a tu habitación y en el camino alguien te dará el transformador y una herramienta cortante. Consérvalas siempre ocultas, porque todas las paredes de esta ciudad tienen ojos; actúa como si alguien estuviese siempre observándote, porque así es.

—¿Y cómo conseguir el plano del patio?

—Lo bailaré sobre el suelo de esta sala. Tú avanzas hacia un adorno de cristal en la sala grande y das un paso a un lado, así... Te deslizas por detrás y encuentras una pequeña puerta abierta. Gira a la izquierda y da siete pasos. Si colocas tu mano al nivel de tu pecho, encontrarás en la pared dos ladrillos sueltos. Detrás está el cable. El transformador está especialmente construido para deslizarse dentro de la cavidad, de forma que los ladrillos puedan ser vueltos a colocar. De esta forma, cuando los mecánicos del Cerebro corran a buscar cuál es la causa del problema, no encontrarán nada... hasta que sea demasiado tarde.

En unos cuantos minutos bajaron por el corredor. La muchacha, cuyo nombre Winters averiguó, Clethra, charlaba vivazmente de cosas sin importancia y le dirigía juguetonamente miradas tiernas. Llegaron al gran salón de recepción. Casi al tiempo de entrar, un hombre alto y moreno se acercó a Clethra.

—Steuvlan te ha estado buscando por todas partes. Clethra —dijo severamente.

Winters pensó que su voz era innecesariamente alta. El hombre prosiguió:

—Sería mejor que le buscases pronto; en tu lugar, yo no le diría nada sobre este salvaje.

Los ojos de la muchacha se dilataron de pavor, aunque Winters tuvo la impresión de que actuaba en beneficio de alguien. Dejó juntos a los dos hombres. Su compañero miró a Winters con una sonrisa seca.

—Me temo que estás jugando con fuego. Harías bien en mantenerte apartado por unos cuantos días. ¡Maldición! Me he torcido el tobillo. Ayúdame hasta ese sofá.

Winters se sentía receloso y aturdido, pero pasó un brazo bajo el hombro del otro y sintió que un objeto era depositado en el nudo de sus pantalones en la cintura. Todo fue disimulado por la amplia vestimenta.

—Se sospecha de ti —oyó un inquietante susurro—. Debes cumplir el plan en los próximos sesenta segundos.

Después dijo en voz alta:

—Gracias. No es nada serio. Sería mejor que desaparecieses antes de que llegue el amante de Clethra, salvaje. También sería mejor que no volvieses por el corredor. Hay una pequeña salida en aquella esquina, detrás de la escultura de cristal.

Winters miró a su alrededor y pensó que veía un número poco corriente de figuras en rojo y verde rodeando la gran portada y en el corredor de atrás. Varios de los supervisores miraban en su dirección. ¡Ahora o nunca! Con fingido descuido vagabundeó en la dirección de la esquina indicada, y mientras se sumergía en el laberinto de gente y muebles de aquella esquina de la sala, advirtió con el rabillo del ojo que varias figuras se acercaban desde la puerta. Su corazón golpeaba como un martinete en la fragua, en tanto se acercaba al enorme adorno de cristal que llenaba la esquina. Encontró la forma de deslizarse por detrás, y una vez fuera de la vista trabajó con una rapidez febril. La puerta se abrió fácilmente y corrió por un pequeño patio hasta la esquina de la derecha. Los ladrillos se desprendieron con facilidad. Con el cuchillo rajó la cubierta de plomo del cable. El transformador resultaba irreconocible como tal para sus ojos. Era una pieza plana de alambre hilado, de apariencia enormemente compleja. Los cables conectores fueron fácilmente identificados por Winters y los dos empalmes velozmente fijados al cable.

Winters ya no tenía nada que hacer, excepto cortar el cable con la herramienta que venía atada al transformador. Pero su curiosidad —la mayor de las debilidades del hombre— casi provocó su desgracia. En el centro de la segunda puerta había una mirilla de cristal circular. ¡Tenía que ver el Cerebro en acción! Sin parar mientes en posibles ojos vigilantes, dio cautelosamente un paso adelante y miró. Delante de él se encontraba aquel milagro de la era: el Cerebro mecánico. En su estado de excitación, sólo le llevó una fracción de segundo imprimir la visión sobre su mente. La masa de cables y viguetas que lo sujetaban, cubiertos con pequeñas bobinas y filas de diminutas ruedas, tenía una altura de cien pies. Era un intrincado laberinto desde el suelo hasta la cúpula de cristal que formaba el techo y se extendía en ambas direcciones hasta perderse de vista. Pasarelas y escaleras de rejilla de hierro llevaban a todas partes, de forma que los mecánicos pudiesen alcanzar cualquier punto.

Repentinamente un sexto sentido le avisó de que sería mejor que completase su trabajo. Retrocedió corriendo hacia el cable y fijó fuertemente la herramienta cortante sobre éste. Después tiró. De repente sintió como un golpe sordo en la nuca, una enorme y todopoderosa ola de indecisión.

Permaneció mirando la herramienta que descansaba en el cable a medio cortar. Algo dentro de él le decía: «¡Adelante! ¡Termina!» Pero no parecía haber ninguna conexión entre esta voz interior y sus músculos. El brazo estaba cansado de su posición, y pasivamente vio cómo la herramienta se deslizaba lentamente al suelo. Entonces, como por milagro, recobró de pronto todos sus poderes mentales. ¿Qué había pasado? La última media vuelta necesaria para cortar el cable había sido proporcionada por su mano al deslizarse.

El Cerebro estaba desconectado, muerto. Durante un segundo se preguntó si debía dejarlo así y escapar; pero al instante comprendió que la falta sería rápidamente encontrada y reparada. ¡No era tan sencillo para un hombre ser más inteligente que esta máquina pensante gigantesca! Retiró rápidamente la herramienta y colocó otra vez los ladrillos sueltos en su sitio.

Durante un segundo oyó un ruido sibilante en el transformador y después una gran ola de miedo le sacudió, mientras su cerebro vacilaba. Algo inenarrable y lúgubre revoloteaba en el fondo de su mente y parecía oscurecer la misma luz delante de sus ojos. Su garganta estaba seca y sus miembros temblaban. Con un grito sofocado salió corriendo del patio, y estremeciéndose cerró la puerta a su espalda. Después se sintió mejor, cual si hubiese encerrado detrás al horror. Atravesó el diminuto pasillo y se deslizó por detrás del ornamento de cristal, entrando en la enorme y resplandeciente habitación llena de gente.

Aunque su corazón latía culpablemente, nadie parecía buscarle. Vagabundeó con pretendida despreocupación hacia la entrada que llevaba al pasillo y se reprimió para no mostrar ninguna emoción, porque allí se apelotonaban una docena de supervisores. Pasó entre ellos con la sangre zumbando en sus oídos, y durante un momento se imaginó que podría escapar. Entonces una mano cayó sobre su hombro.

—Winters, el Cerebro quiere verte.

Presa de un repentino pánico, forcejeó para librarse y corrió por la sala, consiguiendo dar una docena de pasos antes de que sus perseguidores le alcanzasen. Muy poco ceremoniosamente fue conducido a una habitación al lado del pasillo, donde un hombre en carmesí permaneció delante de él acusadoramente.

—¡Registradlo!

Manos rudas desgarraron sus trajes, y la herramienta apareció. El hombre asintió lúgubremente. Se volvió y presionó un botón en la pared, hablando ante el pequeño agujero que había aparecido.

—¡Un intento de atentar contra tu persona, Señor!

El grupo esperó estólidamente la sentencia que esperaban sería pronunciada. Sus asombrados oídos oyeron una voz metálica que vibró en la pared las siguientes palabras:

—¡Agua corriente! Echa agua corriente, y adivinanzas apenas estudiadas.

El hombre de carmesí retrocedió sorprendido. Una línea de preocupación apareció en sus ojos. La voz continuó:

—No pueden, no pueden, las naves en vuelo, megalomanía... ¡craccck!

Después, el silencio. Con el cuello rojo e hinchado, el mecánico del Cerebro se volvió airadamente hacia Winters.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué ha sucedido? ¡Tú, retuércele los brazos! Hazle decir lo que...

Pero nunca terminó. Un enorme y estruendoso rugido hizo temblar el suelo, y mientras se volvía interrogadoramente hacia la puerta, un hombre entró en la habitación gritando:

—¡Tres naves han explotado sobre el tejado de la ciudad y han chocado contra la propia cima del templo!

Dando un grito, el mecánico salió corriendo con los supervisores detrás. Winters abandonó la habitación, recorrió el pasillo y salió a la calle sin ser molestado. La ciudad era un manicomio. Grupos de hombres y mujeres hablaban excitadamente en las calles o corrían con rostro pálidos y determinados por las plataformas móviles con algún secreto propósito; aquí y allí mecánicos vestidos de carmesí se abrían camino decididamente entre la muchedumbre en dirección al templo. Sobre todas las cosas planeaba un horror de locura que impregnaba la ciudad entera.



Librodot

Una aterradora sombra de miedo se cernía en todas partes. Los hombres hacían cosas extrañas y tenían extraños pensamientos. Winters lo observó todo, preguntándose cuál sería el siguiente paso de la revolución. Pronto percibió unas resueltas bandas de hombres que se dirigían a varios punios ventajosos. Uno de aquellos grupos se detuvo cerca de él, y su líder arengó a los ciudadanos. Su voz era firme y persuasiva.

—¡El Cerebro está loco! ¿Vamos a permitir que nos vuelva locos a todos? ¿No podéis sentir sus fuerzas mentales luchando con las vuestras? En una hora o dos más comenzaremos a matarnos los unos a los otros. ¿Nos volveremos locos furiosos?

Hubo un movimiento de interés, y un escalofrío de miedo recorrió la asamblea.

—El Cerebro debe ser silenciado hasta que pueda ser reparado... Únicamente así podremos preservar nuestra razón. ¡Pero los hombres de carmesí no lo silenciarán, hermanos! Ellos tienen sus cascos protectores... ¿Por qué iban a preocuparse? Pero nosotros no podemos soportar esto otra hora más. Algunos de nosotros no pueden soportarlo ni un minuto más. ¡Mirad! ¡Sujetad rápidamente a ese hombre! ¡Está fuera de control!

Winters no podría decir si el incidente estaba o no preparado por los conspiradores. Un gigantesco hombre pelirrojo había comenzado a golpear su cabeza contra la pared de piedra de un edificio. Cuando varías manos se extendieron para sujetarlo, se volvió hacia los que le querían ayudar y los atacó con una fuerza aterradora. Siete hombres saltaron sobre él, y se sometió. La muchedumbre estaba ahora completamente indignada, agitándose y gritando.

—¿Hasta cuándo, hermanos? ¿Esperaremos aquí tranquilamente hasta que lleguemos al estado en que está ese hombre?

Hubo un gran grito de «¡No!»

—Entonces sólo hay una forma de salvaros. Coged las armas que tengáis y seguidme. Silenciaremos al Cerebro.

Se alejaron en incipiente tumulto, dejando la calle vacía. Winters les siguió a alguna distancia y contempló el ataque a la gran entrada del templo. Fue una visión penosa, porque un sólido grupo de mecánicos de carmesí estaban allí y los machacaron con algún tipo de arma de fuego, conforme se acercaban. Una gran pila de muertos y moribundos se apilaba a yardas de altura, formando una barrera. Pero cuando todavía miraba, alguien lanzó la primera bomba. Su explosión lanzó al aire fragmentos de extremidades. Durante un minuto un humo blanco cubrió el arco. Cuando el humo se disipó, Winters vio un enorme río de humanidad desparramándose por el templo. El Cerebro estaba sentenciado.

Después se enteraría de unos cuantos detalles sobre la última y desesperada defensa del Cerebro. Pero ningún participante podía recordar mucho. Una a una las últimas figuras vestidas de carmesí fueron cazadas; mil improvisados martillos rompieron y golpearon el delicado aparato. Cuando el orden fue restablecido por patrullas organizadas bajo la dirección de los educadores vestidos de negro, todo el Templo del Cerebro era una completa ruina, donde el metal y el cristal se mezclaban con el rojo de la sangre humana y el blanco de la carne desgarrada.

La fuerza aérea del mundo se había esfumado, porque el Cerebro, en su locura final, había hecho explotar todas las naves, muriendo con ellas sus pilotos. Los supervisores fueron muertos o forzados a desprenderse de sus



Librodot

colores, y Winters vio a más de uno correr por calles y pasillos vestido sólo con su desgarrada ropa interior. A la caída de la noche la revolución era un hecho irreversible. En los Palacios del Placer se celebraron orgías que llegaron más allá de lo que Winters consideraba humano. Se retiró a su habitación algo disgustado, pero por encima de todo experimentaba un sentimiento de gran realización.

Yació en su lecho reflexionando sobre el trabajo del día. Ahora seguramente la raza humana estaría cansada ya de falsos principios y recorrería la senda del progreso. Sería un largo camino, por supuesto, y su alma de historiador suspiraba porque le fuese permitido ver el final, el resultado. Pero después de todo, ¿por qué no? Quizá si encontrase al hombre de carmesí y obtuviese su ayuda en la construcción de una nueva cámara...

Pero aquellos asuntos le fueron arrebatados. Cuando se despertó por la mañana, era famoso de un extremo a otro del mundo. Era Norman Winters, el hombre que había hecho enloquecer al Cerebro y había liberado al mundo de su dominio. Steuvlan, el hombre de carmesí, y Clethra, su mujer —en la medida en que aquella gente tenía matrimonios permanentes—, entraron en su habitación y le despertaron. Fue presentado al Consejo de Educadores reunido. Resultaron ser hombres amables e inteligentes, la mayoría de edad avanzada. Se le ofreció la recompensa que desease y estuviese dentro de sus poderes. Replicó que estaba interesado en un cierto experimento científico, y preguntó si podría obtener la ayuda de Steuvlan y Clethra, además del material que necesitase.

—¿Pero no deseas alguna posición o alto cargo?

—No, señor.

Pronto fue concertado que los tres saliesen en una nave —una muy grande— cargada con muchas toneladas de plomo y un equipo de material. Se necesitó gran insistencia por parte de Winters para convencer a sus compañeros de la verdad de su historia. Lo que finalmente les convenció fue contemplar, a través de la pantalla de un fluoscopio, la anatomía de Winters. Allí se revelaba de forma inequívoca un órgano largo tiempo ausente de los cuerpos de los seres humanos modernos: un apéndice. Winters les habló de su primer despertar, 5000 años antes de la Era de los Árboles; de cómo él había sido condenado a muerte cual representante de lo que ellos llamaban la Edad del Despilfarro, el siglo XX. Deseaba que toda su historia fuese conservada absolutamente en secreto, aunque tanto Steuvlan como Clethra le aseguraron que, ahora que el mundo había conseguido perfeccionar la energía atómica y la comida sintética, tales cuestiones económicas habían sido olvidadas hacía largo tiempo.

Los tres comenzaron a realizar el túnel con una máquina excavadora asombrosamente adaptable de apenas cinco pies de altura, que retiraba los escombros y los enviaba volando con el terrorífico impulso de su diminuto motor atómico. Cuando el trabajo había avanzado alguna distancia, levantaron una tienda sobre la boca del agujero y volvieron a la ciudad, de donde trajeron cuatro mecánicos especializados con los ojos vendados. Los vendajes no fueron retirados de sus ojos hasta que estuvieron dentro de la tienda, y de buena gana continuaron la construcción a un rápido ritmo. En una semana todo estuvo terminado, incluso en sus últimos detalles; los



Librodot

hombres, vendados de nuevo, fueron conducidos a la nave, y luego a la ciudad.

Mientras tanto, Winters había preparado un extraño libro. Las páginas eran de lámina de oro, unidas por la parte de atrás. Contenía doscientas y era muy pesado, pero tenía la ventaja de su gran permanencia. Sobre él escribió con ácido hidroclórico, usando un estilete de cristal a modo de pluma:

1950 después de Cristo: un mundo basado en la ventaja privada y dependiente por completo de comida no sintética. La naturaleza humana todavía salvaje, pero muy avanzada mentalmente.

3000 después de Cristo: fecha aproximada de la gran revolución, que acabó con los gobiernos tribales y el acaparamiento individual. De esta fecha data la raza humana como una unidad hablando un solo lenguaje y teniendo como principal interés la reducción de las horas de trabajo necesarias para mantener cómodamente a la gente. De esta fecha data un cambio consistente en usar frutos y productos de árboles como alimento, en lugar de plantas y granos.

5000 después de Cristo: fecha del primer despertar de Winters. Encontró una civilización cuyo principal credo político era la economía, y pasó a observar futuras edades.

6500 después de Cristo: fecha del primer uso práctico de la comida sintética. Los campos se despueblan y las ciudades se multiplican. Las ciudades ya no dependen de los distritos rurales para su subsistencia.

7000 después de Cristo: una era de enorme prosperidad y avance científico.

7100 después de Cristo: Marte y Venus son explorados, cartografiados, y se traen varias formas de vida interesantes. No hay minerales nuevos o importantes, excepto en Venus, donde hay uranio en grandes cantidades, pero tan esparcido que es difícil de extraer.

8200 después de Cristo: el Cerebro mecánico se desarrolla ahora enormemente y es utilizado para juzgar casos criminales y para contestar preguntas difíciles.

8500 después de Cristo: el Consejo de Educadores gobierna al mundo y se guía por las decisiones del Cerebro.

9000 después de Cristo: una rebelión de los educadores para reconquistar el poder que el Cerebro les ha arrebatado gradualmente. El Cerebro y sus defensores estaban preparados con armas científicas mortíferas, y la revuelta es aplastada con gran pérdida de vidas.

9500 después de Cristo: la última de varias rebeliones contra el Cerebro se suprime con gran pérdida de vidas, y mucha gente se escapa a los bosques. De allí en adelante el curso de la historia es estable. El Cerebro fortalece continuamente su posición en el mundo e intenta capturar a los últimos seres humanos que quedan en la espesura para evitar cualquier posible alzamiento desde el exterior.

10.000 después de Cristo: el Cerebro es destruido. Comienzan los esfuerzos de la raza humana para mejorar su propia mentalidad y su físico. Es la fecha del segundo despertar de Winters.

Finalmente llegó el día que Winters había fijado para su partida: su «entierro», como lo llamaba Clethra tristemente. Inspeccionó su cámara por última vez. Estaba a cincuenta pies bajó la superficie del suelo y, como antes, forrada de seis pies de plomo. El reloj era operado por medio de



Librodot

radium, y había un reloj de comprobación operado por la diferencia de temperatura entre verano e invierno. En el techo estaban colocadas una gran batería de rayos X y lámparas ultravioleta, movidas por un motor atómico funcionando continuamente gracias a la energía proporcionada por una libra de calcio en polvo durante cinco mil años.

Sobre su lecho estaba dispuesto un recipiente de cristal, lleno de un líquido especialmente preparado que servía de alimento y de tónico. Desde aquí salía una tubería de goma sintética (incorruptible) para ser fijada a una máscara sobre su boca cuando empezara a dormirse. Al despertar no tendría más que tragar, porque el reloj haría correr el líquido automáticamente en el momento apropiado: unas pocas horas después de que las luces se hubiesen encendido. Winters examinó todo, y estaba impaciente por despertar de nuevo. Su edad iba siendo avanzada, y esta forma de vida no podía continuar indefinidamente. Por tanto, le preocupaba no malgastar nada de lo que todavía le quedaba por vivir.

Sin embargo, se despidió sintiéndose realmente apenado. La tienda ya había sido retirada hacía tiempo y el agujero astutamente escondido por arbustos que se extendían. La nave que conduciría a sus compañeros de vuelo a la ciudad estaba cerca, preparada para emprender el vuelo.

—Buen viaje —dijo Steuvlan—, aunque quizá debería desearte felices sueños.

—¡Adiós! ¡Adiós también a ti, Clethra!

—¡Seguro que no sientes en absoluto verme por última vez!

—Lo siento mucho. ¿Por qué no iba a sentirlo?

—¿No recuerdas cómo intentabas escapar de mí en un principio?

—¡Qué tonto era!

—¡Vamos! Estás perdonado. Pero tengo que darte un beso, sólo para demostrar que ningún hombre puede escapar cuando una mujer ha decidido perseguirlo.

Observó cómo la nave se elevaba hacia el cielo, ahora oscureciéndose con el brillo visible del atardecer. Se dirigió hacia el este desde donde se aproximaba la noche. Permaneció un rato siguiéndola con la vista, pensando tristemente en su solitario futuro. Cuando se despertase, aquellas gentes estarían muertas y la ciudad donde vivían sería una ruina olvidada. ¿No sería quizá más feliz si se quedaba aquí? Entonces sus pensamientos retrocedieron todavía más hasta su propia era, ocho mil años antes. Si hubiese comprendido antes que el tiempo era algo tan irrevocable, ¿hubiese comenzado alguna vez su odisea a través de los milenios? Una vez pasado, el tiempo pasaba para siempre... Un recuerdo... Nada. No podía retroceder; no quedaba más que seguir adelante, por muy solo y melancólico que se sintiera. «En alguna parte, pensó con un repentino rayo de esperanza, en alguna parte del borroso futuro debe haber una respuesta al enigma de la vida». Esa sería su recompensa. Pero la hubiese o no, el tiempo nunca podía ser revivido. Se acordó de aquellas líneas del poeta persa:

> *El dedo en movimiento escribe y, habiendo escrito, continúa adelante. Ni toda tu piedad e inteligencia le harán regresar para que suprima media línea, ni todas tus lágrimas borrarán una sola palabra.*



Librodot

La luz abandonó el cielo y aparecieron las estrellas, viejas amigas familiares, aunque incluso ellas estaban ligeramente alteradas por la inexorable marcha de los equinoccios. La luna subía pronto aquella noche. Podía verse la oscura figura de Winters recortada contra su gloria, mientras se deslizaba entre los ocultadores arbustos. Desapareció de la vista, y a unos pocos pies de distancia fue audible el sonido de la losa al ser puesta en su lugar. Entonces surgió la luna majestuosa y fría e iluminó aquella vacía soledad, como había hecho durante siglos y como continuaría haciendo durante incontables generaciones.

## LIBRO TERCERO - LA CIUDAD DEL SUEÑO

### I - Un hombre de otro mundo

Los jóvenes se apoyaban sobre la balaustrada que coronaba la torre más alta de Niágara City, contemplando la campiña. Desde donde estaban podían ver muchas millas en todas direcciones, ya que la torre tenía dos mil pies de altura y la misma ciudad estaba construida a una considerable elevación sobre los terrenos que la rodeaban. A sus pies se extendían los pavimentos de vidrio y los blancos edificios de la ciudad, terminando en las murallas que la rodeaban: un círculo perfecto con un radio de dos millas. Detrás se extendía la selva, no explorada en detalle, pero conocida en líneas generales gracias a antiguos mapas preparados en los tiempos en que la raza humana vivía en hogares individuales desparramados entre los campos y bosques allá abajo.

Era una hermosa escena. El claro aire de la primavera y el brillante cielo, limpio de nubes, hacían el panorama todavía más delicioso. Pero una expresión de pena desesperada podía verse sobre el oscuro rostro del hombre. La boca de la muchacha estaba fruncida en un hosco gesto. Ambos vestían seda en tonos suaves, ribeteada de pieles, según la moda del año 15.000 después de Cristo: él, de pantalones hasta la rodilla y ajustadas calzas, y ella con ondulantes pantalones y chaqueta tipo pijama.

Diez mil años antes sus ropas hubieran parecido demasiado finas para el mes de febrero al norte del estado de Nueva York, pero hacía mucho tiempo que el clima había cambiado. Con la temperatura, la apariencia de la gente también resultaba diferente: el rostro de la muchacha era del color de la caoba vieja, y sus ojos y cabello, de un castaño tan oscuro que parecía negro. La mano delicadamente moldeada que descansaba sobre el parapeto era de un rico color cobre en el dorso y color rosa pálido en la palma. El hombre tenía la piel todavía más oscura. Se balanceaba impacientemente ora en un pie, ora en otro, y su serio y joven rostro se volvió hacia su compañera.

—¿Es la última palabra, Jaina?

—Sí, Eric. ¡Creo que estás haciendo el tonto! ¿Por qué no puedes ser como todo el mundo? ¿Por qué sientes este innatural deseo de vivir tu vida al azar? Otras personas se sienten muy felices de poder arreglar sus vidas decente y cómodamente.

El hombre gruñó en voz alta:

—¡No es eso! ¿Cuántas veces tengo que explicarme antes de que comprendas que es únicamente una pérdida de tiempo? Hay otros que



Librodot

sienten lo mismo que yo, o no habría ayudantes para cuidar de las máquinas de sueños donde duerme el resto de la ciudad. ¿Cómo va a terminar todo esto? Piensa en nuestra ciudad, porque el resto del mundo está igual, si no peor. ¿Cuántas personas están vivas, realmente vivas y despiertas? Sólo cuatrocientas treinta, según el último censo. ¡Esas pocas personas deben alimentarse a sí mismas, proveer energía eléctrica y controlar los registros de sueños para más de un millón de durmientes!

Jaina encogió sus bonitos hombros.

—¿Y qué hay de malo? Cincuenta hombres pueden manejar la maquinaria automática de toda la ciudad.

—Muy bien..., de momento. Pero suponte que tú y yo nos operamos; la semana siguiente, alguien más; después más, y así sucesivamente durante los próximos diez años... Llegará un momento en que las cincuenta personas no estén disponibles. Además.....

—¿Qué pasa ahora?

—¡Oh, nada! Solamente que no ha habido ni un solo niño en América City durante los últimos siete meses.

Hubo un sombrío silencio.

—Supongo que no has cambiado de idea en lo más mínimo.

Ella negó con la cabeza.

—Muy bien. Yo no lo haré... aunque tú lo hagas.

—Muy bien, Eric. Tendré un registro de ti en vivo y arreglaré mi propia vida como si tú fueras mi marido; así que realmente no me importa. Sólo que, por supuesto, preferiría que yacieses a mi lado durante años y compartieses mis sueños.

—Jaina, no puedo soportar verte convertida en una de esas formas rígidas, cubiertas de cables, que nunca volverán a moverse. Los músculos desaparecidos, el rostro consumido, extenuado, momificado... ¿No comprendes lo horrible que será?

—¡Tonterías! Yo estaré escalando montañas, cazando leones en África, siendo la anfitriona en brillantes reuniones sociales, desayunando contigo a solas, viviendo contigo, mientras parezco estar yaciendo en el lecho del Palacio de los Sueños. ¿Adonde vas, Eric?

Pero Eric había girado abruptamente. Abandonando la balaustrada, y luego el edificio, salió a la calle. Sintiendo que el corazón le ahogaba, anduvo por las calles hasta llegar a las puertas y salió a la verde campiña en el exterior de la ciudad. Con la cabeza baja y las manos hundidas en los bolsillos anduvo y anduvo. Pasó una hora y se alejó millas de la ciudad, caminando por la gran carretera de cristal construida por aquellos hombres del pasado que todavía usaban la superficie de la tierra para trasladarse.

Cuando se tienen veinticinco años, las horas de las comidas son acontecimientos que no son fácilmente ignorados. Eric comenzaba a sentirse hambriento. Miró a su alrededor sin saber dónde se encontraba, porque había caminado mucho a ciegas. La carretera se extendía por delante y por detrás, y la espesura había llegado hasta sus bordes. No eran los bosques de robles y abedules que habían cubierto en un tiempo este país nórdico, sino la selva del año 15.000 después de Cristo, cuando los Trópicos se habían desplazado hacia el norte.

Los restos glaciales de la última edad de hielo se habían derretido al fin; después Groenlandia había perdido su enorme capa de hielo, y el nivel de los océanos había subido treinta pies o más. Las palmeras florecían en el lugar



Librodot

donde una vez estuvo la ciudad de Nueva York. Sus raíces habían penetrado en los olvidados túneles subterráneos; helechos y musgo tropicales cubrían de verde los destrozados edificios. Eric contemplaba una jungla, todavía húmeda y goteante con las recientes lluvias del invierno. ¿Qué sentido tenía ir más lejos? Dio la vuelta y emprendió la marcha. Cuando lo hacía, observó que algo se movía en los árboles a su derecha.

La idea de que un animal salvaje podría encontrarse allí, fue lo primero que vino a su mente. Entonces comprendió su locura al aventurarse a pie tan lejos de la ciudad. Miró al cielo, pero ninguna nave estaba lo suficientemente cerca como para hacerle señales. En realidad sólo una se veía allá en el horizonte del este. Era un día tranquilo, y oyó perfectamente el furtivo crujido de los arbustos. Con el corazón latiéndole fuertemente, emprendió una carrera de vuelta a la ciudad, a muchas millas de distancia.

Había recorrido quizá unas cincuenta yardas, cuando tres flacas bestias aparecieron sobre la carretera de vidrio delante de él. Se detuvo, presa del pánico. Por las imágenes que había visto, los reconoció como lobos, aunque eran más grandes de lo que él se había imaginado. Se acercaban al trote, no directamente hacia él, sino dos a un lado de la carretera y uno por el otro. Pensó rápidamente. Había decidido intentar alcanzar el árbol más cercano, cuando oyó una voz humana a sus espaldas.

—¡Quédate en el medio de la carretera!

Entonces oyó pasos y vio que los lobos vacilaban. Dos de ellos se sentaron sobre sus ancas con la lengua colgando. Detrás de él oyó un agudo «¡ping!», y uno de los lobos saltó tres pies en el aire, volviéndose para morderse fieramente el anca. Después oyó otro «¡ping!», y un tercero. A continuación un segundo lobo saltó en dolorida sorpresa.

De pronto su salvador apareció a su lado, un anciano de barba gris, con extrañas ropas de cuero. ¡Y el rostro! Era la cara de un hombre de otro mundo, un rostro delgado, con una fina y arqueada nariz. ¡Y era blanco! No tenía los rasgos suaves y atezados de los hombres que conocía. Era como si un americano del siglo XX se hubiese encontrado a un babilonio recién llegado de la ciudad de los jardines colgantes. Algo indefinible hacía que este hombre fuese distinto. Después advirtió los largos dedos huesudos que terminaban en uñas descuidadas. Sostenían una pieza de metal rematada por un tubo. Por supuesto, Eric reconoció aquello como un arma, pero de un tipo que nunca había visto.

—¿Puedes tirar de esta palanca para atrás, joven?

Eric tomó el arma y halló que la palanca requería toda la fuerza de su juventud. Tendió el arma recargada, y el anciano dijo lúgubremente:

—Ahora nos acercaremos un poco más y daremos un susto a esos lobos.

A cincuenta pies de distancia el anciano se detuvo, y su dedo apretó el gatillo. Desde una distancia tan corta la bala de plomo penetró en la carne del lobo y produjo una herida seria. Con un aullido de dolor uno de los animales retrocedió hacia el interior del bosque, y un segundo disparo, alcanzando afortunadamente el ojo del otro, lo dejó muerto sobre la calzada. El tercer animal desapareció en el bosque.

Eric se limpió el sudor de la frente.

—¡Te debo la vida, anciano! ¿Qué puedo hacer para pagártelo? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Winters... Norman Winters. Puedes hacer mucho más que pagarme si me conduces hasta la casa más cercana donde pueda encontrar comida y alojamiento.

—Lo haré de buena gana, Winters. ¡Por el Cerebro! —Eric casi gritó, a causa del asombro—: ¡Tienes dientes!

Alarmado, se separó un paso o dos.

Winters estaba aturdido.

—¿Dientes? ¡Naturalmente! ¿Qué ocurre?

—¡Sólo los animales tienen dientes!

—¡Qué estás diciendo... Vaya, tú no tienes ninguno, ¿eh? Los hombres antes tenían dientes, ¿sabes?

—¡Oh! —dijo Eric en tono aliviado—. Eres un salto atrás, ¿no es eso? Mi amigo Thorley tiene ojos azules, si vamos a eso. Pero dientes... ¡No se ha conocido ningún caso en los últimos diez siglos!

Winters fue cautelosamente prudente.

—¿Cómo dio la casualidad de que aparecieses tan a propósito en la selva? —observó el extraño con desconfianza y curiosidad.

—Yo a mi vez podría preguntarte cómo estás aquí sin armas y a pie.

Eric se echó a reír, y después, recordando por qué estaba allí, frunció el ceño y suspiró.

—No quiero unirme a los durmientes... La muchacha que amo sí quiere. Ese es mi problema en dos palabras, Winters.

El anciano le dirigió una mirada de perplejidad, y pareció cavilar sobre las palabras de Eric.

—Oh, supongo que suena absurdo. A mí, la idea de pasar toda la vida durmiendo siempre me ha parecido desagradable. Si soñar debajo de la máquina es lo mismo que vivir la propia vida y las propias acciones, ¿cuál es el sentido de toda la existencia humana? ¿Puedes entenderme, o quizá te disgusta una opinión tan radical?

—¡Dios mío! —dijo el anciano muy solemnemente.

—¿Qué es eso? —dijo Eric, que nunca había oído tal expresión.

—¡Nada, nada! ¡Sigue! Comprendo muy bien tu actitud.

—¡Ohhh! ¿De veras? ¿Eres un... desertor?

—No sé lo que quieres decir con esa palabra.

—¡No pretendo ofenderte! Después de todo, has salvado mi vida. No voy a traicionarte. ¿Eres uno de los científicos que desertaron de las máquinas? Ha habido algunos. Bueno, estabas aquí en la selva, y todo eso...

—Joven, la mía es una extraña historia. Termina la tuya, contesta mis preguntas, y... quizá te cuente la mía.

—De acuerdo entonces. Yo iba a casarme con Jaina, de nuestra ciudad, y ella quiere un matrimonio convencional, íbamos a ser operados, y pasaríamos nuestras vidas juntos, soñando en las máquinas. Nos peleamos a causa de esto, me puse de mal humor y salí a dar un paseo. Llegué un poco más lejos de lo que pretendía, y aquí estoy. Eso es todo.

—No todo quizá. ¿Debo entender que la forma normal de vivir es ser operado y soñar dentro de una máquina?

Eric le miró asombrado.

—¡Claro! ¡Por supuesto!

—Entonces, ¿cómo es que hay algunos despiertos... como tú mismo?

—Yo soy un científico... Dedicamos nuestras vidas a cuidar de los durmientes. Pero seguramente ya sabrás todo esto.

—No lo sabía. Pronto entenderás por qué. No puedo comprender qué puede inducir a un hombre a soñar, en vez de vivir.

—Desde un punto de vista práctico, en lo que se refiere a necesidades, y placeres, las máquinas de sueños proporcionan una vida mejor que la que puedan ofrecer la naturaleza y el azar.

Winters se irguió y olfateó el limpio y fresco aire.

—¿Quieres decirme que una máquina de sueños ofrece algo que puede recompensarme por abandonar esta hermosa tierra y el cielo con sus nubes y el verde de los árboles y la gloria de la luz del sol?

—En la máquina de sueños siempre hace buen tiempo. Los soñadores inhalan tanta cantidad de aire puro como nosotros ahora mismo y regalan sus ojos en un escenario tan hermoso como éste. ¿Qué clase de hombre eres tú para preguntarme estas cosas?

—¿Pero cómo puede ser eso?

—Muy sencillamente. Lo que tú ves es simplemente lo que tus ojos envían a tu cerebro a través de los nervios, ¿no es así? Bien, en las máquinas de sueños los nervios ópticos son estimulados justamente de la misma manera. Igual sucede con los nervios del olfato, del gusto, del oído y con toda la superficie de los nervios táctiles del cuerpo.

—¡Adelante! ¿Cómo se hace?

—Es una operación quirúrgica. Los extremos nerviosos son conectados a unos finos cables, y éstos van desde cada soñador a la habitación de control. Aquí, desde un equipo de registros primordiales se envía un conjunto completo de sensaciones. En lo que se refiere al soñador, parece estar viviendo una vida completa. Antes de entrar decide qué cosas quiere experimentar. Algunos viven las vidas de grandes exploradores y luchan con las fieras de la selva; otros parecen inventar grandes instrumentos científicos, y en realidad adquieren un conocimiento completo de cualquier tema que deseen; otros viajan en cohetes a Marte o Venus y experimentan increíbles aventuras en aquellos mundos grotescos y casi inhabitables. Jaina quiere soñar con una vida de tranquilidad y comodidad en el hogar, con aventuras y peligros ocasionales arreglados de forma que terminen felizmente, más para realzar los placeres de la paz que por cualquier otra razón.

—¡Dios mío! ¡El mundo se ha vuelto loco!

—Yo no quiero ir a la Casa de los Sueños con ella —continuó Eric—; así que ella está haciendo un registro con mi imagen. A todos los efectos, se casará conmigo, esté yo allí o no, y vivirá toda su vida como mi mujer.

Una repentina sospecha de estar siendo víctima de una broma pasó por la mente de Winters. Durante varios minutos caminó en silencio, mirando de vez en cuando el rostro de su compañero. Pero su escrutinio le dejó tan perplejo como antes, porque nunca había visto una expresión tan triste ni tan obviamente desesperada. ¿Podía ser realmente cierta esta imposible historia? ¿Qué es lo que había caído sobre el mundo, en otro tiempo más o menos sano? Si el sueño era tan bueno como la realidad, ¿qué mérito quedaba para la acción?

—Te contaré mi historia —le dijo Winters con decisión.

Y mientras caminaban por aquella antigua carretera de vidrio, le habló de su juventud trece mil años antes y de cómo era el mundo entonces. Le dijo cómo había resuelto el secreto de la vida en suspenso y cómo había construido una cámara forrada de plomo bajo tierra y se había levantado

tres mil años después, para encontrarse con un mundo cambiado de forma irreconocible. Le contó la desagradable acogida y la huida de vuelta a la cámara. Continuó describiendo su próximo despertar cinco mil años después y la parte que le había correspondido en liberar al mundo de la dominación del Cerebro-Máquina.

—¡Conozco eso! —exclamó Eric—. Está en los archivos históricos. ¡Eres el salvaje que salvó el mundo!

—Sí. Y ahora, cinco mil años después, me despierto para encontrar los resultados de mi acción. ¿Y qué encuentro? ¿Gigantescos avances científicos y sociales alcanzados por una humanidad iluminada? ¡Paf! Me encuentro con la más desagradable y funesta costumbre que pudo imaginar la humanidad, convertida en norma. Si el mundo duerme, ¿qué esperanzas puede haber de progreso? Sin progreso, ¿qué finalidad tiene la vida?

—No te entiendo exactamente —replicó Eric—. Tu filosofía es extraña. Y otra cosa, si no te importa, ¿dónde están tus cicatrices?

—¿Mis cicatrices?

—Dices que has dormido durante miles de años. Cuando nuestros durmientes son despertados, como ocurre ocasionalmente, las cicatrices de sus operaciones se ven muy claramente. Tú no tienes ninguna.

—Mi sueño fue sin sueños, como el tuyo por la noche.

—¡Cómo! ¿Con drogas entonces?

Winters asintió.

—Supongo que encuentras difícil creerlo. ¡Te aseguro que tu historia me suena igual de imposible!

Entonces llegaron a la vista de la ciudad, y Winters se quedó sin aliento ante su pura belleza blanca. Eric se acordó de Jaina, que tan pronto perdería para siempre, y suspiró melancólicamente.

—Quizá —dijo—, después de todo, debiera abandonar esta vida activa y entrar en el Palacio de los Sueños con ella.

—¡Quizá sería mejor que cogieses explosivos y destruyeses las máquinas de sueños!

—Anciano, ¿qué estás diciendo? ¡Por esas mismas ideas han muerto algunos hombres!

—Mejor muerto que...

—Pero seguramente la vida en los palacios no es peor que la muerte.

—Joven, he tenido experiencia en muchos períodos de la vida humana, y te aseguro que no hay período en la historia pasada que no condenara la costumbre actual. Y además, ¿qué hay del futuro? ¿Qué pasará cuando llegue el momento, que seguramente vendrá, en que no haya más científicos para cuidar de las máquinas? ¿Perecerá la raza?

—Por supuesto, eso es un aspecto de la cuestión. Yo mismo he pensado en ello.

—¿Cuántos durmientes hay ahora en tu ciudad?

—Cerca del millón... y sólo cuatrocientos aproximadamente despiertos para atenderlos. ¡Oh, ya sé, ya sé!

—¿Y el resto del mundo es igual?

—Sí.

—Entonces es casi demasiado tarde para salvar el mundo. ¡Hay que hacer algo rápidamente! ¿No lo comprendes?

Por un momento Eric permaneció silencioso.

—¿Qué habría que hacer entonces? —dijo al fin pensativo.

—¡Comenzar una ciudad de vivos y abandonar estos cadáveres vivientes!

—¡Qué terrible! Tus palabras ofenden todos los preceptos y escrúpulos de mi educación. Y sin embargo hay algo plausible en la idea. Pero, ¿qué pensaría la historia de nosotros? ¡Abandonar así nuestras obligaciones!

—¡Déjame que hable por la historia! Os alabará por una acción valiente. Señalará que la cobardía moral por vuestra parte hubiese sentenciado la raza. Únicamente vuestra deserción puede hacer posible la historia, porque de otra manera la raza de los humanos está acabada... aquí y ahora. Unos cuantos años más de números en reducción significarán el final.

—Bien, déjame que piense en ello un rato. Ya llegamos a la ciudad.

## II - La ciudad de los muertos vivientes

Ante ellos se extendía la gran muralla de circunvalación. Penetraron en las amplias calles franqueadas por una arquitectura tal como nunca Winters lo hubiera soñado. ¡Aquello era progreso! Toda la ciudad estaba concebida como una unidad. En el centro se levantaba el gigantesco y gracioso calado del Palacio de los Sueños. En conjunto, su forma era aproximadamente piramidal, aunque por la mezcla de formas y colores esto no se hacía visible en un primer momento... El ojo simplemente apreciaba una vaga simetría, esclarecida más tarde por la razón. Diez mil agujas prestaban sus puntas de escarcha para formar el total, y los atrevidos arbotantes y puentes colgantes contribuían a aligerar el efecto, dando al edificio un carácter irreal y tan insustancial como la espuma.

Toda la estructura estaba hecha de cristal coloreado, no transparente, sino en opacos tonos pasteles. Edificios de menor tamaño flanqueaban la calle que conducía hasta este asombroso centro, semejando en general formar parte de un todo, aunque Winters al principio no podía comprender cómo se había hecho esto, porque no había dos edificios cuyas formas fuesen similares.

Pero una cosa se grabó en su mente con más fuerza que toda esta belleza: la ausencia de gente. Después de caminar cinco minutos vieron un ser humano cruzando la calle muy por delante de ellos, y de nuevo desapareció. La ciudad estaba silenciosa. Parecía muerta y desierta, efecto que daba a los edificios un aspecto frío y sin vida. «No hay nada más triste, pensó Winters, que una calle silenciosa».

—Te llevaré al apartamento de mis amigos —dijo Eric—. Vivimos cuatro juntos, y a ninguno nos gustan las máquinas de sueños.

Le condujo a un edificio de un frío color verde, y en un ascensor automático subieron a una habitación cerca de la cima. Por casualidad, sus tres amigos se encontraban allí. Un joven alto y delgado, de rasgos duramente modelados y casi negro, fue presentado como Starfax, un ingeniero mecánico; un joven bajo, moreno y más bien gordo, era Antar, un biólogo que se preparaba para ser cirujano. El tercero, cuyos inquietos ojos azules y nerviosas manos traicionaban al hombre de acción, y cuya rubia cabeza se asentaba semejante a una roca sobre la gigantesca estructura de su cuerpo, era Thorley. Su rostro era de un color bronce claro, y constituía un sorprendente —casi extraño— contraste con los demás hombres de la habitación.



Librodot

—Se llama Winters —le presentó Eric. mientras Antar daba un paso hacia adelante, con una mirada de interés profesional en sus ojos—. Está bastante débil y necesita descanso y comida...

—Puedo ver eso sin que me lo digas —dijo Antar, apartando a su amigo de un empujón—. Más tarde oiremos el resto de su historia. ¡Debe ser atendido inmediatamente!

En cinco minutos Winters, cansado hasta el borde del colapso, estaba parcialmente desnudo y tumbado en un suave lecho de alguna composición a base de caucho, mientras se le decía que bebiera una medicina. Diez minutos más tarde estaba profundamente dormido; por tanto Antar, el médico, dejó a su paciente y se reunió con sus compañeros en la otra habitación.

Eric contaba a los demás lo que había pasado aquel día y repetía la extraña historia de Winters.

—¡Me gustaría ver ese motor que pudo funcionar durante cinco mil años! —dijo Starfax dubitativamente—. Supongo que puede hacerse, pero...

—Pero en qué habrá estado pensando... Dormir sin sueños todo este tiempo. ¡Yo me habría muerto de aburrimiento! —dijo Thorley, el del pelo rubio.

Los tres miraron hacia Antar, que frunció sus labios a manera de juicio.

—Podría hacerse —decidió—. Durante siglos hemos conocido algunos de los efectos de los rayos cósmicos; quizá haya investigado este particular aspecto de la cuestión. Puedo decir con seguridad que él muestra síntomas que podrían ser el resultado de una experiencia de ese tipo... Yo mismo los he visto. En conjunto, me inclino a creerle. Además, parece bastante distinto de un hombre moderno. Tiene cabello creciendo por todo su pecho y, lo creáis o no, dientes.

Hubo un alzamiento de cejas general, y Eric se sintió impulsado a defender la inteligencia de su anciano amigo, a menos de que sus compañeros le tomaran por un simple salvaje.

—¿Y qué piensa de nuestra civilización?

Eric enrojeció, y su boca se endureció.

—La encuentra bastante nauseabunda. Quiere que todos abandonemos a los durmientes y comencemos nuestras vidas en las selvas.

Los ojos de Thorley brillaron ansiosamente, e hizo un medio gesto de aprobación, pero se detuvo ante el general coro de horror de sus amigos. Entonces Eric habló amargamente del declive de la baja de nacimientos en la ciudad y Thorley tronó abruptamente sobre «costumbres estúpidas que estaban ahogando la raza humana y suprimiendo toda aventura». Fue una lucha justa, dos contra dos, y los reformadores tuvieron la ventaja del ataque. Antar y Starfax estaban ya más que medio convencidos antes de que Eric les comunicase la novedad de su rompimiento con Jaina. Cuando les habló de su decisión de entrar en las máquinas de sueños, hubo un solemne silencio.

—Realmente tenemos que hacer algo —dijo Starfax al biólogo.

—Supongo que sí —replicó este último—. ¿Pero en qué consistirá?

—He estado pensando sobre esto durante varias horas —dijo Eric—. Creo saber qué es lo que podemos hacer. En primer lugar, nosotros no sentimos ningún rencor contra los durmientes, ¿no es así? No queremos que sufran ningún daño. Todo lo que pedimos es que el mundo no cese de vivir, que continúe existiendo una raza humana. Bien, entonces escuchadme...



Librodot

Veinticuatro horas más tarde, Winters se despertó. Le dolían todos los músculos, pero su cabeza estaba clara y sentía un hambre rabiosa, que Antar, casualmente allí cuando se despertó, le calmó con una abundante comida. Esta consistió en una única pieza de sustancia cremosa, que pesaba alrededor de una libra, crujiente y deliciosa al paladar, bañada con una bebida caliente transparente, cuyo sabor era nuevo para Winters. Le recordó vagamente a la cerveza, pero también a la leche con sal. Fuese lo que fuese, era refrescante y vigorizante. Winters se vistió y preguntó a su médico si ahora podría salir a explorar la ciudad y estudiar las «costumbres del futuro», como él decía. Atardecía, y el sol enviaba rayos oblicuos al interior de la habitación. Por la ventana se podían ver los brillos y reflejos de un millón de agujas y puntas. Mientras miraba, una diminuta nave voladora sobrevoló los edificios lenta y perezosamente, y continuó su camino hasta desaparecer de la vista.

—Ese es el exprés de la tarde del otro lado del Atlántico —dijo Antar, siguiendo su mirada—. Es pequeño, porque en estos tiempos hay pocos viajeros.

El rostro de Winters se endureció, recordando lo que Eric le había contado.

—Debo ver el Palacio de los Sueños —dijo firmemente.

Starfax estaba en la otra habitación, pero se les unió en el ascensor, impaciente por ver qué impresión causarían en este anciano cinco mil años de progreso. Cuando salieron a la calle, la enorme figura de Thorley se colocó a su lado y los cuatro se dirigieron, en un agradable paseo, hacia el gran edificio que dominaba el centro de la ciudad.

—¿Dónde está Eric hoy? —preguntó Winters.

—Ocupado. No le veremos hasta el atardecer.

—Ayer nos contó lo de los lobos —observó el gigante rubio—. ¿Puedo ver el arma que empleaste?

Sonriendo, Winters les pasó su pistola de aire. Los enormes dedos de Thorley la sopesaron y la hicieron girar con un acompañamiento de sorprendidos gruñidos. Se la pasó de nuevo.

—¡Tenemos cosas mejores que ésa, anciano!

—Oh, en cuanto a eso, también nosotros las teníamos en nuestros días. Esta pistola, sin embargo, no necesita cargas químicas ni explosivas... Esa es su única ventaja. ¡Y funcionó!

En aquel momento se aproximaban a los soportales del Palacio de los Sueños. En un aterrado silencio, Winters contempló su etérea belleza. El vestíbulo de entrada ocupaba la mitad de todo el piso bajo, y estaba equipado con complicados mostradores. Sólo se veía un empleado.

Starfax, divertido, había seguido la mirada de Winters.

—¡Hace mil años este lugar estaba abarrotado de gente!

Winters se estremeció.

Sus tres jóvenes amigos le condujeron directamente hacia una hilera de ascensores automáticos. Después de unos cuantos minutos en el interior de uno de ellos, llegaron a una gigantesca sala, rota ocasionalmente por columnas góticas muy bajas. Debía tener una extensión de varios acres, y miles de mesas de piedra se extendían en todas direcciones. Sobre cada mesa descansaba un curioso bulto de extraña textura y forma. La expresión de sorpresa de Winters ante su visita se hizo esperar unos cuantos minutos,



Librodot

porque en un primer momento no era claro que aquellos tranquilos bultos inmóviles fuesen seres humanos. Sobre cada uno estaba colocado, como una red de plata, un sudario de firmes cables, tan finos que eran casi invisibles uno a uno.

Sobrecogido y horrorizado se acercó al durmiente más cercano, y observó que su pecho se elevaba y descendía lentamente, aunque muy levemente, y que los cables salían del rostro como los pelos de una barba. Sobre los ojos se encontraba una cubierta brillante. La mesa estaba agujereada en varios sitios para permitir el paso de los haces de cables y conducirlos fuera de la vista. Pero lo más asombroso de todo era la apariencia terriblemente consumida y macilenta de los cuerpos. Los brazos contenían pura piel y huesos, y en el pecho se marcaban las costillas como en un perro hambriento. Los rostros —lo que de ellos podía verse— le recordaron las momias en las secciones egipcias de los museos.

—Estás mirando al viejo Vintalling —dijo Antar—. Era un científico. Trabajó en biología durante cuarenta años, y hace sólo seis meses que se unió a los durmientes.

Contempló reflexivamente la inmóvil figura.

—Resulta curioso verle ahora... Si no recuerdo mal, en su registro se imagina ser un joven de veinte años, seduciendo una muchacha tras otra. ¡Extraño gusto para un famoso científico! Realmente se supone que no debo contártelo. Este tipo de información es estrictamente privada.

—¿Entonces cómo lo conoces?

—Todos los médicos somos de hecho ayudantes aquí. Hay más de una mujer yaciendo confiadamente al lado de su esposo y soñando con una pacífica vida doméstica bajo la firme creencia de que su esposo está haciendo lo mismo, mientras él no está efectuando nada parecido, sino soñando con harenes enteros.

—¿Entonces podría ser él acusado de infidelidad en sus sueños?

—¡Ciertamente! La ley considera al sueño escogido como un acto todavía más voluntario que cualquier casualidad sucedida mientras estás despierto. Pero esta cuestión es puramente técnica, y surge pocas veces. Como se dice vulgarmente, se es un durmiente, un durmiente para siempre. De hecho, la operación incapacita a una persona para cualquier otro tipo de vida. Los ojos son destruidos y los sustitutos mecánicos no son satisfactorios para la vida despierta.

—¿Y cómo se les mantiene con vida? ¿Les dais alimentos?

—¡Por supuesto que no! Una corriente de electricidad negativa pasa a través de sus cuerpos y provee toda la energía que necesitan. De esta forma, los tejidos nunca adquieren acidez hasta el punto de fatiga.

Winters tuvo una repentina idea.

—¿Cuánto tiempo vivirán aquí?

—Casi el mismo que si estuviesen despiertos —replicó Antar—. Hacia el final los cuerpos se consumen de tal forma que... ¡Bueno, a mí por lo menos me resultan repugnantes!

Se estremeció como si contemplase una visión.

Y después los cuatro despiertos inspeccionaron piso tras piso de figuras durmientes, subiendo hasta la cima del Palacio de los Sueños. Tras varias horas de subir e inspeccionar, Winters se encontró en la punta de la misma torre donde Eric y Jaina habían estado el día anterior. Pero ahora, al final



Librodot

del día, se veían luces suaves aquí y allí en la ciudad. Esta y las calles parecían oscuras, aunque allá arriba donde estaban los rayos del sol todavía bañaban el pináculo y la aguja. Winters miró hacia abajo y pensó en los incontables cientos de formas silenciosas que yacían extendidas en el edificio a sus pies.

—¿Cómo pudieron los seres humanos emprender un rumbo tan suicida? —preguntó—. ¿Quién conoce la historia del Palacio de los Sueños?

—Eric es el hombre para ese tipo de cosas. A propósito, ahora ya estará en nuestras habitaciones. ¿No sería mejor que bajásemos de nuevo?

El apartamento de los cuatro amigos estaba vacío cuando llegaron después de atravesar las calles desiertas. A Winters le interesó enormemente observar los sencillos preparativos para la cena. Una caja compacta con embudo en la parte superior fue puesta en marcha; diez minutos después, Antar abrió una puertecilla en la parte inferior y sacó una bandeja llena de la crujiente sustancia blanca y una alta jarra del líquido gris.

—¡Maravilloso! ¿Pero cómo lo conseguís?

Antar levantó el embudo, y Winters vio la materia prima: ¡unas cuantas paletadas de arena y gravilla!

—Su simplicidad es engañosa —explicó—. La arena es descompuesta en un horno dentro de la caja a alta temperatura y los átomos son divididos en protones y electrones. Después éstos se vuelven a combinar en un chorro controlado para formar nuestra ambrosía y néctar. Los primeros modelos de esta máquina pesaban miles de toneladas y eran muy complicados y difíciles de manejar. Sólo desde fecha relativamente reciente se refino el proceso, hasta el punto en que fueron posibles pequeñas máquinas individuales.

—Néctar..., ambrosía... ¡Caramba, ésa es la comida de los dioses!

—¡Exactamente! Así se les llamaba en tu tiempo, ¿verdad? ¿O eso fue antes de tus tiempos? Son sustancias cuidadosamente determinadas, y representan el alimento perfecto para el animal humano.

Los cuatro se sentaron a comer, y de nuevo Winters lo encontró delicioso. Advirtió con interés el borde de cartílago rosa y blanco que servía a sus compañeros en lugar de los dientes. Esto no aparecía como un cambio llamativo, pues a distancia se parecía bastante a un conjunto de dientes. Winters fue prudente en sus observaciones. Lo encontraba vagamente chocante y molesto, y nunca pudo sobreponerse a este sentimiento. Sus compañeros a su vez observaron sus incisivos con franco interés, aunque sin comentarios.

Justo cuando terminaba su comida, la puerta se abrió y Eric entró. Su rostro estaba rojo por la excitación, y les saludó distraídamente, como si estuviese obsesionado por algún interés todopoderoso.

—¡Cinco! —anunció crípticamente, y sus tres amigos asintieron y se sonrieron los unos a los otros.

Winters se sintió aturdido, y miró de uno a otro en busca de iluminación.

—¿Cinco qué, si puedo preguntar?

—Todo a su tiempo. En el momento actual, ni siquiera tú lo puedes saber. ¿Qué habéis estado haciendo todos hoy?

La mente de Winters volvió hacia el millón de formas silenciosas en el Palacio de los Sueños.

—Hemos estado viendo la ciudad de los muertos vivientes.

—¿Y qué te pareció?



Librodot

—Creo que tales horrores nunca hubiesen sido creídos en mis tiempos. Dime, Eric, ¿cómo pudo el mundo llegar a adoptar una costumbre semejante?

El joven se reclinó en su asiento y miró pensativamente al techo.

—Fue bastante natural. La naturaleza humana siempre ha deseado tranquilidad, comodidad, temiendo los cambios y los impredecibles martillazos del destino. En realidad, en el Palacio de los Sueños todos esos hombres y mujeres parecen estar haciendo las cosas que más desean. La vida allí es algo regulado. Si alguien lo desea, pueden producirse situaciones desesperadas y peligrosas aparentes, pero el desenlace es siempre feliz. Si tu deseo en la vida es disfrutarla lo más posible, entonces no hay comparación entre dormirte y estar despierto. Y éste es realmente el deseo de la mayor parte de la gente. ¿No era así en tus tiempos?

—Cierto —replicó Winters pensativo—. Pero dime cómo se formó el proceso.

—Comenzó con los ciegos. Un famoso cirujano inventó unos ojos artificiales, y después un dramaturgo ingenioso encontró una forma de representar dramas a los ciegos con una especie de aparato registrador. Tan perfecto era el sentido de realidad de aquellos dramas, que unas cuantas personas se desprendieron de sus ojos sanos para poder disfrutar de ellos. Ese fue el principio.

—¿Y después?

—Después el sentido del sonido siguió al de la vista. A éste se añadieron los sentidos del olfato y del gusto, y finalmente el del tacto. Tan entusiastas se sintieron los minusválidos con los dramas en sueños, que un grupo de cirujanos y mecánicos erigió un gran teatro y ofreció una vida en sueños al público en general. De tiempo en tiempo un soñador era operado y devuelto parcialmente al mundo de la realidad; pero toda aquella gente estaba tan contenta con sus sueños y tan ansiosa de ser devuelta a ellos, que entre la gente de la Tierra se extendió el deseo de experimentar las mismas alegrías. Todo esto requirió cientos de años, y hace casi mil que el gran movimiento fue finalmente emprendido. En todas las ciudades fueron construidos enormes Palacios de los Sueños. Billones de solicitantes llenaban las oficinas, mientras los cirujanos operaban noche y día. Desde entonces, ya lo has visto...

Eric se quedó repentinamente silencioso.

—¿Pero no ha prevenido nadie del inevitable resultado.... la inexorable muerte de la raza?

—Por supuesto. ¡Danforth! Hace unos doscientos años guió un movimiento con el declarado propósito de destruir las máquinas de sueños. Consiguió bastantes seguidores entre la clase científica, pero fue condenado por el voto público, muriendo junto con la mayor parte de sus seguidores. Unos cuantos escaparon a la selva, y más tarde fueron exterminados.

—¡Típicamente humano! —observó Winters amargamente.

—Es hora de que duermas, anciano —dijo Antar—. Mañana te encontrarás casi todo el tiempo solo, porque estaremos ocupados. ¿Qué te gustaría hacer?

—Si hay algún libro de historia que abarque los últimos cinco o diez mil años, me gustaría muchísimo verlo.

—¿Qué es un libro? ¡Oh, sí! Ya sé. Hay unos cuantos en los museos. En su lugar utilizamos registros visuales y sonoros. Esa puerta conduce al

teatro de este apartamento, una habitación pequeña, pero suficiente. Por la mañana te lo enseñaré.

## III - La conspiración

Al día siguiente Winters se despertó muy cansado, con los huesos doloridos, y se alegró de que le dejasen completamente solo. Eric le condujo a una habitación pequeña y oscura y le acomodó en una cómoda silla. Una serie de botones numerados, situados en un panel de la pared, controlaban los registros visuales y sonoros. Eric pulsó el que controlaba los archivos históricos. En la pared se iluminó una pantalla. Winters observó fascinado una escena en el bosque tomada diez mil años antes. De nuevo veía a los hombres de los bosques con sus vestimentas de brillantes colores, y rápidamente contempló un registro completo de las operaciones por las cuales sus necesidades físicas eran cubiertas con productos extraídos de los bosques.

Y después vio la danza del festival del otoño, del que le habían hablado hacía tanto tiempo. Escuchó los alegres cantos de las doncellas con sus vestidos de color del otoño, y su mente volvió a aquella breve y desagradable aventura. Pulsó el botón una vez y otra; nuevas imágenes y costumbres se desarrollaron ante sus ojos. Llegó a los tiempos en que el Cerebro Mecánico gobernaba el mundo y al período de reconstrucción siguiente a su destrucción. Entonces, como una ducha de agua fría, apareció su propia imagen. ¡Se escuchó a sí mismo dirigiéndose al Consejo de Educadores vestidos de negro! ¿Cómo era posible esto? En la habitación estaba oculta una máquina registradora, sin que él lo supiera. Vio otra vez las figuras de sus dos amigos en aquella era —hacía cinco mil años—, y pensó tristemente en el enorme lapso de tiempo que le separaba de ellos. El cuadro era tan vivido y real —en completa perspectiva y en color—, que apenas podía refrenarse para no llamarlos por sus nombres.

Al final de aquel día, Winters había comprendido perfectamente lo semejantes a la vida que debían ser los sueños de los durmientes del palacio. Ya no se preguntaba más por qué cambiaban la vida despierta por un paraíso provocado mecánicamente. Pero vio más claramente que nunca lo marcado de la tendencia hacia la extinción de la vida humana y decidió que hablaría de nuevo sobre el tema con sus jóvenes compañeros. Así lo hizo aquella noche, mientras los cinco se sentaban alrededor de la cena.

—Eric, ¿recuerdas lo que te dije sobre el casi seguro resultado de las máquinas de sueños? Si ofendo tus normas morales y tus escrúpulos lo siento, pero preferiría morir antes que ver la raza humana sentenciada, sin hacer nada para salvarla. ¿No hay en alguna parte del mundo hombres salvajes o incivilizados que verosímilmente no adoptarán esta costumbre de sacrificar la vida a cambio de una sombra?

—Solamente hay una raza humana, Winters. Hace largo tiempo que fue civilizada.

—Entonces, ¿ninguno de los cuatro lamenta que la raza vaya a extinguirse?

Los jóvenes se miraron furtivamente los unos a los otros.

—Podríamos decírselo —dijo Thorley.

—De acuerdo —dijo Eric—. Hace dos días que nosotros cuatro nos hemos puesto de acuerdo sobre la sabiduría de tu sugerencia. Hemos decidido

reunir un grupo de colonos y escapar a la selva para empezar la vida de nuevo.

—¡Oh, gracias, Dios mío! —Winters lloraba, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Cuándo empezáis? ¡Yo me iré con vosotros, por supuesto!

—¡Tranquilo, viejo, tranquilo! No es tan sencillo. ¡Los desertores son castigados con la muerte! Ayer Eric sondeó a ocho científicos, de los que pensaba que podrían sentir lo mismo que nosotros. Cinco de ellos han decidido venir. Los otros tres rehusaron, aunque simpatizaron lo bastante como para no denunciarnos. Hoy todos nosotros hemos hecho lo mismo con nuestros conocidos. Como resultado, diecisiete reclutas han jurado secreto. No hemos abordado a nadie de quien no estuviésemos suficientemente seguros de que preservaría, por lo menos, nuestro secreto.

—Pero... ¿hay algunas mujeres?

Antar se rió ruidosamente.

—¡No tengas miedo de eso, anciano! Habrá madres en la nueva colonia. Hasta ahora tenemos cinco mujeres y doce hombres. Además, todos los nuevos reclutas están de acuerdo en abordar cautelosamente a sus amigos. Esperamos que la colonia pueda ser fundada esta misma semana.

—¿Y cómo abandonaréis la ciudad?

—Por la noche, en secreto. Reuniremos nuestro equipo silenciosamente; a medianoche de una noche cualquiera nos reuniremos en la puerta y saldremos. Durante medio día no seremos echados en falta. Cuando lo hagan, ya estaremos a salvo y ocultos. Una semana en la selva, y habremos erigido defensas de forma que estemos a salvo para siempre. Otra cosa, Winters; un ayudante del palacio te vio el otro día y me preguntó quién eras. Le dije que eras un visitante de Australia City, y sugirió que te registrases para confirmarlo. Tuve que decirle que habías estado enfermo y que irías al registro tan pronto como te recobrases. Así que tendrás que quedarte en el apartamento hasta que nos vayamos.

—¡No me importa nada! Los archivos de historia me han entretenido todo el día, y tengo para muchos más. ¿Hay algunas imágenes del mundo actual que pueda estudiar?

—¡Por supuesto! El botón «7» controla una detallada descripción del mundo.

Encantado, Winters emprendió un período de tres días de estudios con el mayor interés. En el oscuro teatro exploró todas las ciudades de la superficie de la Tierra y recorrió todos los siglos en los archivos históricos tomando notas, comparando, exclamando excitadamente sobre este y aquel descubrimiento y progreso. Por la noche los cinco amigos se reunían para comer, discutiendo el avance de la gran conspiración. Aquella noche se informó de tres nuevos reclutas, y a la noche siguiente de veintidós. La cuarta noche el total había alcanzado setenta y dos, incluidos ellos cinco.

—Tenemos pocas posibilidades de que se nos una nadie más —dijo Eric—. Cada recluta ha sondeado a todos los amigos y conocidos en quien confiaba lo suficiente para pensar que no traicionaría la deserción. Hay cuatrocientos treinta adultos en esta ciudad, sin contar a los durmientes, y formamos un sexto de ellos. Nuestro grupo cuenta con treinta y una mujeres y cuarenta y un hombres. La mayoría tenemos menos de treinta años. Estamos listos para empezar en cualquier momento.

—Mañana tendré mis suministros médicos —dijo Antar—. Tengo que coger pocas cosas de cada vez para evitar ser descubierto.

—Yo ya tengo nuestras armas preparadas —dijo Thorley—. No llevo nada más que tubos de rayos. Nuestros setenta y dos tubos serán más que suficientes para cualquier ciudadano errante que pueda observar nuestra marcha..., aun suponiendo que esté armado, lo cual no es muy verosímil. Una vez en la selva, no hay arma más eficiente ni más manejable contra las bestias salvajes.

—Yo no llevo nada más que dos pequeños motores atómicos y un poco de taxtil-metal —dijo Starfax—. Con esto podremos construir nuestras propias máquinas a placer. Mañana por la noche también estaré preparado.

—Entonces debemos avisar a todo el grupo para mañana —dijo Eric pensativamente—. Nos reuniremos en la puerta exactamente a medianoche. Que cada uno hable con sus reclutas tan calladamente como le sea posible.

Hubo un reflexivo silencio. Los ojos de Antar se fijaron en Eric, a través de sus lentes.

—¿Le has dicho algo a Jaina, Eric?

—Todavía no le he dicho nada. Estoy seguro de que vendrá, si acierto a decírselo de la forma apropiada. Mañana lo haré. Por lo menos (su voz estaba llena de dolor) no nos traicionará.

De nuevo silencio, roto por Eric.

—¿No crees Thorley que estaría bien llevar una o dos bombas atómicas?

—No... No creo. En primer lugar, no las necesitaremos y son bastante pesadas. En segundo lugar, son cosas peligrosas. Si una de ellas explotase accidentalmente, tendríamos a toda la ciudad encima en poco tiempo.

Se despidieron para pasar la noche, ansiosos de que llegase la mañana, Winters no pudo dormir.

Al día siguiente le dejaron solo desde muy temprano e intentó concentrarse en sus archivos de historia; pero sus ideas estaban en continua agitación. Frecuentemente se levantaba y, abandonando el teatro, paseaba impaciente de un lado a otro del apartamento o se quedaba junto a las ventanas contemplando las silenciosas calles. Nunca había encontrado tan lento el paso del tiempo. Sin embargo, tenía que ser realizado un último trabajo. De su bolsillo sacó un pesado libro con páginas de blanda hoja de oro. Con una aguda punta de metal escribió unas breves notas sobre los últimos cinco mil años de la historia humana:

12.000 después de Cristo: descubrimiento del principio de transmutación por Maxtil. Se comienzan los trabajos para desarrollar este descubrimiento.

12.500 después de Cristo: la invención de Maxtil ha revolucionado el mundo. No quedan restos de cultivos ni de industrias. Los hombres se congregan en grandes ciudades.

12.700 después de Cristo: los dientes van desapareciendo. Muchos niños nacen sin ellos.

13.492 después de Cristo: se inventa la vista artificial para los ciegos.

13.500 después de Cristo: se perfeccionan los dramas artificiales para ciegos.

13.800 después de Cristo: primera síntesis completa de todos los sentidos ofrecida a los ciegos.

14.000 después de Cristo: se construyen y se fomentan enormes Palacios de Sueños. Esta forma de vida aumenta constantemente en popularidad.



Librodot

14.800 después de Cristo: Danforth profetiza la desaparición de la raza. Aconseja la destrucción de las máquinas de sueños. Él y sus seguidores son asesinados.

15.000 después de Cristo: fecha del despertar de Winters. Fundación de una nueva raza de científicos.

Al final de esta última anotación Winters puso una señal de interrogación y se sentó, preguntándose lo que un hecho así significaría desde el punto de vista de la evolución humana. Aquélla era la mayor y más drástica selección que se podía imaginar: setenta y dos jóvenes de todo el mundo iban a formar una nueva raza. ¿Cómo sería? ¡Seguramente la estupidez y la locura serían completamente suprimidas de las características humanas! Después de cien generaciones descendientes de padres como aquellos, ¿qué sueños de perfección utópica no podrían alcanzarse?

Era un excitado y nervioso grupo el que aquella noche se reunió para una cena temprana. Todo estaba preparado. Únicamente esperaban la hora señalada.

Eric comió poco y pronto se levantó.

—Ahora me dirigiré a nuestra última recluta —anunció—. ¡Deseadme buena suerte, porque toda mi felicidad futura depende enteramente del resultado!

Abriendo la puerta desapareció hacia los ascensores, y de allí hacia la calle. Los otros se sentaron silenciosos y pensativos mientras partía.

Caminó decididamente por las iluminadas calles y entró en un edificio de apartamentos a media milla del suyo. Jaina le esperaba en una habitación en la torre, cuyo techo era una cúpula de cristal transparente, a través del cual las silenciosas estrellas brillaban heladamente y parecían proveer la única luz, aunque lámparas ocultas infundían en las paredes un sutil resplandor para aumentar aquella débil iluminación.

—¡Eric querido! ¿Has cambiado de idea?

—¿Cambiado de...? ¡Es posible! Di más bien que tú has cambiado la tuya.

La bonita boca se apretó en una voluntariosa mueca, a la que la pequeña y decidida barbilla añadían significado.

—El registro de nuestro matrimonio está completo, Eric. La semana que viene seré operada y comenzaré a vivir contigo.

—¡Con mi sombra, querrás decir!

—Es lo mismo en las máquinas de sueños, como sabes muy bien. Pero si no has cambiado de idea, ¿para qué estás aquí?

—Para despedirme, Jaina... ¡Oh Jaina! ¿Es posible que mi imagen sea mucho más deseable que mi verdadero yo?

—¡Deja eso ya, Eric! ¿Por qué persistes en esta escena?

Por un momento ella estuvo callada, evidentemente emocionada:

—Mientras duerma en el palacio, sentiré tus brazos a mi alrededor tan firmes y calientes como lo hago ahora. Eres un científico, y tienes que saber eso. Oh, Eric, lo haces todo muy duro para mí. ¿Por qué no puedes comportarte como un hombre normal? ¿Qué hay de malo en cosas tan naturales y ordinarias como las máquinas de sueños? ¿Por qué las odias tanto?

—¿Naturales? ¡Ordinarias! La muerte es natural, Jaina. Sin embargo, no creo que ames la muerte. Me marcho, y nunca volveré. Allá en la selva

comenzaré de nuevo la vida, lejos de estas ciudades llenas de feos cadáveres que respiran. Jaina, ven conmigo.

—¡Eric, qué horrible! ¡Tú un desertor! ¡Te matarán!

—No. No voy solo, Jaina. Conmigo vendrán más de setenta hombres y mujeres jóvenes de nuestra ciudad. Fundaremos una nueva raza en la selva, y cuando dentro de unos pocos años volvamos a la ciudad para encontrar las calles resonando vacías y millones de cadáveres corrompidos y blanqueados esqueletos yaciendo en el Palacio de los Sueños, nos preguntaremos qué perversa idea os persuadió a todos para desaparecer de la faz de la Tierra. En nuestra nueva ciudad de la selva criaremos nuestros hijos e hijas fuertes. Jaina, mis hijos necesitarán una madre.

—¡Oh, Eric! ¿Qué estás diciendo? ¿Abandonarás a los soñadores y a la ciudad? ¡Si todo el mundo hiciese lo mismo, los durmientes morirían! ¿Condenarás a muerte a un millón de seres humanos? ¿Te olvidas de los juramentos de fe y lealtad que hiciste cuando comenzaste tu educación? ¡Oh, es horrible, horrible!

—Jaina, ha llegado el momento en que hay que hacer algo. Nosotros los jóvenes lo haremos. Nuestro grupo representa a todos los jóvenes de la ciudad, excepto a tres. Sólo se quedarán los viejos y los soñadores. Los viejos morirán y después, ¿qué está reservado a los durmientes sino morir también? Lo apruebes o no, no cambiaremos nuestra decisión.

Con un gran gemido, el joven escondió la cabeza entre las manos; después de un momento se puso en pie y dejó la habitación abruptamente. Ella escuchó hasta que el sonido de sus pisadas hubo cesado, y después se dejó caer sollozando sobre una silla.

Pronto se sentó y comenzó a pensar. Después de unos cuantos minutos sacudió decididamente la cabeza, haciendo saltar los negros rizos sobre sus orejas con el movimiento y dejó el apartamento.

Alrededor de las once, un Eric de cara solemne se reunió con sus ansiosos amigos. Con mirarle fue suficiente. Ninguno le preguntó por el resultado de su conversación. Thorley se acercó a él y le colocó una pesada mano sobre el hombro. Winters contempló el espacio con el ceño fuertemente fruncido, cavilando sobre la posible combinación de prejuicios que provocarían la preferencia de la muchacha.

—¡Vamos! —anunció Antar—. Tenemos que prepararnos.

Sin una palabra, cada hombre se vistió con trajes apropiados a su nueva vida —resistentes pantalones y túnicas, hechos con un material sintético castaño oscuro—, y llenó sus bolsillos con los atesorados objetos que iba a llevarse consigo. En diez minutos todos estuvieron listos. Thorley tendió un tubo de rayos a cada hombre.

—Los demás recibirán el suyo en el lugar de encuentro en una calle a unos cientos de pies de la puerta. Debemos llegar allí pronto y estar en constante alerta.

No había calles oscuras por las que deslizarse, y Winters era consciente de una vaga desconfianza en aquellas iluminadas avenidas. Tuvo el sentimiento de que sus intenciones estaban escritas en sus rostros y que cualquier transeúnte las comprendería. Pero no había transeúntes. Durante dos millas atravesaron los silenciosos bloques de edificios y llegaron por último a una corta callejuela iluminada por una luz oculta en la fachada de un edificio. Al final de la calleja brillaba el blanco de la muralla. Sabía que en la manzana siguiente les esperaba la puerta... y la libertad. Con sus corazones latiendo

fuertemente, siguieron a Thorley por un pasillo al interior de una enorme sala vacía. Allí abrió una puerta y reveló un armario lleno de material apilado. Todo estaba como él lo había dejado.

Entonces los conspiradores ocuparon sus puestos a lo largo de la calleja, ocultos en los quicios de las puertas, y Winters se quedó de guardia en la misma sala de reuniones. Los minutos pasaban lentamente, pero pronto un grupo de tres jóvenes mujeres entró furtivamente y le miraron con desconfianza. Les indicó el armario. Ellas abrieron la puerta, y cada una se equipó con un tubo de rayos, con el que parecían estar completamente familiarizadas, porque la verdadera igualdad de los sexos había sido adquirida hacía largo tiempo. Eran oscuras y graciosas, como civilizados salvajes, pensó Winters.

## IV - ¡Conflicto!

Pronto llegó un grupo de hombres, y la sala comenzó a llenarse de gente joven, hablando en voz baja y mirando de vez en cuando hacia la puerta según iban llegando nuevos individuos. Winters examinó la reunión con gran interés y reflexionó que, a excepción de Thorley, ninguno de ellos habría tenido acceso a la alta sociedad en el siglo XX. Vistos en conjunto, parecían más marroquíes o hindúes que hombres blancos. Unos pocos minutos antes de la hora fijada, Thorley, Starfax, Antar y Eric entraron y cerraron la puerta.

—Estamos todos aquí, los setenta y dos —dijo Eric—. ¡Podemos empezar!

Starfax y Thorley comenzaron a dar toda clase de equipos del armario, mientras Eric pasaba revista a los reclutas, asegurándose de que estaban cargados de manera equitativa.

Finalmente levantó su mano demandando atención.

—Empezaremos ahora —dijo tranquilamente—. Debemos estar juntos y dirigirnos a la puerta sin detenernos. Por supuesto, no se hablará en absoluto. Todos debéis caminar lo más silenciosamente que podáis. Llevaréis a punto los tubos de rayos y debéis estar dispuestos a matar sin compasión a cualquier persona que observe nuestra partida. Puede que os parezca brutal, pero recordad que el futuro de la raza humana depende de ello. ¡Por una causa así, unas cuantas muertes son un pequeño sacrificio!

Cautelosamente abrió la puerta y les condujo hacia la calleja. No se divisaba un alma cuando llegaron a la avenida curva paralela a las murallas, y enfilaron la calle que conducía a la puerta exterior. Winters y sus cuatro amigos iban en cabeza y los otros les seguían silenciosamente, en filas de cuatro o cinco. Sobre la puerta no había ninguna luz. Observando esto, la procesión se detuvo indecisa.

—Puede haberse ido por causas mecánicas —susurró Starfax dubitativamente—; pero si es así, sería la primera vez que sucede en varios años.

—Debemos continuar, sea cual sea la razón.

Avanzaron cautelosamente, esforzando la vista para penetrar la oscuridad de la puerta. Nadie se alarmó hasta que llegaron a unos centenares de pies. Entonces enormes focos iluminaron repentinamente la escena, y desde las casas a ambos lados se abalanzó una masa de hombres, mientras un grito procedente del otro extremo de la calle advirtió a los desertores que estaban acorralados.

—¡Cargad y atravesad sus filas! —gritó Thorley atronadoramente.

Los tubos de rayos fueron utilizados. Unos pocos hombres en las filas enemigas cayeron al suelo, pero eso fue todo. Una fina y borrosa niebla roja se formó ahora entre los dos grupos. Winters comprendió que el enemigo también usaba rayos y que las fuerzas opuestas se disipaban al encontrarse en el espacio. Miró por encima de su hombro y observó que la retaguardia estaba ocupada de forma similar con los enemigos a sus espaldas. Durante varios minutos las tres fuerzas permanecieron sin moverse, separadas por los brillantes velos de niebla. Era un callejón sin salida.

Eric y Thorley discutían tranquilamente el problema.

—En media hora nuestros tubos estarán vacíos —dijo Eric—, mientras que ellos pueden obtener todos los repuestos que necesiten.

—Sólo podemos hacer una cosa: cargar y atravesar sus filas.

—¿Peleando con las manos?

—¿Con qué otra cosa? Los tubos de rayos se neutralizarán unos a otros. A cubierto de la pantalla de fuerzas podemos lanzarnos sobre ellos, y quizá pasar al otro lado.

A una señal, el grupo avanzó hacia la puerta y echó a correr. Dando fuertes gritos, se abalanzaron sobre los defensores y comenzaron a golpear y a empujar. La enorme masa de Thorley vencía toda resistencia. Había avanzado media docena de yardas antes de ser detenido. Únicamente su fuerza de toro le permitió retroceder peleando y reunirse con sus compañeros. Después de cinco minutos de furiosa pelea, comprendieron que estaban siendo rechazados.

Eric dio una orden y retrocedieron, dejando otra vez un espacio entre los dos grupos y cubriéndose con una barrera de rayos. El grupo del otro extremo de la calle no se había movido de su posición. Era evidente que estaba allí con el único propósito de impedir su retirada.

Entonces se observó un movimiento entre los defensores, y una gran máquina fue empujada sobre ruedas hasta las filas delanteras. Sobre ella estaban encaramados tres hombres.

—Es el fin —dijo Thorley tranquilamente—. Eso es el rayo calorífero. A esta distancia nos borrará de la existencia en un segundo.

Eric estaba desalentado, con la cabeza baja.

—Lo siento —dijo—. Hemos sido traicionados, y me temo que sé quién es la responsable.

—No querrás decir…

—Sí, Jaina. Quizá ella pensó que, después de todo, me forzaría a entrar en las máquinas de sueños.

En aquel momento la atención de Winters se sintió atraída por el ruido de una puerta en una casa a su lado.

—¡Mirad! —gritó, sujetando el brazo de Eric, mientras media docena de tubos de rayos giraban alertas en la dirección que señaló.

En la negra hendidura apareció… ¡Jaina! Involuntariamente Eric dio un paso adelante y se detuvo de nuevo confundido, porque en los brazos de la muchacha había una cosa redonda grande y pesada que la hacía avanzar con dificultad. Thorley dio un grito de alegría.

—¡Una bomba atómica de efecto mínimo! Ahora estamos salvados. Rápido, Starfax, Bentall. Ayudadme.

Los tres se acercaron a Jaina y la relevaron de su carga. Después ella se lanzó a los brazos de Eric.

—He estado ahí todo el tiempo, por si acaso... Se suponía que serías capturado y colocado junto a mí en el Palacio de los Sueños —Winters la oyó sollozar—. Pero cuando no pudieron capturaros vivos y trajeron el rayo calorífero, no pude soportar pensar...

Eric ahogó sus rotas palabras contra su hombro.

—Ven, querida —dijo—. Nos matarán a todos si no nos damos prisa.

Thorley había colocado la bomba sobre su pedestal de tres patas, y miró a sus espaldas hacia el pequeño y compacto ejército para asegurarse de que estaba listo:

—Cuando explote debemos lanzarnos sobre ellos. Es nuestra última oportunidad.

Tocó un pequeño tornillo, y durante un instante pudo oírse un suave silbido de aire. Después el compacto y feo artefacto giró en el aire, cayendo sobre los defensores apiñados en la puerta, mientras toda la fuerza de los desertores se lanzaba rápidamente al suelo. Hubo un relámpago cegador y un bramido que privó completamente a Winters de su oído durante cinco minutos. Vio cuerpos lanzados al aire y sintió que el pavimento se ondulaba y se elevaba bajo él. Toda la fachada de un edificio se inclinó hacia adelante y cayó en el gran agujero creado, rellenándolo casi por completo. A continuación todos se pusieron en pie como pudieron, y el grupo corrió hacia adelante desesperadamente, con los rayos fijos sobre los pocos defensores que aún quedaban.

Las pisadas que resonaban a su espalda prestaron velocidad a los desertores. Jadeando, cruzaron la puerta y se adentraron en la oscuridad de la selva. Después de un minuto Winters miró hacia atrás y comprendió que la persecución se había detenido. Eran libres.

¡Qué extraña sensación caminar por la gran autopista, que reflejaba con un brillo débilmente azul la luz de las estrellas, y ver las pesadas sombras de los bosques siguiendo un paso vagamente definido, que terminó a corta distancia en un pequeño claro. Una gran sombra oscura casi llenaba el claro, y Eric desapareció en su interior. De repente apareció luz en una docena de ventanas. Winters percibió que la luz venía de una nave voladora. Todo el grupo se apelotonó dentro, feliz por el éxito de su empresa, pero sombrío por el terrorífico coste en vidas humanas que había sido necesario para conseguirlo. La cabina era lo bastante grande como para contenerlos a todos, aunque tenían que apretarse como sardinas. Starfax tomó el control, mientras la nave despegó y se dirigió hacia el norte por encima del verde bosque.

—No me dijiste nada de esto —dijo Winters a Thorley.

—No. Hasta esta mañana no estuvimos seguros de que podríamos robar la nave. Además, cuantos menos conozcan un secreto, mejor guardado estará.

—¿Estamos todos aquí o hubo algún herido? —preguntó Antar.

Hubo un recuento general de cabezas. En la abarrotada cabina se oyeron agudas exclamaciones, y una voz de mujer comenzó a gritar penetrantemente: «¡Steuben! ¡Steuben!», sin respuesta. De los setenta y dos, siete habían desaparecido. Evidentemente habían sido muertos o heridos cuando la bomba atómica hizo explosión, porque no se había observado caer a ninguno durante la pelea. Steuben era esposo de una de las mujeres; los demás se agruparon alrededor de la viuda, ofreciéndole todo el consuelo y simpatía que pudieron.

Starfax hizo girar la nave hacia el oeste, y Winters, mirando sobre su hombro, observó en el mapa que su destino estaba marcado por un círculo cerca del extremo occidental del Lago Superior. Después de hora y media comenzaron a descender y aterrizaron silenciosamente en un espacio abierto, rodeado por árboles y arbustos. Todo el mundo estaba feliz de salir y estirarse cómodamente sobre tierra firme, porque el tiempo era templado y la noche magnífica. Winters cayó instantáneamente dormido.

Cuando despertó, el sol estaba alto en el cielo. Asombrado, contempló una escena de furiosa actividad. Starfax tenía en funcionamiento sus dos máquinas atómicas fabricando piezas y viguetas de acero para una especie de gigantesca construcción, cuya materia prima era proporcionada por dos docenas de hombres apaleando tierra y gravilla dentro de los embudos.

A la caída de la tarde la enorme máquina, movida por energía atómica, estaba completa. La noche la pasaron como la anterior al aire libre, aunque la nave les hubiese proporcionado asilo si hubiese llovido.

Al día siguiente Winters pudo contemplar la ciencia mecánica del siglo CL funcionando a toda marcha. Un grupo se afanaba alrededor de las dos pequeñas máquinas, evidentemente fabricando partes para una segunda máquina grande. Pero el resto de la colonia estaba ocupado construyendo las murallas de su nueva ciudad. La máquina tenía quizá veinte pies de altura. Era cuadrada y sólida, y se movía sobre cadenas, como un tanque de los tiempos antiguos. Un cinturón de palas cogía la tierra y las piedras de la carretera en la parte delantera, y este material salía por la parte de atrás transformado en cubos metálicos. Bajo la dirección de Thorley, éstos eran colocados para formar una muralla de altura constantemente creciente. A la caída de la noche los hombres trabajaban sobre un tejado de lámina mecánica. El área total encerrada por la estructura abarcaba la nave y unos acres. La noche siguiente vio la obra terminada y un gran espigón inclinado, erigido sobre el tejado para alejar la posibilidad de una bomba atómica, según le explicó Starfax.

Al tercer día de su fuga, sin embargo, los recientes excesos de Winters se hicieron sentir. Antar, después de un cuidadoso examen, anunció que Winters tendría que descansar tranquilamente unos días y que le haría dormir. Winters vació una taza de una medicina de sabor amargo y se hundió en la inconsciencia.

La condición física de Winters era más seria de lo que había sospechado; por tanto, se perdió la terminación de la ciudad fortificada en la selva. Antar se había puesto a trabajar en la fabricación de una delicada máquina de producción atómica, capaz de los refinamientos del contenido químico de las secreciones necesarias para crear medicinas sintéticas. Mientras trabajaba en este aparato había continuado drogando a Winters, en la creencia de que aquel que duerme es su propio médico. Pasó una semana completa antes de producir la medicina que necesitaba, y después de tres días de cuidadosas inyecciones, los ojos de Winters se abrieron a un mundo transformado.

Donde una vez había estado la selva se encontraba ahora una ciudad compacta, de un diámetro de un cuarto de milla. No era bella, excepto en la medida en que la pura utilidad produce belleza, pero sí una verdadera maravilla de buen diseño. Una muralla protectora de una sustancia semejante al cristal corría por el interior de la capa de metal. A éste se le podía comunicar una enorme carga eléctrica, suficiente para repeler cualquier misil que se aproximase. La ciudad estaba cubierta por un gran



Librodot

espolón de vidrio pesado, calculado para desviar explosiones de bombas o cargas. Enormes máquinas cuadradas de rayos caloríferos estaban montadas en la muralla para contener a distancia a los atacantes. Starfax y Thorley habían inventado una especie de ametralladora, que lanzaba pequeñas bombas atómicas a gran velocidad.

Las murallas no eran altas: unos doce pies quizá. A su alrededor fueron plantados árboles de rápido crecimiento, que Antar había fertilizado con abonos artificiales químicos. Desde una distancia pequeña, ya era difícil determinar si una ciudad se ocultaba detrás de lo que parecía ser una mata de arbustos.

La ciudad estaba trazada en círculos concéntricos: primero los edificios, luego las avenidas y un segundo círculo de edificios; después otra avenida y un tercer círculo de edificios. El centro estaba vacío y plantado, de momento, de árboles de sombra formando un agradable y pequeño jardín.

—¿Cuánto tiempo dices que he dormido? —preguntó Winters mientras sus cuatro amigos le llevaban a este espacio abierto el día que despertó.

—Diez días.

—¡Imposible! ¿Cómo has podido hacer esto en un tiempo tan corto?

—¡Ja, Ja! En realidad, la edificación de la ciudad nos llevó tres días —replicó Eric—. Lo que llevó tanto tiempo fue el trabajo de construir las máquinas necesarias.

Mientras estaban allí, una mujer se acercó. Era Jaina. En su rostro había una expresión que los otros nunca habían visto.

—¡Oh, Eric! ¡Soy tan feliz aquí! Yo antes tenía miedo de las cosas que podrían suceder por simple casualidad. Bien, ahora me encuentro a la espera de que pase algo excitante. ¿Cómo estás, Winters? Me alegro de que te encuentres de nuevo despierto.

Apoyó su cabeza sobre el hombro de Eric y colocó el brazo de éste alrededor de su hombro, como tantas esposas habían hecho antes y harían después, ahora que la raza había colocado unos nuevos cimientos para su existencia.

—¡Después de todos tus viajes a través de las eras, estarás contento de asentarte al fin y vivir cómodamente rodeado de amigos!

—No estoy seguro... Esta ha sido una estremecedora aventura, por supuesto, y me siento tremendamente interesado en su resultado. ¿Pero no es bastante seguro ahora que la ciudad está construida y fortificada que triunféis?

—Sí —contestó Thorley cuadrando sus enormes hombros—. Creo que ahora nos podremos sentir bastante seguros.

—Entonces... me gustaría continuar y averiguar qué sucede a vuestros descendientes. No puedo soportar el pensamiento de una vida monótona y agradable año tras año. Además...

—¿Además qué, incorregible? —Eric se rió.

—No me quedan muchos años de vida. Si paso esos años cada mes en una época diferente aprenderé más, veré más. Todavía tengo que averiguar la meta que aguarda al final de esta lucha de los humanos.

—Entiendo lo que dices, Winters —dijo Thorley con un estremecimiento; pero en cuanto a mí, no quiero más sueño que el que traiga la noche. La gente de esta era hemos tenido bastantes sueños.

Los demás expresaron su conformidad con esta postura.

—No puedes soportar el esfuerzo físico hasta dentro de una semana o dos más —añadió Antar—. Y cuando vayas hacia tu largo sueño, prepararé drogas y estimulantes.

—Y yo construiré tu cámara de plomo bajo tierra —ofreció Thorley.

—Yo me comprometo a construirte un motor atómico que funcionará cinco mil años —dijo Starfax.

—Sois todos muy buenos. ¿Qué haréis Jaina y tú, Eric?

Eric se volvió a su mujer y sonrió cariñosamente.

—Haremos lo que podamos para que tus últimos días aquí sean tan agradables como sea posible, anciano —dijo Jaina dulcemente.

De los cuatro regalos, Winters no estaba seguro que el último no fuese el más valioso.

Tres semanas más tarde, los preparativos estaban terminados. La entrada a la cámara había sido excavada debajo del suelo de un dormitorio en el apartamento de Eric. Nadie, excepto ellos cinco, conocía su localización exacta, puesto que el trabajo había sido llevado a cabo por máquinas atómicas, atareadas paletitas que excavaban la tierra y la convertían en plomo, y luego en aire, que no dejaba trazas de los detritus de la excavación. Por tanto una tarde, después de una cena en la que estuvieron juntos los seis amigos, Winters se levantó tranquilamente y fue hacia la puerta, observando el resplandor del cielo a través de la cúpula de cristal transparente que encerraba la ciudad.

El no era astrónomo, pero podía percibir una ligera familiaridad en las constelaciones. Abajo en el horizonte aparecían estrellas que no recordaba haber visto nunca en su juventud, trece mil años antes. Y sobre su cabeza había algunos pequeños cambios, aunque no podía localizarlos con exactitud. ¡Ah! Allí estaba uno. Sirio no se encontraba ya en el lugar donde acostumbraba. Sin duda había otras diferencias, y todavía habría más la próxima vez que mirase al cielo. Winters suspiró profundamente y volvió a la habitación para despedirse de todos. Sus amigos le dieron las manos solemnemente, porque él les había enseñado este antiguo gesto de amistad. Jaina lloró un poco.

Después, con una diminuta linterna eléctrica en la mano, descendió por los peldaños de piedra, cerró la puerta y colocó la pesada barra de aluminio y acero sobre sus goznes. Mientras lo hacía, podía oír la máquina atómica trabajando arriba, zumbando y rechinando, colocando la losa de metal y el suelo sobre el túnel para separarle del mundo superior... quizá para siempre.

## LIBRO CUARTO - LOS INDIVIDUALISTAS

### I - Las máquinas vivientes

En el establecimiento de Meanus era día de fiesta. El pequeño Vard se encaramó sobre el tabique de separación, y se hubiese caído si algunos de los niños mayores no se hubiesen encontrado allí. Trogly, que tenía veinte años, había tomado tranquilamente posesión de una máquina viviente y se había lanzado a ver el enorme y ancho mundo, un proyecto que durante los últimos seis meses había deseado con impaciencia tener la oportunidad de

llevar a cabo. Por tanto, la responsabilidad de la casa recaía sobre el joven Bork y sobre la muchacha Farinda.

En el año 20.000 después de Cristo, esta tarea era menos difícil de lo que podría pensarse. En primer lugar, la comida y la bebida eran producidas automáticamente por la máquina viviente con el simple toque de un botón. El control de la temperatura y de la humedad en las habitaciones estaba solucionado de manera similar por los motores atómicos casi indestructibles, que se encontraban en el cuarto de energía. Quedaba poco por hacer, excepto la educación de los otros niños, y la biblioteca audiovisual hacía que dicha tarea fuese una discusión.

—Pero, ¿dónde ha ido Meanus? —preguntó Farinda a Bork.

—Seguramente recuerdas ese registro histórico que leímos la semana pasada sobre Winters, el hombre del pasado.

—Sí. Empezó a dormir hace dieciocho mil años y despertó tres veces. Este año despertará de nuevo.

—¡Exactamente! Meanus quiere traerlo aquí para estudiarlo, quizá para que engendre.

—¡Oh! Pero ellos no saben dónde está durmiendo, ¿verdad?

—Conocen el emplazamiento de la primera ciudad después del Éxodo. Fue enterrado en algún lugar bajo esa ciudad.

—Pero entonces..., ¿cuándo volverá Meanus?

—Quizá no vuelva en varios días. Será mejor que echemos un vistazo a las crías esta tarde.

Los dos jóvenes recorrieron lentamente el edificio, mirando en todas las habitaciones, porque había varias docenas de niños que vigilar; terminaron su vagabundeo ante una puerta cerrada, que abrieron. En el interior había un conjunto de estanterías sobre las cuales estaban colocados gigantescos tarros de cristal. Cinco de aquellos grandes recipientes contenían bebés, todos menores de un año. Estaban colocados sobre unas telas mantenidas tensas por dos rodillos que giraban lentamente. Cuando entraron, una fina ducha de agua tibia comenzaba a caer en cada tarro, porque era la hora del baño. Esto fue seguido por el silbido de chorros de aire caliente. Una vez secos, los bebés comenzaron a palpar los costados de los tarros en busca de los tubos que les alimentaban y a chupar alimento, ya satisfechos.

Sin embargo, uno de los cinco no reaccionó normalmente. Frunciendo el ceño, Bork accionó una palanca de control, que le permitía mover el tubo de un lado a otro en el interior del tarro. Consiguió meter el extremo del tubo en la boca del bebé; pero después de un momento, éste lo escupió y, aunque ningún sonido era audible en el exterior del tarro, era evidente que estaba llorando.

—No puedo imaginar por qué lo conserva Meanus —dijo el muchacho calmosamente—. Se ha alimentado de una forma anormal desde que salió de la incubadora.

—Oh, supongo que se ha tomado muchas molestias para criarlo hasta ahora, y antes de destruirlo, querrá ver sus reacciones —respondió Farinda—. Después de todo, ahora mismo sólo tiene cinco experimentos en marcha.

Bork gruñó a modo de réplica y se asomó un momento por una mirilla de cristal al interior de la incubadora. Podían verse una docena de botellas de varios tamaños llenas de líquido, y en cada una un embrión humano en progresivas fases de desarrollo.



Librodot

—Aquí todo parece estar bien, como de costumbre. Volvamos a la biblioteca.

Pero Farinda le miraba con una expresión peculiar en sus ojos. Movió la cabeza con obstinación.

—Has estado haciendo todo el día lo que querías —dijo—. Ahora yo voy a hacer lo que quiera. Estoy cansada de estar contigo.

Bork se encogió de hombros indiferentemente y salió al corredor, mientras la muchacha esperaba hasta que él desapareció de su vista para dedicarse a sus propios asuntos, porque el niño es el padre del hombre, e incluso el niño de aquella era encontraba a veces su propia compañía preferible a ninguna otra.

A mil millas de distancia, Meanus —atezado y cuello de toro— hacía cínicas muecas ante una señal colocada en la muralla de una antigua ruina. Sus labios separados mostraban las aserradas encías rosas y blancas que habían reemplazado hacía largo tiempo a los dientes humanos.

—«Los adultos están avisados de que el hombre llamado Winters es para mi laboratorio» —leyó en voz alta.

—¡Si Hargry piensa que voy a hacer caso de una tontería como ésta, debe estar loco! —exclamó, y repentinamente miró a su alrededor, porque había oído un ligero ruido.

Un extraño que nunca había visto estaba sentado en el centro de una enorme y complicada estructura, evidentemente capaz de volar, puesto que había llegado por el aire.

Meanus dio un paso hacia su pequeña nave, y los dos seres permanecieron vigilándose en silencio.

—¿Tú también quieres a Winters? —preguntó Meanus salvajemente.

—Deseo verle y examinarle por un momento —replicó una voz de mujer—. ¿Y tú?

—Quiero hacer algunos experimentos con él.

—Bien, quizá tengamos que esperar algún tiempo. La hora de su despertar es absolutamente desconocida.

La enorme máquina se elevó ligeramente en el aire y se posó a unas cien yardas de distancia, detrás de un grupo de árboles bajos y achaparrados. Meanus gruñó con impaciencia y se dispuso a explorar las ruinas. Las antiguas murallas estaban grises y desgastadas por el tiempo. En el interior de los decrépitos edificios se veían en todas direcciones polvo y desechos acumulados. Pero tenía que recorrer una milla cuadrada, y pronto la inutilidad de su búsqueda impulsó a Meanus a detenerse y regresar junto a su nave. «Ya habrá tiempo, pensó, cuando Winters salga a la luz del sol.»

La nave en la que Meanus había llegado era quizá de doce pies de longitud y cuatro de anchura, justo la altura suficiente para sentarse en el interior. En la cola había un espacio para almacenamiento, y en el techo podían verse las dos ruedas al vacío que, girando a un velocidad aterradora, provocaban una continua succión, capaz de arrastrar la nave hacia adelante. El motor atómico era de un tamaño insignificante: un cuadrado de seis pulgadas, pero alcanzaba casi dos mil caballos de energía y funcionaba durante una semana con unas cuantas onzas de roca en polvo. Meanus entró en la cabina y se sentó impaciente en el asiento del piloto, vigilando la ciudad en ruinas por las escotillas de observación.

Así sucedió que cuando llegó Valendum encontró dos personas esperando. Venía directamente de su laboratorio de embriología, ansioso de asegurarse



Librodot

al anciano Winters para sus propios fines, que no eran precisamente convencionales. Al lado de su laboratorio había una cisterna gigantesca, de unas doscientas yardas de largo. En ella nadaban extraños seres con aletas, medio humanos. La gloriosa ambición de Valendum era producir una raza que poblase las aguas del globo, igual que la gente ordinaria poblaba la tierra. Para este fin quería experimentar con embriones descendientes de Winters, a quien consideraba de sangre mucho más cercana a los anfibios originales que ningún material humano con el que hubiese trabajado hasta la fecha.

Valendum reconoció la nave de un colega biólogo, y rápidamente dejó caer una bomba sobre ella. La explosión hizo subir polvo a gran altura en el aire y formó una desgarrada cavidad en la nave de Meanus, pero no la inutilizó. En cinco segundos las dos naves dibujaban círculos en el aire, intentando alcanzarse mutuamente con sus rayos caloríficos. Así sucedió que ninguno advirtió la llegada de Hargry.

Quizá fuese natural que los biólogos fuesen los primeros interesados en el advenimiento de Winters. Para un químico, un físico o un músico sólo era un salvaje famoso, que maravillosamente aparecía vivo, procedente de los oscuros períodos de la historia antigua. Para el biólogo y creador de humanos, era un chorro de sangre nueva, un premio por el que valía la pena pelear. En este tiempo, desear equivalía a coger, y los derechos de los demás eran asunto de los demás. Se trataba de un mundo de gigantes, de dioses. Los hombres pequeños no tenían lugar ni placer en él..., si es que se les permitía crecer o si, desarrollados por casualidad, se les permitía alcanzar una edad adulta, pues los seleccionadores pocas veces exponían a la observación de los demás cualquier humano que pudiese ser considerado como un fallo.

Hargry era el más despiadado y al mismo tiempo el más inteligente de todos los biólogos experimentales. Creó a Oagla, el curioso genio que, a la edad de doce años, había diseñado la enorme máquina bélica en la que Hargry se aventuraba al exterior. De cerca de mil pies de altura, se sostenía sobre tres patas de viga de acero, que podían transportarla sobre el suelo a ciento cincuenta yardas en cada zancada, bajo el impulso de sus poderosos motores atómicos. En un palacio de acero, en la cumbre, Hargry dirigía su máquina y, si lo deseaba, comía y dormía allí en perfecta seguridad y comodidad durante semanas sin fin.

Hargry necesitaba a Winters para engendrar y, después de eso, para la mesa de operaciones, de forma que pudiese satisfacer concienzudamente su curiosidad sobre las evoluciones producidas en los últimos veinte mil años. Estuvo aquí hacía una semana. Después de esperar una hora, tras colocar su aviso, se había marchado. Ahora observó con disgusto que había tres personas en la ciudad en ruinas, y aumentó su velocidad.

En una cámara forrada de plomo, a cincuenta pies por debajo de la ciudad en ruinas, las lámparas ultravioleta y los rayos X funcionaban desde hacía tres días, y la figura de rostro cerúleo que yacía en el lecho se había estremecido varias veces. El tubo de medicina había vibrado dos veces con su medido flujo de estimulantes, y finalmente el brazo de Winters se levantaba con debilidad, apartándolo de la boca donde había descansado durante cincuenta siglos. Suspiró y abrió sus ojos fatigadamente. Durante media hora permaneció allí quieto, mirando al techo. Después, con la luz de

la razón brillando una vez más en sus ojos grises, balanceó sus pies hasta el suelo y se incorporó temblorosamente.

Los tres días de sueño drogado y de estimulantes nutritivos habían producido el milagro en sus desgastados tejidos. Sintió que sus fuerzas volvían lentamente, mientras se procuraba ropas de la caja al vacío y abría la puerta de su cámara forrada de plomo. Una vez más, el viejo escalofrío del descubrimiento corrió por sus venas. Allí arriba habría escenas nuevas, nuevos acontecimientos en la épica de la humanidad, listos para que él los estudiase y meditase sobre ellos.

Ascendió unos cincuenta pies por los escalones y tiró de la palanca que su amigo Eric, muerto hacía largo tiempo, había colocado para él. Instantáneamente apareció una grieta de luz, que creció y se convirtió en una abertura cuadrada a través de la cual subió lenta y laboriosamente. Se encontró en una pequeña habitación cubierta de polvo; por simple precaución instintiva, se acercó a la esquina de la habitación y puso su pie sobre el suelo, viendo cómo la enorme losa se deslizaba suavemente otra vez a su posición. Se maravilló de la perfección del encaje: perfecto después de todos aquellos siglos. Ociosamente pasó su manto sobre el polvo para borrar las huellas. Sorprendido, vio que no podía haber dicho dónde estaba la grieta.

A trompicones pasó a la otra habitación y se detuvo en el umbral de la puerta, guiñando los ojos ante el fuerte sol y maravillándose ante la ruinosa y descuidada apariencia de aquella ciudad, en un tiempo nueva y floreciente. Una vez más —reflexionó tristemente— un nuevo grupo de amigos había llegado a su vida y había desaparecido para dejarle nostálgico miles de años más tarde. Pero pensamientos más prácticos llegaron a su mente. Aquélla era una ciudad largo tiempo desierta. Tenía escasa comida y ningún medio de transporte. Debía lanzarse inmediatamente a buscar gente que supliese esta falta.

Como había presenciado la construcción de la ciudad, conocía todas sus calles; por tanto, no dudó en absoluto sobre el curso que debía tomar, y caminó por la avenida buscando una gran plaza. Mientras lo hacía, oyó una gran explosión en el aire. Se volvió sobresaltado, viendo sobre los edificios a su derecha una torre Eiffel con patas, que corría hacia dos naves voladoras. Grandes tentáculos enrollados estaban medio desplegados para capturarlas.

Observó que las naves estaban más atentas a su pelea que a resguardarse del ataque. La estructura de acero agarró una nave y la lanzó contra el suelo, aplastándola. Después de esto, la otra nave lanzó un explosivo contra el gigante y comenzó a describir círculos en el aire como si se dispusiese a atacar; mientras Winters, boquiabierto entre la descuidada barba que cubría su rostro, observaba la escena, la segunda nave se acercó demasiado, siendo golpeada y rota por la mitad por la punta de un tentáculo móvil. Mientras caía lejos de su vista, una aterradora explosión envió una enorme nube de polvo hasta la cintura del gigante.

Pero en aquellos tiempos de perfección mecánica, los metales eran maravillosamente fuertes. La primera nave, sacudida y rota, todavía podía volar. Se elevó torpemente entre la nube de polvo y emprendió vuelo hacia el oeste, con la máquina gigante persiguiéndola tenazmente, pues su vuelo bajo y lento sugería a Hargry una captura fácil. De hecho, pasaron diez minutos antes de que un flagelante tentáculo de metal la lanzase contra el suelo, donde un enorme pie la convirtió en una masa informe.

Mientras tanto, Winters se acercó cautelosamente a la escena del reciente combate y permaneció fuera de la zona de los edificios, mirando un gran agujero en el terreno. El polvo se había posado sobre los árboles, dándoles un color blanco grisáceo. Por un minuto o dos no advirtió a la mujer de la enorme máquina viviente. Su rostro calmoso y tranquilo disipó sus primeros miedos y se aproximó más, mientras ella a su vez le estudiaba con gran atención. Ruedas, cables y discos relucientes salían de su asiento. La máquina se extendía a su alrededor, una docena de pies a cada lado. Observada más cercanamente, su terrorífica complejidad se hizo más evidente. Aquello era un laberinto de aparatos, sin significado para Winters. Repentinamente la mujer asintió.

—Esto te deja perplejo —decidió como si estuviera pensando en voz alta—. ¿Por qué? ¿Qué podría ser más sencillo? Comparado con el mismo aparato en tu país y en tus propios tiempos, es una maravilla de simplicidad.

—¿El mismo aparato... en mis tiempos?

—Sí. Les llamabais ciudades —explicó ella—. Y eso es esto esencialmente. Es verdad que en cada ciudad había muchos miles de personas. Supongo que no habría muchas ciudades... Nosotros tenemos una ciudad por cada habitante. Pero por lo demás, me imagino que son muy parecidas.

Su oyente hacía signos negativos, con el asombro escrito en todos sus rasgos.

—¿Cómo se explica que esto sea una ciudad? —preguntó.

La extraña se le quedó mirando; luego frunció el ceño. Después de un momento de silencio sonrió otra vez y movió la cabeza.

—Algunos de vuestros investigadores sostienen que vosotros no comprendíais vuestras propias instituciones —dijo—. La mayor parte de nosotros pensábamos que ésta era una idea arriesgada, pero evidentemente es la pura verdad.

Miró duramente a Winters.

—Resulta interesante pensar sobre ello —le dijo—. ¿Qué es entonces una ciudad? ¿Un lugar donde las casas albergan a la gente? No, en absoluto. Es una máquina, una cosa compleja, casi viva en el sentido animal de la palabra. La energía es transmitida por nervios de cobre. El agua viaja por arterias subterráneas. Los alimentos pasan por las cocinas, donde son preparados, y viajan hasta los ciudadanos necesitados de subsistencia. El teléfono y la televisión conectan a las unidades separadas formando un todo, como si fuesen nervios. Esto es una ciudad en su aspecto más amplio, ¿no es así?

—Supongo que puedes considerarlo así —replicó Winters.

—Piensa en los servicios especializados de una ciudad. Son miles. Mi propia ciudad no es el último modelo, pero —miró a su alrededor con un ligero orgullo— me atrevo a decir que ni siquiera bajo el Cerebro hubo tantas comodidades a mano en una ciudad. Primero, hay un sistema completo de agua, alimento y evacuación. Toda la comida es sintética, por supuesto, y un pequeño suministro de reserva está almacenado en la eventualidad, no muy verosímil, de un problema con la maquinaria. Trajes, materiales para escribir y cosas parecidas, consumidas de cuando en cuando, son producidas por diminutas unidades industriales de manera continua. Los artículos permanentes son casi indestructibles. Yo no tengo ningún deseo que no pueda ser satisfecho por un botón. Y además mi ciudad puede viajar por el aire, sobre el suelo y, si lo desease, sobre las superficies de las aguas.



Librodot

—Pero, ¿cómo es posible eso? Aprietas un botón, y entonces, ¿qué?

—A decir verdad, eres muy infantil. ¿Puedes comprender que, a partir de una materia prima cualquiera, la química automática produce cualquier combinación de elementos que se desee?

Winters asintió dubitativamente. Algo así se había desarrollado cinco mil años antes, pero no lo recordaba de un alcance tan completo.

—Entonces, ¿qué sería más sencillo? El canal de recogida absorbe cualquier materia prima que esté a mano: agua, aire, tierra... y los botones controlan la naturaleza del producto acabado.

—¿Y la energía? —preguntó Winters algo confuso.

La mujer se le quedó mirando.

—Seguramente los motores atómicos son lo suficientemente viejos en el mundo hasta para ti —dijo. Siguió un minuto de silencio.

—Yo soy una historiadora —añadió ella casi para sí misma—. Imaginé que podría ser interesante verte, pero me equivoqué.

—Pero yo también soy un historiador —dijo Winters.

Ella movió la cabeza y sonrió.

—Un historiador es valioso sólo cuando transpone el pasado en términos del presente. Tú eres la propia historia y tienes que ser explicado por los historiadores. Pero me temo que hemos sobrestimado la habilidad mental de vosotros, los antiguos.

—¿Y qué hacéis cuando queréis compañía? Veo que todos estáis solos.

La extraña le miró, y su oscuro rostro se oscureció todavía más.

—¡Compañía! ¿Estás loco? ¡Es la tontería más grande de todas! Una persona puede estar sola, viviendo tranquila y cómodamente sin tener que soportar a otra gente.

—Pero... ¿no os gusta la gente?

—Veo que no conoces los rudimentos de los valores de la vida. En vuestros días os veíais obligados a buscar en otra gente los alimentos, los trajes, el alojamiento y, de hecho, todo lo que necesitabais. Ahora nosotros no tenemos que hacer esto. En vuestros días os engañabais pensando que os gustaban las calles atestadas de gente. Pero un gusto semejante no es natural en el animal humano, y hemos desterrado su presencia.

—¿No tenéis esposos y esposas?

—Por supuesto. Esas son cosas de niños. Cuando nos hacemos adultos, abandonamos los placeres infantiles y salimos al mundo.

Winters caviló sobre esta contestación durante un minuto, pero se sintió sobresaltado cuando la enorme «ciudad-máquina» se elevó abruptamente en el aire y desapareció sobre los árboles. Todavía estaba preguntándose qué pasaba, cuando un grueso cable de acero se enroscó suavemente sobre su cuerpo y le elevó forcejeando a mil pies de altura en el aire, depositándolo sobre una estrecha plataforma en la misma cima de la estructura. Una puerta se abrió, y el tentáculo de metal le dio un empujón que le envió a gatas al interior. Entonces la puerta se volvió a cerrar de golpe detrás de él.

Pasaron unos cuantos segundos antes de que se recobrase lo suficiente como para ponerse en pie y mirar a su alrededor. Estaba en el interior de una bóveda de acero, con un techo en forma de cúpula. La habitación medía fácilmente cuarenta pies de pared a pared y era circular. Al otro extremo de la habitación, bordeando la pared, corría un largo lecho de unos veinte pies. Cerca de éste se encontraban tres mujeres que le miraban salvajemente.



Librodot

Comenzaba a avanzar hacia ellas, cuando inesperadamente sonó una voz pesada y gruñona, procedente del techo.

—¡Quédate donde estás, Winters!

Levantó la vista, y en la cúspide de la cúpula vio una especie de ventilador con un asiento que colgaba por debajo. En éste se encontraba sentado un hombre gigantesco, de sólida armazón, con largos brazos y anchos hombros. Le contemplaba por las ranuras de observación, murmurando para sí mismo. De repente alargó una mano y tiró de una palanca. Hubo un silbido y el zumbido de un motor arrancando bajo los pies de Winters. Entonces Hargry se bajó con asiento y todo, deslizándose por el cable como una araña por su hilo, y se quedó contemplando a Winters con ojos penetrante. Sus piernas eran cortas y las enormes manos se abrían y cerraban convulsivamente.

—¡Así que has vivido durante miles de años y vienes a observarnos! ¿Qué piensas de nosotros? ¡La hormiga viene a criticar a los elefantes! —rió atronadoramente.

—No entiendo en absoluto lo que pasa —replicó Winters valientemente—. Yo soy un científico. He venido a pasar unos cuantos días estudiando vuestra civilización, y en su lugar encuentro salvajismo. ¿Qué quieres hacer conmigo?

—Primero, por supuesto, quiero utilizarte para criar. Después... creo que echaré un vistazo a tus entrañas, en nombre de la ciencia. En este momento, sin embargo, eres una molestia para mí. Mañana tengo que estar a medio mundo de distancia para cuidar de algunos experimentos, y no sé qué hacer contigo, Winters.

—¿Cómo conoces mi nombre? Esta es la segunda vez que lo has utilizado.

—No hay nada más sencillo. Toda tu historia es parte de nuestra historia racial. Está escrito que comenzaste a dormir hace cinco mil años, y desde hace un mes hemos estado esperando que te despertases... Pero no tengo más tiempo para escuchar tu infantil conversación. Estamos cerca de la ciudad del extraño, y te dejaré allí con él hasta que regrese. Estarás bastante seguro.

## II - La ciudad de los espejos

Con un brusco saludo apretó un botón y se elevó rápidamente en su asiento. Winters sintió que la plataforma se sacudía y se movía por debajo, como si la gigantesca estructura caminase sobre el suelo. Después de media hora, las mareantes sacudidas desaparecieron y la puerta de acero se abrió. Winters miró fascinado, y vio entrar al tentáculo de acero. Con un grito se apartó, pero el carrete metálico se enroscó como un relámpago a su alrededor, siendo arrebatado y descendido vertiginosamente hasta el suelo.

Se encontraba en una pequeña colina, y ante él se elevaban las murallas de una ciudad. Tenía casi cincuenta pies de altura y quizá un cuarto de milla de largo. Era de un gris plateado por el brillo de algún metal imbricado en la propia piedra de la estructura. El tentáculo le había liberado, pero descansaba en el suelo, detrás, como para impedir cualquier intento de fuga. Estaba perplejo en cuanto a lo que tenía que hacer, cuando desde el cielo le llegó un bramido semejante a una explosión.

—¡Entra en la ciudad, Winters!

Parecía no haber ninguna entrada; así que vacilando comenzó a caminar bordeando la muralla de la ciudad entre el azafrán que crecía por allí. Después de haber rodeado casi la mitad de las murallas, llegó ante una entrada labrada en cuadrado. Mientras tanto, el tentáculo de metal le seguía a su misma altura, deslizándose por el suelo como una gigantesca serpiente. Se alzó, empujándole hacia la puerta. Todo el paisaje era tan completamente solitario y desolado, que se estremeció. Desesperadamente pensó en intentar la huida, pero finalmente pisó el umbral. Una vez más la enorme voz llegó hasta él desde las alturas.

—¡Empuja la puerta, Winters!

Encontró que cedía al tocarla y que delante de él se extendía un pasillo vacío. Dio un paso hacia el interior e inmediatamente la puerta se cerró a su espalda. Ya no se abriría. ¡Estaba prisionero! Con el sudor comenzando a correr por su frente, Winters recorrió el pasillo y dobló la esquina. Allí se detuvo sin aliento. Ante él se veían miles de hombres en ordenadas filas, una tras otra. Todos le contemplaban fijamente con una sonrisa de bienvenida. Pero lo más asombroso era que Winters no podía distinguir uno de otro. Sus vestidos y apariencia eran completamente idénticos.

Aclaró nerviosamente su garganta.

—¿Quiénes sois? ¿Qué ciudad es ésta? —preguntó.

Diez mil brazos se alzaron, y todos contestaron al unísono, como un coro bien entrenado.

—Nuestro nombre es Humanidad.

Esto no iluminó precisamente al pobre Winters. Dio un paso o dos, y hasta aquel momento no advirtió que estaba separado de los habitantes de la ciudad por paredes de cristal. Extendió su mano hasta tocar una de ellas y miró con curiosidad a la figura situada detrás. Había algo ligeramente irreal en aquel grotesco asunto. ¿No serían aquellas láminas de cristal una especie de espejos?

—¿Por qué sois todos iguales? —se aventuró a preguntar.

Las imágenes en los pasillos de cristal se enderezaron orgullosamente. Sus voces se fundieron en una sola: el ronco y pesado murmullo de una muchedumbre:

—Sólo puede haber un Hombre Perfecto. Todos somos sus réplicas. En nuestra ciudad no hay inferiores.

«Entonces, pensó Winters, éstos son espejos.» Pero con repentino horror advirtió que los espejos no le reflejaban a él; sólo a los ciudadanos. ¿Es que él no existía? ¿Era un sueño? Oscuros y misteriosos pasillos se extendían en todas direcciones, bajo la clara luz blanca, llegando hasta la locura.

Diez mil ojos le contemplaban fríamente, diez mil labios se abrieron y diez mil voces hablaron:

—En nuestra búsqueda de la utopía, buscamos el mejor tipo posible. Lo encontramos. Todos los demás tipos fueron suprimidos. Pero entonces sólo quedó un hombre en el país; así que se inventaron estos espejos. Reflejan perfectamente la forma, la voz y hasta el pensamiento del Original, pero no reflejarán nada más. De este modo fabricamos diez mil ciudadanos. Mediante una selección cuidadosa, podríamos haber creado hombres de verdad, pero ¿para qué? De todas formas todos habrían sido idénticos al Original, a menos que fuesen menos perfectos. Todos habrían tenido el mismo aspecto, pensando y actuando en la misma manera. Habría habido además un despilfarro de alimento y de trabajo. Así que utilizamos la



Librodot

imagen, en lugar de la realidad. Si necesitamos más ciudadanos, construimos más espejos. Si hay exceso de población, retiramos algunos.

—Pero... pero... ¿Alguno de vosotros es el Original entonces? ¿Cuál es?

Los hombres-espejo parecieron asombrarse al unísono. Hablaron todos a la vez.

—No está aquí. Se encuentra detrás de los espejos. Algunos hemos pretendido ser Él. Muchos de nosotros lo hemos pretendido de vez en cuando. Pero no lo creemos. Sabemos que estamos hechos a su imagen; pero... no hablamos sobre Él.

Winters paseó nervioso por un pasillo, y después se detuvo otra vez. ¿Qué podía ser más inútil que seguir en una ciudad así? Había algo, sin embargo, que le dejaba perplejo.

—¿Cómo conocéis mi nombre y habláis lo que para vosotros debe ser inglés arcaico?

—Tu historia, Winters, ha sido enseñada en la Ciudad de la Juventud durante siglos. Inglés antiguo, el hablado en los días de tu juventud, ha sido un estudio popular durante los últimos veinte años en preparación de tu regreso.

La respuesta fue al unísono. Diez mil palabras y gestos pronunciados en una identidad absolutamente precisa. El cuerpo de Winters todavía no se había recobrado de su larga estancia bajo tierra y sus nervios estaban volviéndose irritables.

—Tengo que ver al hombre verdadero —gritó enfadado—. El resto sois fantasmas. ¡Dejadme salir de este maldito lugar!

Agitó los brazos salvajemente y volvió sobre sus pasos. Pero ahora resultaba difícil distinguir qué pasillo era cristal y cuál era verdadero. Chocó contra una pared transparente, rebotando contra otra. Airadamente, diez mil hombres dieron un paso adelante, y en una agonía de horror y de miedo, corrió al azar de espejo en espejo, golpeándose contra el resistente vidrio cuando menos lo esperaba y encontrando el camino libre cuando extendía la mano para explorar. Cayó al suelo, mientras la ciudad rechinaba a su alrededor. En su cabeza todo se oscureció y no recordó nada más.

Debía haber pasado una hora cuando se despertó y se sentó aturdidamente. Los habitantes del espejismo se habían desvanecido y los pasillos estaban débilmente iluminados, de forma que le fue posible determinar lo que era pasaje y lo que era reflexión. Se puso en pie. Sintiéndose hambriento, masticó unas tabletas de alimento concentrado que sacó de su bolsillo, mientras vagabundeaba por los pasillos. No podía decir qué dirección le acercaba a la puerta y cuál le alejaba de ella. Si la encontraba, sabía que estaría cerrada; pero iba en su busca como lo hacen los hombres cuya situación es desesperada y a los que la actividad ofrece por lo menos la apariencia de una realización. Paso tras paso, hora tras hora, dio vueltas y vueltas por los pasillos, palpando una y otra vez las paredes de cristal para ver si por casualidad una de ellas era una puerta.

En su cinturón, bajo la túnica de cuero, había unas cuantas herramientas sencillas: una sierra, una lima y una pequeña hacha. Con la audacia de la desesperación, sacó el hacha y la lanzó contra un enorme espejo. Una cascada de cristales rotos cayó a sus pies. Winters estaba ante una cavidad que se estrechaba rápidamente y que giraba hacia abajo, como la garganta del embudo de un fonógrafo; un agujero conducía desde el nivel del suelo



Librodot

hasta la negrura. Por él desaparecían varios cables gruesos, que provenían de tres aparatos de aspecto complicado, colocados justo detrás del espejo. Quizá, según cavilaba, agarrándose a aquellos cables, podría descender hasta lo que hubiese debajo. Mientras estaba allí, las luces brillaron otra vez en el pasillo, y a su alrededor aparecieren reflejadas miles de figuras.

—Has atravesado la superficie de la existencia —llegó la voz de la multitud—. ¡Has matado a un ciudadano de nuestra ciudad!

Winters, temiendo lo que podría seguir, entró en la estrecha cavidad y descendió por la garganta de la abertura.

Allá abajo estaba oscuro y el paso era estrecho, pero apenas había descendido una docena de pies cuando tocó suelo debajo y se sintió libre de las paredes que le rodeaban. Desde arriba venía un poco de luz. Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, percibió que se encontraba en un gigantesco sótano que se extendía en la lóbrega oscuridad en todas direcciones, soportado por pilares cada diez pies aproximadamente. Al rato creyó distinguir una diminuta grieta de luz en una esquina a lo lejos. Avanzó en su dirección, palpando el camino entre los pilares con cautela. Según se acercaba al lugar, sus dudas se disipaban. La luz provenía de una grieta en la pared. Aplicó su ojo a la hendidura y miró.

Podía distinguir el extremo de una habitación. Las paredes eran castaño-rojizas, y había una silla colocada contra la pared. Sobre el suelo se veía un fragmento de una alfombra azul. Mientras miraba, oyó una voz que hablaba dentro de la habitación y un lejano murmullo al unísono sobre su cabeza le hizo temblar violentamente.

—¡Sube otra vez. Winters! ¡Detrás del escenario de la vida no hay más que dolor!

Aquí vivía el Original. Winters se disponía a retroceder temblando de miedo, cuando una sombra cayó en la pared y un hombre pequeñito, de aspecto inofensivo, entró en su radio de visión. Paseaba nerviosamente de un lado a otro, retorciéndose las manos. Winters pudo oírle murmurar:

—¡Oh, me encontrará! ¡Me encontrará y me matará! ¿Qué debo hacer?

Winters se rió silenciosamente al comprender el humor que encerraba su descubrimiento. Habló suavemente por la hendidura, y vio al hombrecillo retroceder presa del pánico.

—No quiero hacerte daño. Estoy prisionero. Si me ayudas a escapar, no te tocaré. ¡Déjame entrar en tu habitación!

—¿Cómo sé que no me molestarás si lo hago?

—¿Por qué tendría que hacerte daño? ¡Si no me dejas entrar, romperé la pared! (Esto último era pura fanfarronada, ya que era de piedra.)

Por la hendidura podía ver al hombrecillo reflexionando perplejo. Dio un paso hacia él, y después se detuvo. Por tanto. Winters sacó su hacha y dio unos estruendosos mandobles sobre la pared.

—¡Detente! ¡Detente! Te dejaré entrar.

En la pared apareció abruptamente un cuadrado de luz, y Winters entró en la habitación. Las dos figuras permanecieron por un momento mirándose dubitativamente. El hombrecillo se relamió nerviosamente.

—¡Así que tú eres Winters! ¡Qué terriblemente distinto eres de los hombres! Pareces casi un… animal. Tienes dientes, y tu piel es blanca como la barriga de un pescado, no como un moreno rostro humano.

Y como si estas diferencias le convirtiesen en un ser superior, se enderezó orgullosa y desdeñosamente.



Librodot

Winters se echó a reír. Examinó con curiosidad la habitación, pero excepto en uno de sus extremos, era normal. En el extremo más alejado, sin embargo, estaban dispuestos dos motores. Un laberinto de cables conducía hasta tres complejos mecánicos situados en la pared al nivel de los ojos. El hombre medía quizá cinco pies y medio de altura y era de complexión ligera. Su oscuro rostro terminaba en una frente enormemente intelectual, pero los ojos tenían una extraña expresión y la boca estaba nerviosamente torcida hacia un lado.

—¿Por qué vives aquí y para qué sirven esos espejos de allá arriba?

Ante la pregunta, toda la rigidez pareció abandonar la espina dorsal del hombre. Una vez más, éste se transformó en la figura rastrera que había sido anteriormente.

—¡Yo soy un cautivo de Hargry! Hace muchos años me trajo aquí y me dio esos espejos… para que me divirtiera. ¿Tú también eres su prisionero?

—Supongo que sí —dijo Winters—, pero no tengo intenciones de continuar siéndolo.

Los oscuros ojos le miraron rápidamente.

—Pero si te escapas, ¿dónde irás? Hargry te buscará por todo el mundo, y cuando te capture, lamentarás haberte escapado.

—¿Conoces mi historia?

El hombre asintió.

—Bien. Si yo escapase, volvería a mi ciudad y a mi cámara forrada de plomo bajo tierra. Hargry nunca me encontrará, y cuando me despierte otra vez, hará miles de años que estará muerto y enterrado.

Una idea repentina pareció golpear como un rayo a su anfitrión.

—Pero… yo también podría escapar —una esperanza nueva iluminó el consumido rostro—. Es posible, por fin… Sería sencillo salir de aquí —continuó—, porque he resuelto el problema desde hace años. Bajo la muralla de la ciudad he excavado un túnel que únicamente necesita un fuerte empujón para abrirse entre las matas de arbustos de la colina. Pero nunca me he atrevido a usarlo. Hargry me visita de vez en cuando.

Se detuvo con un estremecimiento.

—Hargry no volverá durante varios días —dijo Winters.

—Entonces… lo haremos. —El hombrecillo parecía estar dándose ánimos a sí mismo hasta alcanzar una cumbre de entusiasmo—. Debemos descansar y prepararnos, y después nos marcharemos tan lejos y tan rápido como podamos.

—¡Bien! ¿Cómo te llamas?

—Soy Bengue. Hace unos años —se enderezó hasta recobrar su estatura completa— mi nombre como biólogo no era desconocido en el mundo. Creé hombres de genio, y uno de ellos fue Hargry. Al principio estaba orgulloso de él, pero le había hecho despiadado y decidido. Antes de que cumpliese dieciocho años, ya había perdido todo control sobre él. Se lanzó al mundo. Mira, Winters, yo no soy completamente normal. Me gustaba un poco de compañía. Estar completamente solo me pone nervioso, ya me has visto después de doce años de soledad. No siempre estoy sano.

Se detuvo y miró al suelo melancólicamente.

—Hargry vino a visitarme después de un año de ausencia, y tuvimos unas palabras. El era un verdadero individualista, como es hoy la mayor parte del mundo, y yo soy un extraño en ese aspecto. Si yo no hubiese sido el científico que le había creado, me hubiese destruido en aquel mismo

momento... ¡Todo por una trivial diferencia de opinión durante la conversación! Lo que se le ocurrió fue traerme aquí y construirme esta ciudad. Se supone que los espejos sirven para que me sienta más acompañado —su voz bajó hasta un susurro—. A veces realmente lo creo así.

»Yo simplemente me había aventurado a lamentar la moderna tendencia a vivir en solitario y sin ninguna relación humana. Creo que dije que un ocasional intercambio de ideas beneficiaría a todos los implicados —hubo una risa corta y amarga—. ¡Según yo creé a Hargry, así es! Una gran inteligencia, pero una fuerza de voluntad mayor. Tomó mis palabras como una crítica de sus acciones, y sucedió lo que sucedió. Winters, ¿tienes hambre?

Bengue se dirigió al extremo mecánico de la habitación; de una cámara cerrada sacó dos trozos de sustancia blanca de la que comieron él y Winters: el alimento que la ciencia de aquel tiempo había considerado como el más perfecto para el animal humano. Era deliciosa. El amplio lecho que Bengue le ofreció después le resultó blando y voluptuoso. En diez segundos, Winters estaba durmiendo.

Se despertó varias horas más tarde, sufriendo una vivida pesadilla, y se sentó chorreando sudor. Bengue le había oído despertar y encendió una luz para ver qué pasaba.

—Dentro de media hora amanecerá. Hace muchos años que no veo amanecer. Puesto que estamos despiertos, podríamos emprender nuestra fuga.

Sus ojos brillaban con la excitación y sus mejillas estaban sonrojadas.

Llenaron sus bolsillos con grandes trozos de comida sintética. Bengue cogió una pequeña linterna eléctrica de un estanque, y se dirigieron hasta la oscura bodega llena de pilares. Siguieron la pared unas cien yardas, donde brilló la luz sobre un agujero negro en los ladrillos. Se metió Bengue primero en su interior, viajando los dos fugitivos unos cien pies por el túnel, Winters en la retaguardia. Al fin Bengue se detuvo e hizo un sitio a Winters a su lado.

—Aquí estamos —dijo—. ¿Sientes estas raíces aquí arriba? Todo lo que tenemos que hacer es empujarlas y seremos libres.

Juntos aplicaron sus espaldas a la tarea. Después de un fatigoso minuto, sus cabezas y hombros emergieron juntos en la cumbre de una pequeña colina, que conducía hasta las murallas de la ciudad de los espejos. Todavía era de noche, pero las estrellas brillaban pálidas en el cielo. Hacia el oeste, una ligera insinuación de amarillo doraba un vigoroso banco de nubes. Casi hacía frío. Winters tembló involuntariamente.

—¿Ahora dónde? —jadeó, mientras forcejeaban para subir a la superficie del suelo.

—La ciudad del Éxodo está a unas veinte millas al norte. No tenemos otra solución que llegar hasta allí andando.

Winters gruñó. Calculó que sería posible llegar hacia la caída de la noche. Se lanzaron a campo través, caminando tan deprisa como era posible, al abrigo de los bosques semitropicales. Después de la primera media hora, esta semijungla comenzó a espaciarse irregularmente por zonas abiertas. En el segundo claro al que llegaron descansaba una de las grandes máquinas vivientes. Los rayos del sol tocaban las puntas de los árboles. Rodearon prudentemente el claro y se sumergieron entre la baja vegetación, subiendo



Librodot

ahora cuesta arriba. Al final de la segunda hora habían cubierto quizá seis millas. Se detuvieron un momento en la cumbre de una colina para descansar. Winters se tumbó sobre su espalda, mientras Bengue se movía nerviosamente mirando por entre las ramas al campo debajo de ellos y a su espalda. De repente, Winters oyó a su compañero proferir una fuerte exclamación, y se sentó para ver lo que sucedía.

En el horizonte, al sur, pudo distinguir la enorme figura de Hargry avanzando en el cielo.

La atrevida acción de Hargry reclamando a Winters como propio no había sido sumisamente acogida por los biólogos y seleccionadores del mundo. Una docena o más de ellos ya habían visitado las ruinas de la ciudad del Éxodo, viendo su grandilocuente aviso clavado allí. Además, la historia de las muertes de Meanus y Valendum había sido conocida. En consecuencia, unos treinta científicos habían subido a naves de uno y otro tiempo, lanzándose a la búsqueda de Hargry para arrebatarle a Winters. Por supuesto que si se hubiesen unido en un propósito común no habrían tenido dificultad alguna. Pero Stakool, del otro lado del océano, se encontró a Pylgrin, de la costa Oeste, y siendo los dos grandes enemigos, se lanzaron al instante el uno contra el otro. Como resultado, sólo veintiocho naves —tres de ellas pesadas máquinas vivientes— avistaron la enorme forma de Hargry caminando entre las colinas.

Winters observó que uno de los tentáculos de mil pies de largo golpeaba una activa mota negra, y pronto distinguió la nube de atacantes sobre el brillante cielo. Bengue quería retirarse instantáneamente, pero Winters insistió en que se quedase allí.

—Suponte que llegamos una milla más al norte... Hargry puede recorrer esa distancia en quince pasos. ¡Quiero ver esa pelea!

Por tanto se quedaron, mientras Bengue se retorcía las manos en una agonía de miedo.

Las naves comenzaron a atacar una a una. Pronto Winters vio con asombro que tres de ellas se alejaban luchando enzarzadas entre sí. El espectáculo en conjunto duró una media hora. La sorpresa y el horror de Winters fueron aumentando en cada minuto que transcurría.

—Pero, ¿por qué no se unen y atacan todos al mismo tiempo?

—¿Para qué?

—Quieren matar a Hargry, ¿no es así?

—Sólo desean capturarte, cada uno para sus propios experimentos, me imagino. Suponiendo que maten a Hargry, tendrán que matarse los unos a los otros hasta que sólo quede uno de ellos. Te buscaría y sería el vencedor de la pelea. Sólo puede haber un vencedor.

—¿Cómo sabes eso? ¿No es posible que quieran destruir a Hargry en beneficio de la seguridad de todos?

Los ojos de Bengue se dilataron.

—¡Qué tontería más antigua es ésa! Por supuesto, ellos no interferirían en la libertad personal de Hargry. ¿Dónde se iría a parar con un principio semejante, una vez aplicado? Oh, ya veo: antiguamente la gente tenía algo llamado ley, ¿no es verdad? ¡Realmente no somos tan primitivos como todo eso!

—¿Pero por qué quieren matarme en sus laboratorios? He venido aquí como observador del pasado. Continuaré hacia el futuro en nombre de la ciencia. ¡Qué mundo tan loco!



Librodot

Bengue pateó el suelo con impaciencia.

—¡No puedo imaginar de dónde surge tu idea de criticar a un mundo tan superior en progreso al tuyo! Físicamente eres repulsivamente bestial, con tus dientes y tu blanca piel, cubierto de pelos como un mono. Mentalmente..., nunca habrías salido vivo de mis tarros de selección. ¿Qué te hace pensar que tu causa es tan sagrada?

## III - Jugando al escondite

Winters permaneció silencioso. Las palabras de Bengue eran plausibles, aunque sospechaba que mucho de lo que decía era debido a cambios más imaginarios que reales en el animal humano durante los últimos veinte mil años. Pero había algo de verdad en ello, lo suficiente como para producir en Winters un melancólico humor. ¿Habría abandonado a su gente y sus propios tiempos para encontrar que era un huésped indeseado en un mundo futuro de superhombres? Y si era así, ¿para qué seguir adelante en el futuro? ¿El constante progreso de la evolución no cambiaría la faz de la Tierra en los próximos cinco mil años, haciéndole aún más ridículo a la vista de humanos todavía más perfectos?

Bengue le miraba impertinente.

—Muy bien —replicó Winters tenazmente—. Suponte que tienes razón; todavía soy capaz de razonar. Si todos vosotros sois unos superhombres, entonces explicadme lo que estáis intentando hacer con la vida.

Bengue se encogió de hombros.

—Supongo que tendrás alguna pregunta más concreta.

—¿Qué es lo que desea obtener Hargry?

—Una raza más inteligente que la actual.

—¿Y vuestros químicos?

—Muchas cosas: los elementos pesados —radio y demás— todavía no han sido producidos por transmutación, y miles están actualmente trabajando en esto.

—¡Ah! —exclamó Winters— ¡Eso está mejor! ¿Comparan notas y se ayudan unos a otros en la investigación?

—¿Qué clase de tontería es ésta? ¡Por supuesto, ninguno revela a nadie sus trabajos!

—Es la forma más estúpida e irracional de hacer las cosas.

—Pero, ¿qué posible motivo habría para una colaboración de ese tipo?

—Terminar su obra y transmitir la información al mundo.

—¡Qué estupidez! Un hombre tiene derecho a fama y honor por sus descubrimientos, no por los de sus antepasados.

—Bien, entonces ¿tenéis artistas o músicos?

—Oh, sí, supongo que existen criaturas de ese tipo. Pero yo soy un científico, y sé muy poco sobre ellas.

—En mis tiempos, vuestra actitud hubiera sido denominada «estrechez mental»; pero vamos a dejarlo. Concuerda con el resto de las cosas... Ahora contesta esta pregunta si puedes. ¿Por qué tantos superbiólogos han abandonado su muy importante trabajo y luchan entre sí por la posesión de una antigualla como yo?

Los ojos de Bengue se dilataron.

—Eres sangre nueva para sus experimentos. Eso es todo.

—Oh, ya entiendo. Sí, los biólogos estarán interesados en eso.



Librodot

—Bien, ¿tienes alguna otra pregunta infantil más?

—¡Miles! Supón que los científicos resolvéis todos los problemas, encontráis todos los secretos de la naturaleza y creáis hombres perfectos. Entonces, ¿qué?

Bengue asintió condescendientemente.

—Todos nuestros niños, antes o después, hacen esa misma pregunta. No hay respuesta. Un hombre nace y alcanza la edad adulta. Entonces durante cuarenta años o algo así es libre de hacer lo que quiera. Al final de la vida que le haya sido concedida debe morir. Por supuesto, el resultado es una cierta falta de finalidad, pero después de todo, cuando un hombre muere es el final. ¿Qué finalidad o propósito puede haber detrás de la muerte?

—Entonces todo ese espléndido progreso....

—No nos lleva a ningún sitio. Durante miles de años hemos trabajado en el problema de prolongar la vida humana. Con buena suerte, un hombre puede vivir unos cien años: pero su vigor mental y físico desaparece a los setenta. Claro que están los astrónomos...

—¿Qué es lo que hacen?

—Su tarea en la actualidad consiste en estudiar los planetas por el telescopio y por la observación directa mediante cohetes. Hace dos mil años se estableció una pequeña colonia en Marte, y se ha intentado muchas veces colonizar Venus...; pero es un mundo demasiado joven todavía. Nieblas venenosas y violentos terremotos son constantes; además la atmósfera, caliente y llena de vapores, no es apropiada para la vida humana.

—¿Cuál es el propósito de esto?

—La tierra no será siempre habitable. Los científicos se preparan para las eventualidades. Claro que lo que se necesita en realidad es un planeta adecuado en órbita alrededor de un nuevo sol. Pero la estrella más cercana y con más probabilidades está a dos siglos de viaje en cohete. Otra vez nos frena la corta duración de nuestra vida. Sin embargo, nuestros astrónomos tienen una finalidad y propósitos definidos en la vida; dentro de unos límites, intercambian información y se ayudan.

—Y el resto del mundo... se vuelve loco —dijo Winters tristemente—. Se matan unos a otros sólo por el capricho de un momento; cada uno persigue sus propios motivos, sin duda redescubriendo una y otra vez lo que ya había sido descubierto y olvidado hace mil años. Es un mundo loco.

—Pero tenemos... todos los hombres... ¡la libertad!

Winters le miró burlonamente bajo sus enmarañadas cejas grises, y Bengue recordó a Hargry con un repentino pánico.

—Debemos separarnos —dijo—. Hargry nos perseguirá y nos encontrará tarde o temprano. Si puedo estar a miles de millas de donde tú estás, de forma que no sospeche que te he ayudado a escapar, quizá no me mate cuando me encuentre.

Sin una palabra de disculpa, dio media vuelta y se dirigió hacia el oeste con un paso furioso, aplastando los arbustos en su huida.

Winters se quedó en la cima de la colina durante diez minutos. Estaba dando media vuelta para continuar su desesperada marcha hacia el norte, cuando oyó a millas de distancia un enorme rugido y observó contra las nubes la forma de Hargry. Evidentemente, estaba destrozando la ciudad de los espejos. Winters tembló convulsivamente y se lanzó hacia los bosques tan prudentemente como era posible. Resultaba difícil estar seguro de la dirección guiándose continuamente por el sol. Se estremeció al pensar en lo

que le sucedería si no conseguía encontrar las antiguas ruinas que buscaba. Hacía calor. El sudor chorreaba por su frente, y su aliento salía en torturados jadeos, pero siguió adelante con el oído alerta a posible señales de persecución a sus espaldas. Por dos veces se tropezó con claros, ocupados por enormes máquinas vivientes, y las esquivó, describiendo un círculo entre los bosques. A la caída de la tarde estaba completamente exhausto. Se derrumbó en el suelo, al abrigo de un grueso matorral, y cayó dormido. Calculaba que desde la madrugada había recorrido quince millas.

Se despertó en medio de la noche, helado y doliéndole todos los músculos. Se forzó a comer los alimentos que había llevado consigo y a beber algo de un frasco. El cielo estaba claro y las estrellas brillaban fuertemente. Polaris, el amigo de los marineros, le saludaba desde el norte como antes, pero recordó que incluso las estrellas habían cambiado y dirigió sus pasos a medias entre la antigua estrella polar y uno de los puntos brillantes en el asa de la Osa Mayor. Era bastante malo caminar por el día, pero durante la noche se encontró incapaz de adelantar más de una milla por hora. Por tanto, cuando se encontraba con espacios abiertos caminaba por ellos, pegado a los bosques que los bordeaban.

Pasaban las horas. Al intentar recordar el aspecto del campo alrededor de la ciudad en ruinas, comenzó a temer que se hubiera perdido. Se detuvo, y esperó a que llegase el día. Con las primeras luces se lanzó de nuevo, llegando cansado y abatido a la cresta de una aguda elevación cubierta de vegetación. Al otro lado de un amplio claro, a su izquierda, se veían las blancas ruinas y polvorientos aledaños de su meta.

Estaba a punto de lanzarse hacia allí alborozadamente, cuando algo le hizo detenerse. ¡Música! Venía del otro lado del promontorio. Cautelosamente se arrastró por los bosques y miró, viendo una máquina viviente a unos cientos de pies de donde se encontraba. Ahora la música había cesado. A la luz del amanecer distinguió una figura sentada sobre la máquina, trabajando atareadamente sobre unos papeles. Esperó lleno de curiosidad. Al rato la figura se enderezó y tiró de algo con una mano. Winters siempre recordaría esta escena, no sólo por su trágico final, sino también por la pura y sobrecogedora maravilla del sonido que siguió.

El sol se acababa de elevar sobre el horizonte oriental. Unas cuantas nubes brillantes flotaban sobre él como espléndidos galeones, navegando por el océano del cielo. Las pesadas hojas oscuras de las palmeras que bordeaban el claro no se movían. Detrás se divisaban las colinas, vagas y azules. Al principio, el sonido parecía provenir de las colinas: un lejano y vago caramillo, que fue contestado más cerca. Después abruptamente se escuchó una triple explosión de cuerdas sonoras, entre las que una profunda voz dorada comenzó a sollozar melodiosamente.

La canción subió de tono y desarrolló su sencilla frase en el tema de una melancolía tan trágica, que un centenar de pequeñas voces comenzaron a gemir como mostrando su simpatía. De nuevo se dejó oír la gran explosión ensordecedora tres veces más. Después la armonía adquirió un nuevo y siniestro significado, mientas unos bajos profundos prestaban nueva fuerza al viejo tema. La música se detuvo abruptamente… sin terminar. Hubo un momento de silencio roto por una voz.

—¿Te gusta?



Librodot

—¡Celestial! —la respuesta era de una mujer—. Dulgog nunca ha hecho nada tan bueno, Varlin. Pero la música no es el único placer. ¡Mírame!

Winters esforzó sus ojos para ver a los que hablaban, y finalmente distinguió otra forma en la máquina, medio oculta por el músico.

—¡No! ¡No finjas que no te interesa! Estás viendo a Aphrila, la mujer más bella del mundo. ¿Por qué vuelves la cabeza? ¿Es que mis mejillas están arrugadas o mis manos son ásperas? ¡Muchos hombres darían la vida por estar en tu lugar! Cuando le visité el año pasado, Hargry salió de su fortaleza; mis brazos, ciñéndole, fueron su protección durante toda una loca semana.

—¡No, Aphrila! Eres muy hermosa, pero quiero trabajar en mi música. No puedo pensar ordenadamente cuando actúas así.

—¡Oh! ¿Te molesto? Por lo menos consigo algo: distraerte de tu trabajo. La música es bella, Varlin, pero ¿has comido alguna vez los platos preparados por Esculo? ¿Sabes lo que es beber los licores que ha inventado Vint o ese gran artista Grumbaugh? ¡Ven conmigo y te daré todo eso y más! ¡Volverás de una experiencia así con juventud y fuerza renovadas y escribirás mejor música de la que nunca hayas soñado!

Sus voces se hicieron inaudibles, y Winters se retiró prudentemente, cavilando más que nunca sobre aquel loco mundo en el que había despertado. Cruzó el estrecho desfiladero bajo los árboles, y vio la enorme figura de Hargry dirigiéndose hacia él desde el oeste. Como un animal aterrorizado, retrocedió hasta los bosques y se detuvo al otro lado, con el corazón latiéndole como un martinete en la fragua y los miembros temblando de miedo y cansancio. Pronto pudo oír las enormes y atronadoras pisadas acercándose más. Por la izquierda apareció Hargry, quien se detuvo repentinamente al divisar la máquina viviente.

Después la gran estructura avanzó; la enorme máquina intentó elevarse y escapar, pero uno de los tentáculos chasqueó y la retuvo inmóvil, levantándola lentamente casi hasta la mitad de la distancia que separaba la cámara de acero de Hargry del suelo.

—¡Oh, es Hargry! ¿Es ésta la forma de tratar a Aphrila?

Hubo un corto silencio, y luego la voz de Hargry explotó con risa.

—¿Y quién es el amigo de Aphrila?

—¡Tú lo fuiste no hace mucho, Hargry!

—¡No tengo tiempo para recuerdos, mujer! ¿Quién es él?

Como en respuesta, sonó un fuerte acorde de música, tan profundo y rico que hizo temblar el aire y murmurar a las hojas de los árboles. Durante un sobresaltado instante Winters pensó que el cielo se volvía color castaño, y sintió que sus extremidades temblaban. La música cesó y vio cómo sus tentáculos depositaban la máquina y sus ocupantes otra vez sobre el suelo, no demasiado suavemente. Después el monstruo sobre trípodes se dirigió de nuevo hacia el norte, desapareciendo de la vista.

Evidentemente, Aphrila y su músico estaban aturdidos, porque pasaron cinco minutos antes de que el pesado artefacto se elevase en el aire y emprendiese vuelo hacia el sur.

Winters intentó reconstruir la parte de la historia que no había sido revelada, pero encontró difícil imaginar la vida y actividades de la raza humana a base de los fragmentos que había tenido el privilegio de observar. La primera mujer con la que había hablado consideraba al sexo como algo para niños. Sin embargo, aquí estaba otra mujer que evidentemente



Librodot

dedicaba su vida a las artes amorosas, y Hargry, un ardiente, casi fanático biólogo, estaba dispuesto a divertirse con ella.

El mundo presentaba una jungla de intereses conflictivos. Todo el mundo seguía su particular capricho o deseo hasta el fin, con un espléndido desprecio por los intereses —incluso por las vidas— de los demás. Y sin embargo en medio de tal anarquía parecía haber algún progreso ordenado en esta o aquella línea de investigación. ¿Sería posible que la anarquía fuese algo deseable? Winters decidió que no, después de examinar los últimos veinte mil años de la historia humana. Lo que había sucedido, decidió, era un movimiento cíclico en el gobierno del mundo. Bajo el Cerebro había existido demasiado control. Ahora el péndulo había oscilado al otro extremo y existía demasiado poco. La verdad estaba en algún lugar intermedio. En unos cuantos miles de años más sería encontrada y reconocida como tal.

Pero todavía tenía que resolver su propio e inmediato problema. Aquel mundo no era para él. Tenía que volver a su cámara subterránea y esperar un mundo mejor. ¿Pero cómo iba a cruzar la media milla de polvorienta planicie hasta llegar a las blancas ruinas que resaltaban contra el verde de los bosques al norte? Lejos, a la izquierda, se veía la enorme forma de la fortaleza de Hargry, como la desnuda torre de algún puente colgante del siglo XX. Winters se tumbó al amparo de la maleza y esperó con impaciencia. Pasaron las horas, y Hargry todavía recorría los alrededores. Empezaba a pensar que se quedaría allí hasta que hubiese atrapado a Winters. «Pero cuando llegue la noche, pensó, podré deslizarme hasta la llanura y cruzar sin ser visto.»

Estaba comenzando a tener hambre, pero no le quedaba comida ni nada con que aplacar su creciente sed. Al atardecer observó cuidadosamente las direcciones. Tan pronto como llegó a la oscuridad, se deslizó pendiente abajo y comenzó a cruzar el llano. Había recorrido la mitad, cuando el foco comenzó a recorrer la llanura. El primer rayo de luz que llegaba desde los mil pies de altura de la torre de Hargry asustó tanto a Winters, que casi se desquició. ¿Debería retirarse o seguir? Pero no podía escoger. Tenía que alcanzar las ruinas.

A trompicones se lanzó a la carrera, y el escalofrío de miedo dio nuevas y sorprendentes fuerzas a sus piernas. Hargry se acercaba, y la luz barrió el terreno a sus espaldas en una amplia franja. Winters continuó corriendo, esperando contra toda esperanza. Entonces la luz se fijó en el claro próximo a la elevación que acababa de abandonar, y Winters tuvo un período de gracia de dos minutos. Ahora podía ver justo delante la primera de las murallas en ruinas. Pero el foco se acercaba lentamente, como si Hargry estuviese siguiendo algo. En efecto, era lo que estaba haciendo, porque a través de su telescopio estudiaba las huellas que Winters había dejado tan fácilmente como si estuviese pisando sobre las mismas. Justo en el momento en que Winters alcanzaba las ruinas, la luz le descubrió. No pudo resistir, y lanzó una mirada aterrorizada sobre su hombro al enorme ojo blanco que miraba funestamente desde la oscuridad y que se hacia mayor a cada segundo, según las gigantescas zancadas de Hargry se acercaban más.

Con un grito, Winters se hundió en la amistosa oscuridad de una calle lateral. Sabía dónde estaba. Tenía que alcanzar el otro lado de la plaza cuadrada. La distancia era quizá de doscientas yardas. ¿Debería dirigirse allí directamente, o intentaría ocultarse e ir avanzando poco a poco de cada vez, según lo permitiese la oportunidad? Cuando llegó a la primera calle



Librodot

perpendicular se detuvo, porque la luz caía cegadoramente sobre ella. Si cruzaba, guiaría a su perseguidor hasta su escondite. Winters comprendió que no sólo tenía que alcanzar la seguridad, sino que además debía hacerlo sin ser visto, porque de otra forma sería arrancado de su escondite y hecho de nuevo prisionero.

Entró en la casa de la esquina. La puerta no existía, y de la estructura original permanecía intacta poco más de una habitación. Esperó sin aliento en la ventana que daba al cruce. Si la luz se movía, aunque sólo fuera por dos minutos, podría cruzar sin ser visto. Como un relámpago trepó al antepecho de la ventana, cruzó la calle y entró en la ventana al otro lado. Entonces la luz barrió otra vez la calle —casi sobre su cabeza ahora—, y Winters oyó un enorme fragor, lo cual significaba que los gigantescos pies de Hargry estaban aplastando los edificios.

Comenzó un lúgubre juego del escondite. Evidentemente, Hargry estaba determinado a aplastar toda la ciudad y destruir así todos los lugares de escondite. Durante un aterrador momento Winters pensó, y después salió por la parte trasera de la casa. Sin ser visto, se dirigió a la gran avenida circular que rodeaba la antigua ciudad. ¡Si pudiera llegar a tiempo! Siempre que se arrimase a los edificios, estaría protegido de la luz. Jadeando, corrió hasta que llegó a la parte de la ciudad donde había estado la casa de Eric.

El polvo de los cascotes caídos se elevaba formando una nube blanca, lo que le ayudó a lanzarse por última vez, pasando al lado del propio pie de Hargry y llegando al umbral que recordaba. Mientras lo hacía, se oyó en el exterior un enorme estampido. La fachada de la casa se derrumbó, pero Winters estaba en la habitación trasera, y apretaba su pie sobre aquel mecanismo que parecía tardar una eternidad en cooperar, aunque en realidad sólo pasaron tres segundos antes de que la pesada losa de piedra se levantase y él pudiese desaparecer en la oscuridad de la escalera.

Tiró frenéticamente de la palanca y dio un gran suspiro de alivio cuando la piedra comenzó a hundirse sobre la entrada. Pero en aquel momento Hargry colocó su pie sobre el edificio, que, bajo aquel poderoso peso, se hundió estruendosamente, encerrando al tembloroso fugitivo bajo una capa de escombros.

Durante una hora Hargry pateó furiosamente sobre las ruinas, hasta que en toda la ciudad no quedó piedra sobre piedra. Después, comprendiendo la inutilidad de su tarea, la luz se apagó y la gran estructura emprendió la marcha hacia el sur. El sonoro retumbar de sus enormes pies se fue haciendo más débil con la distancia, hasta que las estrellas brillaron sobre una noche silenciosa y el polvo comenzó a posarse, formando una capa blanca, sobre la ciudad, dándole un aspecto fantasmal.

Bajo la ciudad brillaba la luz en una pequeña cámara. Winters había sido herido por una piedra caída, y pasó media hora vendando la pierna lastimada. Después tomó comida y medicina y durmió reparadoramente unas cuantas horas, antes de hacer los preparativos finales para su larga hibernación. Cerró la gran puerta de metal, fijó el reloj de radio para que le despertase cinco mil años después, inspeccionó y ajustó el diminuto motor atómico que conservaría la cámara caliente y proveería la energía para las luces que tendrían que despertarle y tomó su droga.

En la media hora de estado consciente que todavía le quedaba. Winters abrió un pesado libro con hojas de delgada lámina de oro. En él anotó los



Librodot

siguientes y fragmentarios hechos, conseguidos principalmente por medio de Bengue:

15.100 después de Cristo: se perfecciona la exogénesis. Los embriones humanos son desarrollados con éxito en los tubos de ensayo. De esta fecha data la desaparición del último lazo entre la humanidad y las emociones humanas.

17.500 después de Cristo: una colonia de ensayo se establece en Marte. Todavía se mantiene.

18.000 después de Cristo: perfeccionamiento de la máquina de materiales. A partir de cualquier materia prima dada, se puede producir cualquier sustancia química. Desde este período comienza a grandes rasgos una tendencia general a la gratificación de la voluntad y ambiciones individuales, sin tener en cuenta las consecuencias. Es una tendencia aún dominante. La historia deja de tener significado para la raza. Simplemente se registran las acciones y progresos individuales.

20.000 después de Cristo: cuarto despertar de Winters.

Winters leyó cuidadosamente las palabras y suspiró ante su brevedad y la extrema pobreza de la información disponible. Pero era lo más que podía hacer. Cerrando el libro, lo colocó cuidadosamente en su lugar, antes de tumbarse sobre el lecho, ajustarse los tubos de estimulante en la boca y dejar la cámara a oscuras.

Mientras él dormía, el pequeño y temeroso Bengue contemplaba hambriento desde el asilo del bosque el establecimiento de biología del fallecido Meanus. Lo había estado contemplando durante un día y una noche. Al final, sacando fuerzas de la desesperación, se había presentado atrevidamente para encontrar el verdadero paraíso de un biólogo. Con bastantes vacilaciones, el joven Bork y Farinda cedieron al anciano extranjero el control del establecimiento. Entonces Bengue pasó una hora entera sin acordarse ni una vez de Hargry.

Después lo recordó, y corriendo temerosamente hacia la puerta, estuvo escuchando un minuto, pero no oyó ningún ruido. Sospechaba fuertemente que Meanus había sido una de las recientes víctimas de Hargry en la última aventura. Tras una semana o dos, comenzó a considerar el lugar como suyo propio. Nunca se sobrepuso al sentimiento de que su libertad era algo temporal, que terminaría cuando el inevitable Hargry apareciese atronando el horizonte. Mientras tanto, Bengue criaba humanos y se divertía mucho.

Años más tarde, el suspense de esperar la llegada de Hargry se hizo insoportable, y comenzó a aventurarse en una nave en cortos viajes exploratorios, pero no se encontró con su antiguo pupilo. Sin embargo, Bork se estaba volviendo difícil de manejar. Bengue decidió tomar un curioso rumbo de acción. En el fondo de su mente habían quedado firmemente grabadas las palabras que Winters había pronunciado hacía tiempo: «Cuando despierte, Hargry estará muerto hace miles de años». Así que un día llamó a Bork y le regaló el establecimiento, marchándose seguidamente en una nave.

Voló hasta un escondido valle y preparó su motor atómico para que excavase un túnel y construyese una cámara forrada de plomo. En el curso de unos cuantos días la nave y el hombre desaparecieron. Nunca fueron vistos de nuevo. Así sucedió que dos durmientes esperaban el paso de los siglos, hasta que la hora fijada viniese a liberarlos. Sobre la atezada cara de



Librodot

Bengue flotaba una sonrisa de paz y seguridad, como no había experimentado en muchos años.

También había en ella una sombra de triunfo.

## LIBRO QUINTO - EL ELIXIR

### I - En la tormenta

La tormenta de primavera azotaba la colina con una fuerza y una furia como no se habían conocido en cincuenta mil años. Corría el mes de mayo, pero soplaba un viento helado y las palmeras eran unas ruinas parduzcas. Toda la vegetación tropical de la región de los Grandes Lagos estaba sentenciada. El ciclo de los climas había cambiado, y durante mil años había ido enfriándose progresivamente, quizá en predicción de otra edad del hielo. Bajo las mantas de palmeras muertas se veían unas ruinas de piedra blanco-grisáceas, y el agua se encrespaba como seda arrugada bajo el fuerte viento.

Hasta donde podía alcanzar la vista, el paisaje se extendía amplio y desierto. Nada que tuviese vida salía al exterior en una tormenta como aquella. Pronto una de las piedras blancas se movió ligeramente. ¿Se había hundido el suelo un poco? Pero, ¿por qué ahora, por qué no en cualquier otro momento durante los miles de años que las ruinas habían permanecido allí? Entonces la piedra se movió una vez más lenta y definitivamente. No podía haber error. Era una losa de roca de tres pies de ancho, que podía pesar doscientas libras, y de repente uno de sus extremos se hundió en la tierra.

Después de un segundo toda la losa desapareció de la vista, dejando al descubierto un profundo agujero por el que se filtraba la lluvia y el barro. De la negra cavidad surgieron los hombros y la cabeza de un anciano.

El rostro era blanco y de barba descuidada. El pico de halcón de la nariz estaba cubierto por piel muy tensa, como la de una momia. Dos penetrantes ojos grises escudriñaban desde las cejas enmarañadas y crecidas, y parecieron oscurecerse al examinar los alrededores, como si estuviese desilusionado con lo que veía. Dos manos flacas, con las uñas sucias y rotas por la reciente excavación, descansaban sobre el borde del agujero. Con una enorme cantidad de esfuerzo, Norman Winters se elevó y permaneció firmemente sobre la superficie.

Hacía diez mil años que había desaparecido bajo tierra, dejando a sus espaldas una ciudad nueva y floreciente. Cinco mil años más tarde se había despertado para encontrar ruinas y un mundo enloquecido, del que se había retirado rápidamente. Ahora se había despertado de nuevo para ver los cambios sobrevenidos con el tiempo. Sus vestimentas no eran muy adecuadas para el frío. Se arropó en su túnica de pesada seda y se estremeció.

—¡Por todo lo que sé, podría tratarse de un mundo diferente! —musitó.

La visibilidad entre las ráfagas de lluvia era escasa. Al oeste se levantaba una colina; al sur se extendía el bosque, con la mitad de los árboles del pardo color de la muerte, y al este alcanzaba el horizonte un paisaje casi despejado. Al norte se encontraban las tormentosas aguas de aquel mar interior, una vez llamado lago Superior.

—¡Año veinticinco mil después de Cristo! —dijo Winters—. Tengo que encontrar refugio y gente, antes de que me muera en esta soledad.

¿Sur, este u oeste? Winters se dirigió al oeste, principalmente porque el terreno era claro; por tanto, caminar por él era más fácil. Imposible adivinar la hora del día, pero se afanó —cansado y empapado— con la mirada en la búsqueda de alguna señal de viviendas humanas. Caminó durante horas con los pies empapados y resbalando torpemente a cada paso en el inundado suelo, preguntándose si alguna vez llegaría a alguna parte, dudando de conseguirlo. La oscuridad se le echó encima. Se fabricó un tosco refugio bajo una palmera caída, cuyas grandes hojas muertas formaban una especie de tienda en un extremo del árbol. Comió un puñado de comida concentrada de su bolsillo y, protegido del agua por una ligera protuberancia, sobre la que se tumbó, durmió profundamente hasta ser despertado por la gris aurora. Reanudó fatigosamente su pesado camino.

Un anciano no puede yacer en coma durante cinco mil años sin efectos nocivos, aunque al despertar se pase una semana en la cama recuperándose. Debía tomar rápidamente estimulantes y alimentos nutritivos, preparados por los supermédicos del siglo CL. Winters estaba cerca del desmayo; su rostro era gris, en lugar de blanco, y su aliento salía en penosos jadeos.

Se apoyó en el tronco de un árbol, de hojas todavía verdes, y pensó tristemente en su destino: salir triunfalmente de su largo sueño sólo para morir de frío y de hambre, su comida se había terminado en un mundo hostil. ¿Dónde estaba la gente? Se dejó llevar por la somnolencia, fácil a su edad, y durmió durante dos horas. Se despertó algo reconfortado, y siguió su camino bajo la tormenta cansada y lentamente, aunque sus ojos estaban tan alerta como siempre. Winters era el tipo de hombre que persiste aun ante lo imposible. Probablemente moriría. Al mismo tiempo, aquí estaba el mundo futuro que había querido ver. «Bien, contémplalo mientras puedas», pensaba. Coronó una pequeña elevación, tras la cual el terreno se extendía entre la niebla. Continuó chapoteando pendiente abajo, hasta que desapareció bajo la terrible tormenta.

Ponceón había estado trabajando sobre sus tarros de cultivo de gérmenes durante toda la noche, mientras los otros biólogos dormían. Así había sido desde el principio... Su trabajo era la única labor verdadera realizada. Cierto que Fastak y Mintal habían hecho de tiempo en tiempo sugerencias valiosas y que el viejo Pondero le había ayudado de vez en cuando con la crianza de las células. Pero él, Ponceón, era el verdadero experimentador, y ahora que el proceso parecía a punto de completarse, comprendió que su éxito se debía casi por completo a su desprendido y concienzudo trabajo.

La aurora le sorprendió todavía dedicado a su tarea. Enderezó su espalda y la frotó donde le dolía. Contempló a través de la enorme cúpula el melancólico mundo exterior y advirtió que la lluvia todavía caía del cielo gris. No se le ocurrió compadecerse de nadie que estuviese fuera en aquella tormenta, puesto que en aquel día y en aquellos tiempos un ser humano no tenía por qué abandonar sus cómodos alojamientos. Pero ocasionalmente miraba hacia la cúpula, donde la lluvia tamborileaba, y así fue como vio el rostro.



Librodot

Era blanco y con mostachos. La nariz presionaba fuertemente contra el vidrio, como si el dueño no pudiese mantener la cabeza erguida. ¡Mientras le miraba, el rostro desapareció!

—¡Por el Cerebro! —exclamó Ponceón—. ¿Qué es eso, carne o pescado? Quizá haya trabajado demasiado por la noche. No... ¡Lo he visto! ¡Esa boca gruñona, con dientes detrás de los labios abiertos!

Decidió que en el exterior debía estar algún animal semejante al mono, y se encogió de hombros. El vidrio era grueso. Fuera estaba la jungla. Entonces —pues continuaba mirando— vio una consumida mano humana golpear el cristal y caer débilmente en un gesto que hablaba elocuentemente. Alguien necesitaba ayuda, pensó Ponceón, y se lanzó inmediatamente a la doble puerta que daba acceso al mundo exterior.

En su apresuramiento, no había pensado en vestirse adecuadamente. Después de la atmósfera artificial del interior, el golpe de la tormenta era aterrador. Pero desde el umbral a su destino sólo había unas cuantas yardas, por lo que echó a correr. Sobre el suelo yacía un anciano con extrañas ropas. Ponceón le cogió suavemente en brazos, sorprendido por la ligereza de su carga. Cuando llegaron sanos y salvos al interior, sus ropas estaban empapadas y su rostro goteaba incesantemente, a causa de la lluvia.

Los demás miembros del laboratorio todavía no estaban despiertos; pero Ponceón era un biólogo competente, y no necesitaba ayuda. Llevó a Winters a su propia habitación y le despojó de sus chorreantes vestimentas, quedándose un momento aturdido por la sorpresa de ver aquel peludo cuerpo del siglo XX. Pero ahora no había tiempo de observaciones. El anciano estaba sufriendo de exposición al frío; por tanto Ponceón le envolvió en tibias mantas y le depositó en el lecho. Después se acercó a un disco de metal, en el que se veían ochenta y cuatro palancas diminutas.

Palanca tras palanca tiró alternativamente, hasta que diecisiete estuvieron bajas. En una columna vertical debajo de cada palanca había unos botones. Tras mucho rascarse la cabeza y acariciarse la barbilla, apretó unos cuantos, corrigiendo y cambiando la fórmula según avanzaba. Cuando terminó, apretó un botón blanco. Una nota musical llegó desde el otro lado de la pared. Entonces colocó una manecilla en un reloj y movió hacia arriba un botón deslizante en un disco de termómetro. Después de una última mirada a su combinación, apretó un botón rojo.

Permaneció a la expectativa durante tres minutos. Luego abrió una puertecilla de cristal y retiró el producto químico que había creado: un líquido gris oscuro bastante caliente. Ponceón lo olió ansiosamente. Asintiendo en señal de aprobación, lo forzó lentamente a pasar entre los delgados y azulados labios de Winters. El efecto fue mágico. Las blancas mejillas del anciano mostraron ligeras señales de color y los rígidos músculos de su mandíbula se relajaron lentamente. Su respiración se hizo más fuerte y profunda; después de un minuto o dos un ligero sudor formó gotas en su frente, bajo el mechón de cabello blanco.

Ponceón sonrió. Luego bostezó; estaba cansado por el trabajo de toda la noche. Quitándose sus propias ropas, empapadas también, se tumbó en otro lecho y se durmió rápidamente.

Winters se despertó a la noche siguiente, un poco antes de la madrugada. No podía imaginar dónde estaba, pero podía palpar la cama y las calientes

sábanas. Yació allí cavilando lúgubremente hasta que la ventana a un lado de la habitación adquirió el color gris de la mañana. Entonces distinguió detalles borrosos: un aparato de laboratorio al lado de la ventana, una cama al otro extremo de la habitación, en el exterior una franja de jungla azotada por la tormenta. Le pareció que el otro lecho estaba también ocupado, pero demasiado oscuro para confirmarlo y él muy cansado y débil para preocuparse de tal asunto. Se durmió de nuevo.

Cuando volvió a despertar, contempló el rostro color caoba castaño de un joven que se inclinaba sobre él con un vaso en la mano. Por un instante los dos se miraron el uno al otro. El rostro que veía era amable y marcado por las señales de la energía y la inteligencia. El joven sonrió, enseñando un ordenado semicírculo de dentículos blancos y rosas entre sus labios bien cortados.

—¿Quién y qué eres tú?

—Me llamo Winters, y soy... una especie de viajero.

—¡Entonces eres humano! ¡Ni siquiera estaba seguro de eso! ¡Tienes dientes, y el cabello crece sobre tu piel!

—¿Conoces algo sobre la historia de la raza humana?

—Sí, algo; pero, ¿qué?

—Hace veintitrés mil años, cuando nací, todo el mundo tenía un aspecto semejante al mío.

—¿Qué estás diciendo? ¿Hace veintitrés mil años?

—Sí. Mi historia era bien conocida la última vez que visité la superficie del mundo. Eso fue hace cinco mil años.

—¡Oh, por supuesto! Ahora recuerdo algo. ¿Dónde fue? Lo he olvidado, pero no importa. Creí que era un mito. ¿Eres tú el que supuestamente se retiró a una gruta bajo tierra y ha dormido durante todo este tiempo bajo la influencia de drogas? La leyenda dice que salvaste al mundo de la extinción dos veces: una destruyendo al Cerebro y otra conduciendo al gran Éxodo fuera de la Ciudad del Sueño. ¿Es posible que la historia sea cierta?

—Es verdad, más o menos. Pero, ¿cómo he llegado hasta aquí? Recuerdo hacer caminado durante días sin fin entre la tormenta, y después... aquí estoy cómodamente en una cama.

Ponceón sonrió al anciano y le contó cómo le había llevado inconsciente.

—Has escapado por muy poco —dijo, y añadió—: Te has debilitado seriamente. Winters, me temo que tus viajes hacia el futuro han terminado.

Le acercó el vaso a los labios.

—Esto te fortalecerá —añadió—. ¡Qué cosa tan extraordinaria es tener al mítico Winters devuelto a la vida en este laboratorio precisamente!

—¿Por qué? —preguntó Winters ahogándose a causa de la bebida, que encontró insoportablemente picante.

—Porque tú has encontrado una forma de vivir miles de años, mientras que nosotros acabamos de perfeccionar aquí un método para producir la inmortalidad humana.

Ante estas estremecedoras palabras, el rostro de Winters, arrugado por la edad, se puso rígido y sus músculos temblaron como si cada célula protoplástica hubiese oído la afirmación por separado y vibrase de esperanza individual. Su rostro palideció y se incorporó lentamente sobre un codo para mirar a su anfitrión. Tenía que haber oído mal.

—¡Inmortalidad! —susurró. Repentinamente comprendió lo viejo y cansado que estaba, cansado de las cosas de la vida. Una visión del mundo

de su juventud surgió delante de sus ojos en una oleada de nostalgia. Vio rostros muertos durante miles de años y pensó en viajes y olvidadas esperanzas, en un mundo lleno de ellas, que había muerto con sus desilusionados propietarios. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Ponceón le sonreía.

—Hemos estado trabajando en el problema durante siglos, y nosotros cuatro hemos conseguido finalmente rebasar el último obstáculo. Ahora —enderezó sus hombros con orgullo— avanzaremos los humanos.

—¡Pero qué horrible! —dijo Winters—. Es terrible continuar viviendo viejos y cansados.

—¿Viejos? No, en absoluto. Cuando estés más fuerte, te lo enseñaré y te lo explicaré. Pero ahora duerme.

Ponceón abandonó la habitación y se dirigió al laboratorio, donde un hombre de edad avanzada y de gigantesca estructura le saludó con entusiasmo.

Su rostro estaba arrugado por la edad y su cabello era blanco de muchos inviernos.

—Pondero —exclamó el joven—, nunca adivinarías quién es el extranjero. Es Winters, el legendario viajero del tiempo.

Al oír sus palabras, dos jóvenes se abalanzaron desde la habitación vecina. Ponceón repitió su historia ante una asombrada audiencia.

—Debemos rejuvenecer a ese hombre de nuevo. ¡Qué oportunidad para experimentar el ciclo completo de las células! —dijo Mintal con el rostro del color del nogal brillando con interés.

—Antes tenemos que terminar con el viejo Pondero —dijo el larguirucho y cínico Fastak—. ¿Cuál es su cifra hasta ahora, Ponceón? ¿Doscientas?

—Doscientas diez. Setenta células más. ¿Estás preparado, Pondero?

Con un gruñido el enorme cuerpo se colocó sobre una mesa de operaciones, y los tres jóvenes se afanaron preparándose para una operación quirúrgica en la región de la cabeza. La habitación se llenó de olor anestésico.

Muchas horas más tarde los tres jóvenes se encontraban al lado de la cama de Winters y discutían en voz baja.

—Si funciona con él, funcionará con todo el mundo.

—Nos ahorraremos salir en la nave a buscar otro sujeto. No es fácil encontrar un anciano dispuesto a arriesgar su vida.

—¿Y si Winters no quiere?

—¡Hum! En el curso normal de los acontecimientos, no le queda mucho tiempo de vida. Lo sé porque yo le examiné —intervino Ponceón.

—Entonces por qué no…

Ponceón asintió e hizo señas a los demás, que, de puntillas y cuidadosamente, levantaron del lecho la frágil figura y la condujeron por el corredor hasta el laboratorio. Lo ataron a la mesa de operaciones, y Fastak acercó un conjunto de estantes colocados sobre unas ruedas de goma. Sobre aquello, fila tras fila, estaban preparados doscientos setenta tubos de ensayo, inmersos en un baño de líquido caliente. Mintal lavaba el cuerpo de Winters con un desinfectante, mientras Ponceón aplicaba el anestésico. Después los tres comenzaron a trabajar, armados de lancetas y de una batería de jeringuillas. Dos horas más tarde Ponceón arqueó la espalda y contó las jeringuillas que descansaban en los tubos de ensayo utilizados.

—Noventa. Dos tercios del total —anunció—. Yo haré las células del cerebro. Vosotros terminad con el cuerpo.

Mintal gruñó:

—Un trabajo rápido. Espero que pueda soportar el shock.

Fastak estaba palpando el bajo abdomen a la derecha.

—¡Aquí hay algo extraño! ¿Tienes el fluoroscopio, Mintal?

Le pasaron una especie de linterna eléctrica. Colocó un extremo sobre la blanca piel y miró por el otro.

—¡Increíble! —dijo.

Los otros dos abandonaron su trabajo y se apresuraron a mirar.

—Es algún tipo de órgano vestigial.

Ponceón se acercó a una fila de botones en la pared y comenzó a apretar uno tras otro, mientras miraba fijamente un punto de la misma. En respuesta, aparecieron unas imágenes. Pronto encontró lo que deseaba, y estudió un retrato durante varios minutos.

—Es una especie de segundo estómago que todos los hombres acostumbraban a poseer hace miles de años. Se llamaba apéndice vermiforme, aunque eso no nos sirve de mucha ayuda. Me temo que aquí terminan nuestras posibilidades.

—Lástima de trabajo malgastado.

—¿Por qué no lo cortamos, suprimiéndolo por completo?

—¡Por supuesto! ¿Por qué no? Inténtalo de todas formas.

Y se dispusieron a practicar la operación en un tiempo muy corriente en el mundo, pero olvidado hacía mucho. Arrancaron cuidadosamente los últimos vestigios del tejido, y después continuaron con la operación principal de implantar e inyectar el teñido celular de los tubos. Mintal llegó entonces a las amígdalas, otra porción del cuerpo sin contrapartida en el siglo CCL. Las suprimieron también completamente, extirpando hasta la más pequeña partícula microscópica. Los dientes, por el momento, los conservaron en su lugar.

Cuando el trabajo terminó, el sol se ponía. Winters fue colocado en un catre sobre ruedas y trasladado a una habitación dedicada a trabajos de hospital. La enorme estructura de Pondero yacía tranquilamente sobre un lecho. Después de examinar cuidadosamente a ambos pacientes, los tres jóvenes dejaron la habitación, cenaron y pronto cayeron dormidos, fatigados por las tareas del día.

## II - Tres contra dos

El sol salió y se escondió tres veces, trayendo el buen tiempo, tan espléndido que los tres jóvenes encontraban más agradable salir a pasear que permanecer en el clima del laboratorio, científicamente correcto. En aquellos tres días llegó la primavera, y las hojas volvieron a brotar. Pero era demasiado tarde para salvar la vegetación tropical, abatida por el severo invierno. Se veían blancos abedules. Los arces florecían en rojo en los pantanos, mientras los árboles semitropicales morían en pardas ruinas. El cuarto día después de la operación, Winters volvió a la consciencia.

El anciano había estado al borde de la muerte, permaneciendo alternativamente en un mundo de vacío y fantasía. En sus sueños vivió de nuevo en la Nueva York del siglo XX y vio otra vez aquellas caras familiares, muertas hacía largo tiempo. La primera reacción al abrir los ojos fue de

melancolía por todo lo que había pasado. Nunca más visitaría escenas de los viejos tiempos. Sin embargo, reflexionó, ¿qué le importaba todo aquello, cuando a su vez iba a morir muy pronto? ¿Qué le había dicho el joven biólogo? Que no haría más viajes en el tiempo. Bien, todavía no sabía nada de la era presente.

Se sentía más fuerte de alguna forma y un poco impaciente por yacer inactivo en su lecho. Era extraño, sin embargo, lo vigoroso que se sentía. Se levantó y quiso vestirse; pero al no encontrar ropa, se echó una sábana por encima y se acercó a mirar por la ventana al glorioso cielo iluminado por el sol y los árboles creciendo con nuevos brotes.

Se dio la vuelta de repente ante el sonido de alguien que entraba en la habitación. Era un joven de mejillas rosadas, muy gordo, cuya oscura piel, de color castaño, relucía como si la hubiesen extendido recientemente sobre las regordetas mejillas. Por un momento le miró sin creer lo que veían sus ojos.

—¡Winters! —gritó por fin—. ¡Es maravilloso! ¡Pareces un hombre nuevo!

—Me temo que no te conozco. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Oh, tienes razón. Yo soy Pondero. Me operaron el mismo día que a ti, y mírame. Me siento como si tuviese veinte años.

Winters se le quedó mirando.

—¿Y cómo deberías sentirte entonces?

—¡Qué estás diciendo, hombre! Tengo setenta años, pero si no lo sabes... ¡Oh, esto es glorioso! ¿Nadie te ha hablado de tu operación?

—¿Mi operación?

Pero su amigo había salido corriendo, agitando sus manos locamente sobre su cabeza. Todavía mirada Winters la puerta, cuando regresó acompañado de Ponceón, Fastak y Mintal. Pondero llevaba un espejo.

—¡Mírate, Winters! —le gritó, mientras se lo lanzaba a las manos.

Y Winters miró.

Vio el rostro que casi había olvidado, su rostro cuando era joven. La nariz era más carnosa; los ojos, más brillantes y distintos en alguna forma vaga. Aquí y allá quedaban unas cuantas líneas: las marcas de la experiencia, que nunca serían borradas. Contempló incrédulo el oscuro cabello, el grueso cuello; palpó los firmes y redondeados músculos de sus brazos. Miró interrogativamente los rostros divertidos de los cuatro. Un escalofrío de esperanza, tan vago que apenas podía definirlo, corrió a través de él. ¿Qué es lo que Ponceón había dicho sobre la inmortalidad? Se humedeció los secos labios.

—Es... ¿Me hiciste... inmortal?

Ponceón rió en voz alta.

—Mejor que eso, Winters. ¡Te hicimos joven!

—¿Pero cómo? ¿Qué medios pudiste emplear?

—Es sencillo. Incluso en tus tiempos hubiese resultado sencillo, tedioso de desarrollar, pero simple teóricamente. Hibridamos tus células.

—¿Qué quieres decir?

—¿Entiendes algo de biología?

—En mis tiempos sí. Lo que se conocía en mi siglo.

—Entonces sabrás que una raza de células o cualquier tipo de vida protoplasmática tiende a adelgazar y morir después de un cierto tiempo. Usualmente es acompañado o medido por la cantidad de materia inorgánica en el contenido físico. También sabrás (es un principio antiguo) que infundir



Librodot

nueva vida en la vieja consiste en producir una nueva raza híbrida, una raza joven con un ciclo completo de vida ante sí.

Winters frunció el ceño reflexivamente. Después asintió.

—En el cuerpo hay doscientas setenta especies de células, de tipos suficientemente diferenciados como para soportar una clasificación sistemática. En este laboratorio tenemos cultivos de cada una de ellas creciendo en tubos de ensayo. Todo lo que hicimos contigo y con Pondero fue insertar en el lugar adecuado de vuestros cuerpos una pequeña partícula de cada uno de los doscientos setenta tipos de estructura celular. La naturaleza ha hecho el resto y todo tu cuerpo está ahora cubierto de nuevas células frescas y vigorosas. ¡Te dije que era sencillo!

Miró sonriente a sus compañeros.

—¡Por los cielos! Y cuando de nuevo seamos viejos...

—¡Lo hacemos de nuevo!

Durante los dos días siguientes Winters sopesó en silencio el milagro, pues Ponceón le forzó a pasarlos tranquilamente. Probó su cuerpo con precaución, a pesar de la inconfundible emoción de juventud que corría por sus venas y que le impedía dudar por más tiempo. Al final se convenció de su rejuvenecimiento. Al día siguiente se levantó bruscamente cerca del amanecer y se puso los frescos trajes que le habían preparado, hechos de un material semejante a la seda. Después cogió algo del suministrador automático de comida y, lleno de fuerza, entró en el laboratorio donde Ponceón estaba ya trabajando en sus tubos de ensayo. Winters se había decidido.

—Voy a volver a la escuela —anunció—. Me habéis dado una vida nueva. No hay ninguna razón para no hacerlo. Aprenderé todo lo que la ciencia conozca. ¿Puedo empezar aquí?

Ponceón asintió pensativamente.

—Este asunto de la inmortalidad tiene toda clase de complicaciones. Si me ayudas aquí tres o cuatro horas al día, dirigiré tu estudio de las condiciones mundiales. Tenemos una buena biblioteca de registros. Pero hay un montón de trabajo por terminar en nuestra operación de rejuvenecimiento, antes de que podamos llamarla completa.

—Conmigo y con Pondero funcionó.

—Lo sé, pero vosotros dos estáis todavía bajo observación. Quizá algo llegue a ir mal. Tus dientes, por ejemplo, debieran ser examinados. Quizá debiéramos extraerlos e intentar el injerto de tejido denticular en tus encías. En cuanto a la técnica de laboratorio, también tenemos problemas con el cultivo de gérmenes en varios tipos de células. Eso nos llevará tiempo y trabajo. Un mes o más.

Así fue como Winters volvió a la escuela. Cometió muchos errores y aprendió mucho de ellos. En los momentos libres se sentaba durante horas en la biblioteca, mirando y escuchando los registros: ciencia, historia, geografía y filosofía. Al final de dos semanas de estudio, escribió a modo de prueba un breve resumen del progreso humano durante los últimos cincuenta siglos.

En su anterior despertar se había encontrado con un mundo gobernado por el individualismo llevado al extremo. Casi no había existido conciencia racial o social.



Librodot

Hoy un curioso fenómeno está claro. Todos los hombres comprenden el ataque de la humanidad unida contra lo desconocido y participan en él. Cada hombre controla sus acciones y esfuerzos hacia el bien común y se abstiene de violar la libertad de los demás. Sin embargo, todo esto es alcanzado por medio de la educación de códigos éticos, más que por leyes o coacciones.

En el año 20.000 después de Cristo, los esfuerzos eran despiadadamente autocéntricos. Muy poco después comenzó un importante período de acción de grupos de débiles contra fuertes. Una reacción de esta naturaleza era inevitable, así como su éxito. En el 21.000 después de Cristo se había establecido un sistema de acuerdos sociales voluntarios, y aunque parece que un cierto número de individuales rehusaron participar, la eficiente acción conjunta de la mayoría pronto comenzó a reportar ventajas materiales. Fueron perfeccionados nuevos conocimientos e invenciones, sólo compartidos entre los miembros de la sociedad. Lentamente la sociedad de individuales llegó a incluir a toda la raza humana.

El acuerdo era sencillo: no forzar a nadie contra su voluntad y no rehusar nunca ayuda a ningún hombre. Estos parecen ser los más importantes y únicos acuerdos vitales. Un arreglo tan sensato y beneficioso fue rápidamente perfeccionado en sus detalles, sin dejar espacio para leyes o complicaciones. En el año 22.000 el contrato social estaba tan fuertemente establecido, que la imaginación del hombre no ha introducido ningún cambio durante cinco siglos. Bajo este sistema, la ciencia floreció y avanzó enormemente. La población creció constantemente, hasta que se encontró deseable establecer colonias en Marte y Venus, las cuales están ahora densamente pobladas. Los cohetes vuelan diariamente a través del sistema solar, y los accidentes no son más numerosos de lo que eran los accidentes en los mares de la Tierra en el siglo XX. El viaje, con energía atómica, requiere menos de dos semanas a Marte y únicamente unos diez días a Venus.

La Tierra tiene una población de un billón de personas. Están alojadas en grupos semejantes, que van de mil a dos mil personas, repartidas imparcialmente sobre la superficie del globo, pues el clima artificial es empleado en todos los edificios de la Tierra, igual que en Marte y en los cohetes que zumban por el espacio. No hay tráfico ni comercio, puesto que cada grupo tiene una máquina de producción capaz de proporcionarle cualquier materia prima dada en el producto deseado. Existe una especie de mercado o intercambio con los productos de la mente. Por supuesto, no son vendidos por dinero o posición, sino que de la importancia de las invenciones de un trabajador depende la disposición de los demás a ayudarle, en la eventualidad de que emprenda un proyecto que requiera muchos asistentes.

Aquí Winters se detuvo y releyó lo que había escrito. Le inflamaba la impaciencia de salir y explorar este mundo nuevo y maravilloso. Pero había prometido ayudar en. el laboratorio hasta que la más maravillosa de todas las invenciones hubiese sido perfeccionada. Se levantó y salió al corredor.

Cuando llegó a la puerta del laboratorio, escuchó el sonido de altas voces discutiendo. Se detuvo para escuchar. Era Pondero el que hablaba.

—Creía que esto sería obvio, Ponceón. Aquí está nuestra oportunidad de controlar el destino de la raza para fines desinteresados. Podemos preservar

los pocos hombres de genio valiosos de cada generación y dejar que el resto de la gente viva y muera como lo hace naturalmente. ¡Piensa en eso! Dentro de unos cuantos miles de años tendremos una población de grandes mentes; la mayoría serían verdaderos cerebros. Hagamos que la inmortalidad sea una recompensa por un gran trabajo o por una realización valiosa. ¿Por qué deberíamos extender nuestro descubrimiento a todo el mundo? ¿Para qué serviría eso? La gente inútil sería preservada; con ella su inutilidad, los malos consejos y principios equivocados nunca serían borrados de la mente humana, ni siquiera por el tiempo, el gran curandero. ¡Hacer eso es criminal!

Fastak y Mintal asintieron convencidos.

Ponceón movió la cabeza con obstinación.

—Suena plausible —admitió—, pero está mal. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que hemos prometido no rehusar ayuda a ningún hombre. Nos pedirán información, y no debemos negarla. ¡Cualquier esquema para ayudar a la humanidad que incluya la negativa de la ayuda tiene, de una u otra forma, que ser un error!

—Pero aquí estamos tres de nosotros completamente decididos —intervino Mintal con las cejas bajas—. ¿Qué vas a hacer sobre eso?

Winters pudo percibir la tensión en la habitación, y entró sin hacer ruido. Su postura estaba decidida. Ayudaría al hombre que le había salvado: Ponceón. Pero había que enfrentarse a tres jóvenes fuertes. Silenciosamente dio gracias por su fuerza juvenil, tan milagrosamente recuperada, y examinó especulativamente el equipo del laboratorio con la idea de hallar algo que sirviese como arma. Sobre una mesa próxima había un soporte de metal, una barra de acero de dos pies de larga y de media pulgada de grueso.

—Hoy anunciaré con todo detalle nuestro descubrimiento.

—No puedes hacerlo, Ponceón. Te repito que sería desperdiciar la mayor oportunidad de hacer bien que ofrece la historia.

—Y yo te digo que, como sabes, estamos obligados por el contrato social a beneficiar al mundo con nuestro trabajo. No podemos escoger aquellos a los que queremos ayudar.

—Eso es exactamente lo que haremos —exclamó Mintal salvajemente—. No logro comprender cómo no puedes coincidir en una cosa tan sencilla.

—¿Sencilla? ¿Estás dispuesto a asumir tú la tarea de escoger a aquellos que vivirán para siempre y aquellos que deben morir?

—Oh, yo no tendría que hacer eso. Podríamos nombrar un comité y dejar que sus decisiones fuesen determinadas científicamente.

—¿Quién escogería el comité?

Winters se había acercado inadvertido hasta la mesa. Con la mano derecha a su espalda, había agarrado firmemente la barra de acero. Intentó captar la mirada de Ponceón, pero el joven estaba gesticulando acaloradamente hacia Mintal. En sus tiempos Winters había visto muchas peleas. Sabía lo que podía esperarse. No pasarían muchos minutos antes de que los golpes comenzasen. Su mano se afianzó sobre la barra y sus ojos midieron la distancia a la cabeza de Pondero.

—Deteneos un momento —gritó aquel gigante—. ¿Nos harás alguna concesión, Ponceón? ¿Retrasarás por lo menos el anuncio hasta que alguien nos solicite la información? Lo que quiero decir es si estarías dispuesto a dejarnos continuar por el momento operando solamente ancianos de reconocido valor e inteligencia. Después, si alguien se entera de la operación



Librodot

y nos pregunta, podríamos confiarle el secreto, con la condición de que no lo transmita. ¡No es pedir demasiado!

—Suena muy plausible, Pondero. Pero tan mal está una cosa como la otra.

—¡Eso no sería rehusar ayuda!

—Pero sería retirar ayuda. La raza humana, hablando individualmente, está bajo sentencia de muerte. Consumimos nuestras vidas esperando el golpe del destino que detendrá nuestro ser. Necesitamos ayuda para salvar nuestras vidas. Mientras estoy hablando, cien personas mueren en algún lugar de la Tierra. En el minuto siguiente, otras cien respiran por última vez. Debo salvarlas de ese destino tan rápidamente como pueda.

—Por última vez, Ponceón, ¿vas a ser sensato o no? Somos tres contra ti.

—La mayoría no siempre tiene razón, Pondero. Te digo una vez más que este mediodía anunciaré nuestro descubrimiento.

Y sacudió un puño cerrado bajo el rostro de Pondero.

—Además —dijo Winters tranquilamente—, si no os importa, somos dos contra tres. Tengo otro argumento aquí conmigo.

Sacó el arma de detrás de la espalda.

—¡Un argumento! —dijo Fastak frunciendo el ceño—. No te entiendo.

Los otros también parecían perplejos. Winters comenzó a preguntarse si era posible que hubiese sobrestimado el valor de la fuerza humana. Quizá aquellos superhombres del siglo CCL tenían armas poderosas ocultas en sus personas.

—Utilizaré este argumento de acero en el hombre que interfiera con Ponceón —dijo bruscamente.

Los cuatro hombres le miraron sorprendidos. Después la satánica cara de Mintal se volvió furiosamente, y sus hombros se convulsionaron. Winters levantó un poco la barra esperando un ataque, cuando el bramido de la risa de Fastak hizo desaparecer la tensión de la habitación. Los otros tres le imitaron, incluido Ponceón. Doblándose de regocijo, apenas pudo jadear.

—¡Oh, Winters! ¡Qué extraña idea prehistórica! Pensabas... ¡Ja, ja, ja! Pensabas que... Oh, esto me matará... Pensabas que iban a golpearme.

Con una gran confusión mental y las mejillas de un rojo escarlata, Winters farfulló sus disculpas. No le prestaron ninguna atención. Tan silenciosamente como había entrado, abandonó el laboratorio, encontrando a los cuatro reunidos delante de un tablero de instrumentos.

—Lamentarás esto, te lo aviso, Ponceón —decía Pondero con voz severa.

Pero Ponceón completó calmosamente y sin detenerse sus preparativos, y con voz firme y clara anunció al mundo la noticia que desde entonces ha sido considerada como clásica en los anales de la historia humana. Y Fastak, Mintal y Pondero permanecieron a su lado. Al principio, con el ceño fruncido, pero cuando empezaron a llegar las preguntas y las felicitaciones por el visor, y las excitadas peticiones de tratamiento llenaron todos los carretes de grabación del laboratorio, sus ceños se suavizaron y se incorporaron a la emocionante tarea de liberar a la humanidad de su enemiga de siglos: la muerte.

Pronto el pequeño y tranquilo laboratorio se convirtió en el escenario de una colonización en masa. En poco tiempo habían aterrizado diez mil naves. Estructuras de alojamiento de vidrio estaban comenzando a ser elevadas. Pronto se formó una ciudad de medio millón de habitantes, y cuando el gigantesco trabajo empezó, los biólogos se apiñaban en los laboratorios. En medio de todo esto, Winters fue dejado completamente solo, por lo que se



Librodot

dedicó a examinar y estudiar cosas y personas con el mayor interés. Un día encontró a Fastak y Mintal hablando en una sala de diversiones con un grupo de atractivas muchachas, y le llamaron.

Le contaron que habían enseñado a ayudantes competentes toda la información necesaria para un proceso tan sencillo, y que estaban disfrutando de la vida social por una temporada.

—¿Te unes a nosotros? —le preguntaron.

—¿Dónde está Ponceón?

—Estaba aquí hace un rato, pero se ha ido a vivir con Mardia unos cuantos días. Quizá vuelva mañana.

Winters no se asombró ante aquella fortuita relación sexual. En realidad, estaba completamente preparado para ver a aquella gente del futuro satisfaciendo una necesidad biológica tan tranquila y sanamente como cualquier otra. Durante el curso de su vida, de allí en adelante, él mismo contrajo muchas relaciones temporales de aquel tipo. El hambre de sexo no era considerada diferente del hambre de comida, excepto que esta última interrumpía más frecuentemente las ocupaciones habituales.

En esta ocasión, sin embargo, se consumía de impaciencia y ansiedad por ver el mundo, y así se lo mencionó a Fastak.

El joven se echó a reír.

—Coge una nave —le dijo—. Encontrarás muchas ahí fuera que no pertenecen a nadie en particular.

Winters se encaminó al límite de la ciudad y salió por una puerta neumática que se encontraba abierta, debido al buen tiempo. Un joven que deambulaba por los alrededores se sintió muy halagado de poder demostrarle al famoso Winters cómo manejar el sencillo mecanismo, y le aseguró que «si sucedía algo, cualquiera le ayudaría a resolver el problema».

## III - La búsqueda del infinito

Y así el anciano, y sin embargo juvenil, Winters partió en un viaje de un mes de duración, durante el cual rodeó al azar el globo. Cuando tenía hambre o sed, apretaba un botón y obtenía alimento y bebida. Cuando el disco de combustible mostraba una luz roja —como hizo una vez sobre el océano Indico— descendía a la superficie del agua y tiraba del canal de recogida. Los tanques de succión se llenaban con el suficiente salitre para mantener los motores atómicos funcionando poderosamente durante un mes. Cuando deseaba dormir, aterrizaba y se tendía en el catre al fondo de la cabina.

Visitó algunas grandes ciudades y encontró a todo el mundo muy excitado ante la perspectiva de la inmortalidad humana. No quedaban viejos en ningún sitio, porque todos se habían dirigido al laboratorio del lago Superior para recuperar su juventud. Pero los jóvenes de ambos sexos estaban revisando todos sus esquemas mentales a una escala mucho mayor. El «qué hacer en la vida» ya no era un problema. La vida podía —excepto accidentes casuales— durar siempre. Por tanto, todo el mundo se dedicaba a hacer lo que le apetecía en cada momento. Encontró un hombre que alimentaba la idea de criar enanos humanos y seleccionarlos de generación en generación hasta que obtuviese seres de tamaño microscópico.

—Quizá lleve un millón de años, o diez millones —dijo él, tranquilo soñador—. ¿Qué importa el tiempo ahora?



Librodot

En una isla de los mares del sur encontró un pequeño grupo de cinco personas. Habían estado haciendo un poco de voluble investigación en física, pero la habían abandonado para estarse unos cuantos centenares de años holgazaneando al sol en la playa.

En América occidental encontró un edificio de cristal que albergaba a un matemático de ojos soñadores. Había abandonado todas sus otras tareas para dedicarse al etéreo placer de hallar «pi» al infinito.

—Probablemente conoces «pi» hasta el quinto decimal: 3,14159 —le dijo a Winters—. Por trabajos anteriores se ha llegado hasta el decimal noventa y cinco, pero es algo que consume demasiado tiempo. He decidido dedicarle una eternidad.

—¿Y si en uno de tus cálculos resulta un número par?

Sus ojos brillaron.

—Sería fascinante, ¿no es cierto? ¿Resultará alguna vez par o es un número primo absoluto? ¡Esa es la cuestión!

Y cuando Winters le dejó, volvió a su cifras en una furia de concentración.

Pero la verdadera emoción le esperaba a su vuelta al laboratorio de investigación. Lo encontró mucho más pequeño de lo que había sido, porque el trabajo había sido descentralizado. Sin embargo, quedaban unos cuantos miles de personas. Ponceón y Pondero le dieron la bienvenida entusiásticamente.

—Ahora que has explorado el mundo —dijo Pondero—, ¿qué te parecería un crucero de quinientos o seiscientos años a través del espacio?

—¿Qué quieres decir?

—Oh, que la raza humana ya no está confinada a este pequeño sistema solar. Hay muchos años luz de viaje hasta la estrella más cercana, y se necesitan cientos de años en nuestros cohetes más rápidos. Pero ahora el viaje es completamente posible. Hay docenas de expediciones planeadas. Ponceón y yo salimos la semana que viene. ¿Quieres venir?

—Pero, ¿y la comida?

—¡Comida! —exclamó Ponceón—. La comida, el agua y las demás necesidades son sencillas. En una cámara de ensayo, cerrada herméticamente, los procesos de la vida continúan sin pérdida de un solo miligramo de materia. Nuestras máquinas convierten cualquier sustancia dada en el artículo que necesitemos. Sencillamente reutilizaremos la materia una vez y otra. Se experimenta una ligera pérdida en el proveimiento de energía, pero unas cuantas toneladas de arena nos conservarán vivos durante milenios. En cuanto al combustible, otras pocas toneladas más en los motores de rechazo atómico nos proporcionarán más velocidad de la que nos atrevamos a usar.

Winters aceptó con entusiasmo, y se dispuso a trabajar ansiosamente para aprender los rudimentos de aquella ciencia que tan milagrosamente había conquistado los secretos de la naturaleza. Una semana más tarde se sentaba aturdido en el interior de una enorme esfera de vidrio, sobre un asiento móvil, observando cómo la Tierra se hundía rápidamente bajo él. En una semana aterrizaron en Marte, al borde de un gran valle cubierto de vidrio, y se maravilló ante la apariencia terráquea de todo lo que estaba en el interior de la cúpula, en contraste con las rojas planicies de desolada arena que se extendían grotescamente hasta el horizonte, bajo el cielo azul oscuro del planeta.



Librodot

Una semana de turismo —porque Ponceón nunca había visitado Marte—, y después reanudaron el viaje. Los días pasaban uno tras otro, siendo la principal distracción de Ponceón y Pondero el ansioso esfuerzo de Winters por adquirir de una vez siglos de conocimiento. Pero después de un mes la rutina de la nave se convirtió en un hábito monótono, y después de un año Winters llegó a conocer realmente algo sobre la ciencia de aproximarse siquiera a su meta. Por tanto, todos tomaron algo prestado de la experiencia personal de Winters y erigieron una cámara forrada de plomo en el centro de la esfera. Construyeron un reloj basado en las intensidades lumínicas, que les despertaría cuando se acercasen, aunque fuese remotamente, a una estrella.

Entonces Ponceón preparó unas drogas, penetraron en la cámara protegida por pantallas de rayos y se durmieron. Durante siglo y medio una esfera sin vida viajó por el espacio. En el momento señalado se despertaron, restauraron penosamente sus tejidos consumidos mediante días de medicación y ejercicio y contemplaron el reluciente brillo de una estrella menor, demasiado débil para haber sido registrada en los telescopios de la Tierra. La estrella estaba en el período rojo enano y era incalculablemente antigua. Sus ojos ansiosos barrieron el espacio en busca de posibles planetas, pero en vano. Pasaron el blanquecino sol y siguieron de nuevo su recorrido.

Durmieron, despertaron y viajaron por este místico laberinto de materia que llamamos universo. Encontraron una estrella gigantesca, alrededor de la cual se balanceaba un enorme y desolado mundo de lava desnuda y petrificada, suave y privada de vida. Aterrizaron allí y excavaron diez toneladas de carburante rocoso de una colina desconocida para continuar adelante en su recorrido. Con el paso de los años se hicieron viejos lentamente.

Una semana indeterminada se operaron los unos a los otros, y se hicieron de nuevo jóvenes.

Miles de viajes de exploración semejantes a aquél salieron de la Tierra cada siglo, hasta que uno podría preguntarse cómo el espacio no estaba repleto. Al poco tiempo se encontraron estrellas rodeadas por planetas habitables, y sobre ellos se establecieron colonias. Esta enfermedad de los mundos, que llamamos vida, se extendió por la superficie de los cuerpos espaciales en todas direcciones a partir de la Tierra, el gran centro de la infección. Pasaron cinco mil años, y gran parte de la misma gente todavía vivía y continuaba su búsqueda en el espacio.

De vez en cuando morían unos cuantos hombres en accidentes, y ocasionalmente aparecía una nueva enfermedad que cosechaba las muertes de unos pocos infortunados antes de que la ciencia encontrase su remedio específico. Pasaron diez mil años, y billones y billones de hombres y mujeres se apelotonaban en las estrellas planetarias. La vida continuaba..., nunca inmóvil, nunca satisfecha. Y allí seguía Winters, todavía con ojos atentos, impaciente como siempre por aprender cosas nuevas y realizar nuevas tareas.

Una vez durante una visita a la Tierra vio un rostro que le era vagamente familiar. ¿Dónde había visto aquella forma ligera, de piel casi color ébano, con aquel rostro aprensivo, aunque a la vez inquisitivo? Seguramente estaba equivocado. ¡Era Bengue! Winters le saludó con cordialidad y se enteró de que había imitado su ejemplo, escapando por medio del sueño a la amenaza



Librodot

del vengativo Hargry. Había despertado unos cuantos meses después de que Winters hubiese abandonado la Tierra, ocupándose desde entonces muy activamente en experimentos de biología. Los dos pasaron medio año juntos. Viendo que realmente no tenían intereses comunes, decidieron separarse por mutuo acuerdo.

Cuando Winters se encontraba en un planeta colgado en el mismo borde del vacío que rodea al Universo, le llegó la noticia de que Ponceón —el gran descubridor y libertador de la humanidad—, había muerto en un accidente de cohete. Winters se entristeció por la muerte del viejo amigo. Esto fue en el año 50.008, dos años antes del descubrimiento de los rayos de proyección, que cambiaron de hecho el curso de la historia humana. ¡Enviar energía a una distancia de mil años luz! Por supuesto, aquello consumía materia prima en una escala prodigiosa, pero el ser capaces de juguetear con las propias estrellas en sus cursos daba a aquellos insignificantes animales humanos un sentimiento de poder divino. Y el daño hecho no era, en comparación con la escala del universo, más que una picadura de pulga en un brontosaurio.

Poco después del final del siglo cien mil Winters volvió a visitar la Tierra, y observó con terror el rojizo sol que presidía los días de un planeta moribundo. Sobre su superficie no vivían ahora más de diez mil almas. Winters se sintió lleno de tristeza ante los cambios sobrevenidos en los familiares escenarios. Sobre la cima de una montaña, en África, habló con un anciano de barba gris, debilitado por la edad.

—Nunca me someteré de nuevo al proceso de rejuvenecimiento —dijo—. Soy viejo. Pronto moriré, y ya no existiré más.

—Si fueses joven, estarías lleno de esperanza, de energía, y no desearías morir —replicó Winters.

—Me moriré porque la vida no tiene nada que ofrecerme. ¡Oh, ya sé lo que dirás! Comer, amar y tener aventuras está muy bien. Hacen vibrar tus sentidos, pero nada más. Aunque nosotros, los humanos, hemos crecido en importancia, somos átomos insignificantes, medidos en la escala de la creación. No hay nada que podamos hacer realmente importante. Suponte que aumentamos la estatura humana hasta que caminemos utilizando las estrellas como soporte. El tamaño no añade nada a nuestra importancia. Yo no como, a menos que esté hambriento. No emprendo ninguna acción, a menos que sea para un propósito definido y razonable. No puedo ver ningún propósito en la vida. Así que rehúso ser tan absurdo como para continuar viviendo.

—Pero te olvidas de una cosa: ¿por qué no dedicas tu vida a encontrar el secreto? Busca y encuentra la razón o propósito de la existencia.

El anciano movió enfáticamente su cabeza.

—Tuve una vez un amigo que tomó esa resolución. Se marchó... hace treinta mil años... a un olvidado planeta, en el borde del universo, en la dirección de Alfa Centauro, donde planeaba conducir una investigación sobre este tema. Se llamaba Condonal. No he vuelto a saber nada de él.

Winters, vagamente entristecido, decidió abandonar la Tierra y dirigirse sólo a través del espacio. Se encontraba cada vez más insatisfecho con la vida y con todo lo que ésta significaba. Después de todo, ¿para qué podía servir? Tras un año de navegación solitaria, decidió buscar al hombre llamado Condonal. Sus aventuras llenarían todos los libros en todas las

bibliotecas del mundo. Al fin lo consiguió, siguiendo el informe de una mujer.

Winters fue conducido hasta un edificio de piedra gris, cerca de la gigantesca cúpula que dominaba el escenario, y por un pasillo hasta una gran habitación. La luz era débil tras el brillante sol, y no distinguió la juvenil figura sentada en una enorme silla, en el centro de la habitación, hasta después de unos cuantos segundos.

—¿Qué buscas? —preguntó Condonal. Su voz era profunda y tranquila, como el tono de un órgano.

Entonces Winters le habló de su búsqueda y su propósito. El asintió conocedoramente.

—Eres bienvenido —replicó—. Nuestra comunidad está formada por gente que busca. ¿Cuál es la finalidad de la vida? ¡Ese es el problema que investigamos y que resolveremos!

—Pero, ¿qué posible solución puede haber?

—Ni siquiera lo sabemos... Por el aspecto de las cosas, parece que no hay ninguno. Las estrellas nacen, crecen, disminuyen y mueren. El proceso continúa a través del infinito, universo tras universo. Lo que hoy existe, un día no existirá y en otro tiempo existirá de nuevo. Hemos abierto las estrellas, y no hemos encontrado ningún secreto en su interior. Hemos recorrido hasta la última todas las fases de la ciencia, y no hemos encontrado finalidad en su creación. Nuestra razón se lanza hacia adelante e investiga todas la posibilidades del futuro, mas no encuentra ninguna base sobre la que erigir la mínima estructura especulativa. Quizá la vida no es una cosa razonable.

—¿Has llegado a esa conclusión? —gritó Winters, lleno de tristeza.

—En cuanto a la vida física, sí —dijo Condonal—. Considera lo que es: un deterioramiento progresivo de la materia y de la fuerza. Las estrellas vuelan a una velocidad que, calculada hacia atrás, indica que comenzaron su movimiento quizá hace cinco billones de años. La edad de las mismas estrellas en su progresión desde gigantes blancos hasta enanos blancos, enanos rojos y masas sin luz, concuerda bastante bien con la idea de un nacimiento universal hace cinco billones de años. Todo, hasta la edad calculada de la Tierra, concuerda.

—Eso —Condonal hablaba lentamente, con una luz de seriedad en su rostro—, eso fue un nacimiento maravilloso. Fue una creación, si lo prefieres, ciertamente una creación semejante a la que provocan los dedos del escultor cuando moldea un trozo de yeso para formar una figura reconocible. Puedes llamarlo reajuste. Yo prefiero la palabra creación. Simplemente por definición debe de haber existido un Creador.

Winters comenzó a sacudir la cabeza, lo pensó un momento y después asintió, convencido sólo a medias.

Condonal sonrió.

—Los nombres no son demasiado importantes —observó—. Y hubo un Creador.

—¡Un Creador! —musitó—. ¿Cómo era? ¡Oh! No humano, ni siquiera físico en nuestra forma corriente, tridimensional. Considera lo que esto quiso decir. Se establecieron leyes de orden, a consecuencia de las cuales las estrellas produjeron planetas, los planetas produjeron vida, la vida nos produjo a nosotros. Una espera de cinco billones de años. El resultado era inevitable; como sabes, no se pueden eludir las leyes físicas.



Librodot

»Podría haber sido accidental; podría haber sido intencional. Si fue un accidente, fue el más complicado, el más elaborado y asombroso que haya ocurrido nunca. Pienso que está demasiado bien planeado para no ser un acto intencional, no sólo la propia creación, sino también todo lo que siguió, incluso nuestra conversación, Winters.

»Si fue intencionado, entonces creo que es improbable que la creación tuviese algún propósito físico. ¡Considera qué enormes poderes, qué meticuloso control de todo lo físico está implicado! ¿Un Creador así tomaría un camino tan elaborado para alcanzar un resultado físico? Difícilmente. No sería necesario para él. Podría haberlo hecho en muchos billones de años menos. Pero si el propósito no era físico, ¿qué? ¡Claro, tiene que ser metafísico!

»El pensamiento no es explicable físicamente... El proceso de la razón, sí. Una máquina de calcular razona; el Cerebro calculaba mejor que cualquier hombre. También podía recordar.

»La sensibilidad, el sentimiento y la emoción, todo eso es compartido por el hombre con los animales inferiores. Probablemente son extensiones de lo puramente físico.

»Queda esa combinación de voluntad e imaginación, peculiar hasta el momento de la raza humana. Esto podría ser la causa de que la Creación se pusiese en marcha. Quizá el Creador es un cocinero, y la comida que prepara, este producto mental. Quizá es un químico, y nuestras mentes los crisoles en los que refina el producto para algún propósito inimaginable. Me gusta la última idea. La buena voluntad puede ser mala voluntad tan fácilmente como buena. Puede que sólo le sea útil después de que se convierta en buena voluntad.

—¿Consideras las buenas intenciones como una respuesta total a la existencia? —intervino Winters—. Teníamos un proverbio que decía que el camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones.

—Es más probable que sea justo al revés —contestó Condonal—. La vida es una especie de infierno. Esta materia metal puede pasar de vida en vida, siendo refinada un poco más cada vez. El camino hacia la buena intención está probablemente pavimentado de infiernos.

—Pero todo esto es pura adivinanza —dijo Winters, después de un silencioso minuto—. Toda esta especulación tiene miles de años.

Los ojos profundamente hundidos parpadearon con vigor. Condonal asintió. Luego levantó su mano, y su rostro oscuro y delgado se iluminó con decisión.

—Sin embargo nuestra búsqueda es segura, y descubriremos el secreto —sonrió. El aspecto de confusión de Winters le divertía—. La respuesta está en la evolución.

—Hemos estado experimentando durante cien mil años.

—Y hemos fallado, ya lo sé. Hemos estado siguiendo la pista equivocada. Hemos intentado convertir al animal humano en un tipo más perfecto. Eso es una pérdida de tiempo.

—¡No entiendo!

—Sin embargo, es bastante sencillo. El animal humano ha adquirido un nuevo plano de existencia llamado razón. Muy bien. Esta razón suya hace una pregunta que es incapaz de contestar. Considera un momento cómo llegó a existir esta capacidad de razonamiento. Comenzaremos con la primera vida: criaturas gelatinosas de una sola célula en un estanque.

¿Podrían razonar? Consideraremos entonces la estructura del cuerpo humano. ¿De qué están formados sus tejidos? ¡De nada, excepto de formas especializadas de esos mismos organismos primitivos de una sola célula! ¿Puede razonar tu tejido muscular? Sin embargo, todas las células viven, comen y reaccionan ante su ambiente y, tarde o temprano, mueren. No pueden razonar, pero su aceptación de la cooperación con un billón de billones de otras células hace posible un ser humano que sí puede razonar. ¿Lo entiendes ahora?

—Me temo... Bien, me parece que tengo una idea vaga.

—¡Es muy sencillo! La cooperación de los animales hace posible una cosa nueva en la creación: el pensamiento. ¿Qué podría resultar de la cooperación de pensamientos? ¿Por qué otra nueva partida: un superpensador, un entendimiento, un ser metafísico que sería capaz de razonar tan por encima de nuestros revoltijos mentales, como nosotros, a nuestra vez, estamos por encima de las formas elementales de bacilos?

—¿De qué serviría eso? Somos nosotros mismos quienes deseamos dar una respuesta al enigma de la vida.

—Y cuando esté creado, ¿no nos lo dirá?

—¡Hum! Empleaste las células del cuerpo para tu analogía. ¿Pensaste alguna vez en agradecerle la creación de tu cuerpo? ¿Intentaste alguna vez explicarles la razón?

Condonal se rió alegremente.

—¡Eres un alumno aventajado! Pero ahora contésteme a esto: ¿cuántas horas han pasado nuestros biólogos durante la historia humana examinando las vidas de las células de nuestro cuerpo, aprendiendo a ayudarlas, intentando mejorar sus condiciones?

Winters caviló.

—Ese es un punto —concedió.

—Y las hemos encontrado incapaces de entendimiento, ¿no es así? Si hubiésemos averiguado que eran pequeñas criaturas, capaces de hablar y razonar, ¿no habríamos comenzado alegremente su educación... por nuestro propio beneficio, si no por el suyo?

—¡Oh! Y crees que tu superanimal...

—¡Por supuesto! Cuando mire a su alrededor y comience a preguntarse las razones de su propia existencia, nos encontrará. Nos estudiará y se maravillará, y no hay duda de que nos informará de cómo tenemos que actuar para ayudarle en su propia evolución. Y después... buscará el secreto de la vida y nos lo dirá. Quizá no seamos capaces de entender, pero por lo menos tendremos la oportunidad.

Winters paseaba excitadamente, absorto en la atrevida concepción.

—Si no le entendemos, por lo menos sabremos que hay un propósito, y ese conocimiento en sí es todo lo que necesitamos.

—Pero todavía no hemos tenido esa seguridad —recordó Condonal sonriendo—. Queda mucho por hacer. Ahora debo ir al templo.

Winters siguió su majestuoso camino, humilde y lleno de esperanza. En el templo, Condonal le abandonó. Se dirigió a la puerta principal y entró en la vasta cavidad del edificio. Desde arriba se filtraba una fuerte luz púrpura, como una colgadura de terciopelo, que brillaba gravemente sobre un millar de silenciosas figuras sentadas en sillas negras. A trescientos pies de altura se extendía la enorme y misteriosa cúpula, con muchas ventanas, y sobre



Librodot

las paredes Winters vio por doquier pequeñas jaulas donde unos hombres atendían unos tableros de instrumentos.

A la débil luz, parecían muy lejanos y poco importantes. Winters se dio cuenta de que toda la parte posterior del cuello le temblaba suavemente. Otras tres personas estaban a su lado en el umbral. Al rato, una de las figuras sentadas en el centro de la enorme sala se desperezó tranquilamente y se levantó; a continuación, uno de los que esperaban se adelantó sin hacer ruido y ocupó su lugar.

Cuando pasaba, Winters estudió su cara con curiosidad. Era pálida, comparada con la mayoría (de un castaño oliváceo); una expresión de la mayor paz y tranquilidad descansaba en sus bien marcados rasgos. Pronto llegó más gente al umbral, que se quedaba esperando tranquilamente. Después de dos intercambios más, una cuarta figura dejó su puesto. Winters, impelido por las miradas de expectación que le dirigieron, se adelantó y se sentó.

El respaldo tenía una forma que se amoldaba al cuerpo y dos suaves almohadillas que presionaban la base de su cerebro. Instantáneamente sintió fluir a través de él una gran corriente de emoción vasta e inexplicable. Captó vagamente una corriente de un profundo y escondido significado, que surgía y cambiaba de formas. Pero era más que nada la tranquilidad de bienestar, como si él perteneciese a este particular lugar en el que se estuviese alcanzando un objetivo definido. Era el espíritu de cooperación en su forma abstracta, inmaterial. Un placer enorme y pacífico inundó su cuerpo, haciéndole sentirse tierno y feliz de una forma inenarrable.

Las lágrimas velaron sus ojos.

Pero al poco rato sintió un toque en el hombro y vio un rostro amable que le decía:

—Tu mente todavía no está disciplinada. Primero debes estudiar el ritual. No estás cooperando.

Y se levantó para encontrar a una mujer de piel oscura y blancas vestimentas, que esperaba para ocupar su lugar. En una especie de éxtasis ebrio, Winters abandonó el templo y vagabundeó pensativamente en el sol de la mañana eterna que se derramaba pacíficamente sobre el suave paisaje. Su mente estaba llena de pensamientos nuevos y vagos, que eludían provocadoramente una prosecución sistemática. Después de una hora se encontró de nuevo en el templo. Si pudiese entrar otra vez, estaba seguro de que saldría con aquellas inenarrables impresiones grabadas mucho más firmemente; entonces sí sería capaz de clasificarlas y de pensar claramente. Pero fue detenido sonrientemente ante la puerta, y se le dijo que primero estudiase el ritual.

La semana siguiente la pasó recibiendo instrucciones sobre las formas y órdenes de pensamientos sencillos, y de nuevo fue admitido en el templo. También salió más cierto que nunca de que los pensamientos vagos e indescriptibles que recorrían su cerebro sólo necesitaban otro período de contemplación. Y otra vez, tras unas horas de paseo, volvió al templo en busca de nueva inspiración:

Unas semanas más tarde fue a hablar con Condonal.

—Cuando los animales primitivos de una sola célula comenzaron a cooperar —le dijo al Maestro—, al principio no formaron un hombre.

—Cierto.

—Primero formaron una forma inferior de animal acuático, que no era capaz de razonar. La razón no llegó durante millones de años, hasta que la forma y colocación de las células hubo sido modificada y vuelta a modificar incontables veces.

—Has llegado lejos en muy corto tiempo, Winters.

—¿No deberían erigirse otros templos, muchos..., cada uno trabajando con un ritual distinto? ¿No habría así más oportunidades de encontrar la forma apropiada de pensamiento cooperativo capaz de producir nuestro ser superpensante?

—Estamos cambiando nuestro ritual constantemente. Los instrumentos colocados en el interior y en los alrededores del templo han registrado ya fenómenos interesantes: cambios poco corrientes en el potencial eléctrico, una tendencia a la ionización del aire, un giro del espectro hacia el azul.

Todavía no sabemos qué significan esos fenómenos.

—¿Cuántos son necesarios para comenzar un templo?

—Cuantos más, mejor resultará. Pero con unos cuantos centenares se deberían conseguir resultados.

—¿Si un grupo se reuniese a unos cuantos cientos de millas de aquí, afectaría vuestros experimentos?

—Si lo hiciese, eso sería importante en sí mismo, y vale la pena intentarlo.

—Y otra cosa, señor. La noticia de lo que estamos haciendo aquí debería ser difundida por todo el universo. Yo te encontré por casualidad. Hay millones a los que les gustaría hacerlo. ¿No pueden ser enviados mensajeros?

Condonal asintió pensativamente.

A la semana la noticia comenzó a extenderse a través de los sistemas estelares. Al cabo de un año se habían erigido una docena de templos en el planeta de la aurora eterna.

En un siglo, los templos del Pensamiento eran innumerables por todo el universo, y su culto absorbía las atenciones de la mitad de la raza humana. Winters tomaba parte en el ritual de un templo erigido en la cumbre de una montaña, no lejos del de Condonal. Y día tras día, siglo tras siglo, milenio tras milenio, consumía su tiempo y energías en el problema. El verdoso sol envía constantemente sus perlados rayos sobre el planeta. Cuando Winters se dirige ensimismado hacia el lado oscuro de la montaña, contempla un cielo vacío, negro, pues es la pureza de la nada, puesto que aquí termina el universo, y detrás no hay nada.

Con un telescopio se pueden ver estrellas, universos lejanos increíblemente remotos. Hay naves espaciales siempre buscando, atravesando este espacio en viajes que duran cientos de miles de años. Por el espacio continúa extendiéndose el culto del templo del Pensamiento. Formas y rituales nuevos son probados y constantemente mejorados. Fenómenos nuevos e ininteligibles son registrados en los paneles de instrumentos.

Winters sale siempre del templo con el alma llena de ideas y sentimientos frescos, nuevos, contemplando constantemente la creación con ojos que están casi, aunque no completamente, abiertos a su significado interior.

Aquí tenemos que dejarle por fin. La inmortalidad aún no es nuestra, ni nuestras mentes pueden anticipar lo que yace detrás de la razón. Sin embargo, podemos imaginar las herramientas con las que este último secreto podría ser arrancado de una naturaleza celosa, como Winters le señaló a Condonal en una de sus frecuentes discusiones:



Librodot

—Si por este medio no conseguimos resolver el problema, la idea no fracasará necesariamente, puesto que si la razón es la vida en el segundo grado y si el superpensamiento que buscamos es la vida en el tercer grado, entonces nada impide una evolución de seres de tercer grado y su cooperación en la evolución de una criatura de cuarto grado.

—Puede que sea la energía pura —sugirió Condonal.

—O la esencia de la propia vida —replicó Winters, con su pálido rostro resplandeciendo, como si estuviese iluminado por algún oculto sueño.

Estaba pensando en los incontables billones de seres humanos que habían vivido y muerto en un lejano planeta. Estaba deseando que hubiese algún medio de hablar a aquellas trágicas figuras de estas nuevas esperanzas y alegrías. Tranquilizaría aquel desesperado clamor de «¿Por qué? ¿Por qué?» surgido de un millón de gargantas resonando en las llanuras de Flandes. ¿Curaría el corazón roto del hombre que él había conocido en la Nueva York de su juventud, el hombre que, después de cuarenta años de reventarse en una oficina, comprendió un día que había envejecido antes de tener tiempo de hacer algo con su vida y que, después de una semana de negra melancolía, se había suicidado? Su pensamiento retrocedió a través de los milenios, tan fácil y seguramente como podía encontrar el camino hacia el futuro, pues ¿qué muralla puede detener al pensamiento?

Cómo llegó hasta mí, no lo sé. Que me ha alcanzado lo prueba esta historia. No es, quizá, una forma sin adulteraciones, porque mis propios prejuicios y racionalizaciones le han dado una forma y un significado comprensibles para mi cerebro del siglo XX. No puedo ni siquiera estar seguro de que sea verdadera en su totalidad, pero hay cosas que ocurrirán. Mientras tanto, como el inmortal Voltaire, cultivemos nuestro jardín.

FIN



Librodot